



CON LA
música

A OTRA
parte

TAMARA MARÍN



Con la música a otra parte

Tamara Marín

OceanofPDF.com

Con la música a otra parte

Marzo 2023

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](https://www.instagram.com/tamaramarin04)

Twitter: [@tamaramarin04](https://twitter.com/tamaramarin04)

Facebook: [Tamara Marín](https://www.facebook.com/Tamara-Marin)

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª

48920 Portugalete

944 06 37 46

ISBN: 978-84-126750-2-3

Corrección: Rubric.

Diseño de cubierta y diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

OceanofPDF.com

*Para Nerea.
Porque mis libros no serían los mismos sin sus cubiertas.*

OceanofPDF.com

Antes de tener mi primer libro terminado, me topé, por casualidad, con un post de otra autora a la que Nerea le había hecho la portada de su perfil de Facebook. Me dije que, si alguna vez me atrevía a publicar, ella sería quien se encargaría de mi cubierta.

Cuando me decidí y contacté con Nerea, las dos empezábamos en este mundo y nos desbordaban la ilusión y las ganas.

Me encantó coincidir con una mujer emprendedora que dejaba atrás su profesión de tantos años para dedicarse a lo que de verdad le gustaba. Y me ha entusiasmado compartir con ella todas las cosas buenas que nos ha dado seguir nuestros sueños.

Después de unos cuantos años, Nerea sigue siendo la que les da cara y color a mis novelas.

OceanofPDF.com

Índice

[Prólogo](#)

[1. Mis hermanos](#)

[2. «Quiero hablar contigo», las palabras malditas](#)

[3. La salida](#)

[4. El favor](#)

[5. La cena](#)

[6. Los problemas de creerse un dios](#)

[7. No es mala idea](#)

[8. Mi amiga Aitana](#)

[9. La invitación](#)

[10. Empieza la aventura](#)

[11. La habitación de Héctor](#)

[12. ¿Qué había sido eso?](#)

[13. Insomnio](#)

[14. En mi habitación](#)

[15. Ya me iba](#)

[16. Pasar página](#)

[17. La amiga de mi hermana](#)

[18. La cena](#)

[19. Nada más importaba](#)

[20. Victoria en mi cama](#)

[21. La llamada](#)

[22. Conversación telefónica](#)

[23. Cumpleaños](#)

[24. Vámonos a casa](#)

[25. La escapada](#)

[26. La playa](#)

[27. La familia](#)

[28. Voy a echarte de menos](#)

[29. Acabará pasando](#)

[30. Deja de jugar conmigo](#)

[31. No lo sabes a ciencia cierta](#)

[32. La conversación de WhatsApp](#)

[33. Siempre ha sido así](#)

[34. La decisión](#)

[35. Tenemos que hablar](#)

[36. La barbacoa](#)

[37. Cambios](#)

[38. A mí se me ha ocurrido esto](#)

[39. Hacer las cosas bien](#)

[40. Lo que tú quieres](#)

[41. Jefe de seguridad](#)

[42. El comodín de la llamada](#)

[43. ¿Saber qué, señor famosillo?](#)

[44. Felicidad](#)

[45. La vida no deja de sorprendernos](#)

[Próximamente...](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Música](#)

[Otras obras de Tamara Marín](#)

OceanofPDF.com

Doce años antes

OceanofPDF.com

Prólogo

Victoria

—¡Como no os deis prisa, no llegamos! —grité desde la puerta de la calle.

Parecía mentira que fuesen mis hermanas las que estaban deseando asistir a ese concierto.

—Os prometo que me quedo en casa, no tengo ningunas ganas de ver a ese tío cantando canciones que ni siquiera me gustan y menos aún cargar con todas vosotras —insistí, sin que nadie me hiciera el menor caso.

Llamaron a la puerta haciendo que me sobresaltara, y eso que sabía que ella estaba a punto de llegar. Apoyé la mano en el pomo y abrí.

—Hola, Victoria. No vuelvas a pedirme algo así, porque te diré que no.
—Mi amiga Aitana había accedido a venir con nosotras.

—Lo que espero es no tener que volver a acompañarlas yo tampoco. No te imaginas lo mucho que te lo agradezco —dije al abrazarla.

—De nada, aunque ya sabes que tarde o temprano me lo cobraré. No descartes tener que invitarme a cenar al sitio ese que nos gusta tanto.

—Dalo por hecho. Esto sería insoportable si tuviera que ir yo sola.

—Victoria, no te engañes. Va a ser insoportable de todos modos —respondió entrando en casa y observando alrededor.

—No fisgonees, que no está. Darío ha salido con su nueva novia —expliqué cruzándome de brazos.

—No estaba buscando a nadie —se defendió.

—Por supuesto que no —ironicé, porque sabía que no era cierto.

—No es que me importe demasiado, pero como no se espabilen llegaremos tarde —alegó mi amiga, cambiando de tema.

Esa noche, Leo, el cantante de moda, daba un concierto en Málaga y mis hermanas pequeñas se morían de ganas de asistir, pero al ser menores de edad a mi madre se le había ocurrido la maravillosa idea de que yo las vigilara. Creo que fue por no oírlas más, ya que a pesadas no las ganaba nadie, y porque ella no tenía ninguna intención de ir, eso también.

Así que yo había recurrido a mi amiga Aitana para que fuese conmigo y no tener que estar toda la noche oyendo los gritos histéricos de las tres locas a las que nos tocaba acompañar. Y, sí, he dicho «tres», pues a mis dos hermanas se había sumado la amiga del alma de Jimena.

—¡Si en dos minutos no estáis aquí, me voy con Aitana a tomar algo! —grité sin esperar respuesta.

Por fin esas tres bajaron y cuando las vi puse los ojos en blanco.

—¿De verdad pensáis ir así en el bus? —Aitana verbalizó lo que yo misma pensaba—. ¿No os da vergüenza?

—¿Y eso qué leches es? —respondió resuelta Jimena, mi hermana pequeña.

No, desde luego que ella no tenía ni idea de lo que era eso. En mi casa éramos cinco hermanos, tres chicas y dos chicos, y parecía que la sensatez se fue perdiendo a medida que nacíamos. Darío, mi hermano mayor, era el más estudioso y centrado de todos. Después venía yo, que, sin pretender echarme flores, también era una chica bastante cabal. José, el tercero, directamente estaba poco centrado, y Jimena carecía por completo de raciocinio y menos aún de vergüenza. La excepción podría ser Rocío, la pequeña —aunque no compartía genética con nosotros, pero eso era otro tema—. Porque, a pesar de que ya empezaba a mostrar signos de que algo de cordura se había quedado por el camino, no era comparable a la locura de Jimena.

Y todo esto venía porque Rocío, Jimena y su amiga Carmen llevaban la cara y los brazos pintados con el nombre del cantante, una enorme pancarta

donde podía leerse: «Leo, te queremos» y camisetas a juego. Todo muy discreto, sí.

—Os pondréis en la otra punta del autobús, no pienso ir cerca de vosotras con esas pintas —declaré con seriedad.

—Que sí, lo que tú quieras, pero vámonos ya o llegaremos tarde. —«¿Será...? Me dice eso después de llevar casi un cuarto de hora esperándolas en la puerta», pensé.

Cuando llegamos, supe que la noche iba a ser muy muy larga. Un montón de adolescentes cantaban a voz en grito las canciones de Leo mientras hacían una interminable cola para entrar. Miré a Aitana y resoplé.

—Esta me la apunto, me debes una y muy grande.

—Lo sé, lo sé.

Estuvimos toda la noche pendientes de las tres insensatas. No sé cómo terminaron consiguiéndolo, pero acabamos en primera fila (con todo lo que eso conlleva, porque no había recibido tantos codazos, empujones y pisotones en toda mi vida). Mi hermana Jimena incluso lanzó su sujetador al escenario. Yo no sabía dónde meterme.

El camino de vuelta se lo pasaron alucinando con lo que habían vivido y yo me moría de ganas de meterme en la cama. Tenía un dolor de cabeza...

Aitana fue la primera en bajarse. Era extraño que no se quedara a dormir en mi casa, pues siempre que salíamos juntas lo hacía, si bien ese día prefirió marcharse a la suya. La entendía; si yo pudiera, también me alejaría cuanto antes de aquellas tres.

Después bajamos todas del autobús y acompañamos a Carmen, que vivía cerca de nosotros. Tuve que llamarles la atención un par de veces por los gritos que daban y porque no había manera de que se despidieran. Yo solo tenía veintiún años, pero cuando salía con ellas me daba la sensación de que era mucho más mayor.

En cuanto abrimos la puerta de casa vimos que nuestra madre nos esperaba despierta.

—¿Qué tal ha ido, chicas? —preguntó con una enorme sonrisa, y a mí me dieron ganas de decirle que si tanto le interesaba podría haber ido ella, pero me callé.

Mis hermanas se sentaron a su alrededor para hacerle un resumen detallado de lo que había sido la noche. Yo me encaminé hacia mi cuarto.

—Buenas noches, me voy con la música a otra parte —dije alzando la mano a modo de despedida.

—Uy, pero qué chisposa eres —se burló Jimena. Yo le hice una peineta y me fui de allí.

—Buenas noches, cariño —contestó mi madre, porque las otras dos estaban demasiado ocupadas hablando a la vez.

Esa noche creo que me dormí en cuanto puse la oreja en la almohada. Había sido el primer concierto al que asistí en mis veintiún años de vida y ni siquiera me gustaba el cantante, y menos aún su música.

Doce años después

OceanofPDF.com

1. Mis hermanos

Victoria

Ese día había quedado con mis hermanos para comer. Debía darme prisa, de lo contrario no llegaría a tiempo. Y, francamente, no me apetecía nada tener que oír el sermón de Darío y de Jimena si me retrasaba.

Cerré el ordenador y me dirigí al baño para darme una ducha rápida. Que resultó no serlo tanto. Así que cuando salí me puse lo primero que pillé en el armario, que fue un vestido sencillo y cómodo, me hice una coleta, me maquillé un poco y me fui corriendo.

Llegué tres minutos tarde. ¡Tres! Pues no me libré de la charla.

—Victoria, deberías tomarte las cosas más seriamente —alegó mi hermana mirándome con intensidad.

—Jimena, por el amor de Dios, que es una comida de hermanos. Ni que hubiera quedado con el presidente.

—La puntualidad dice mucho de una persona.

Iba a replicarle algo, en cambio decidí callar. Con el tiempo aprendí que con Jimena lo mejor era que creyera que le dabas la razón y no entrar en discusiones absurdas que no acabarían bien.

Desvié la mirada y la fijé en mi hermano José, que resoplaba sin disimulo. Los dos sabíamos que cuando Jimena se ponía en ese plan no había quien la aguantara.

¿Recordáis que, de jovencita, mi hermana pequeña era una alma rebelde, desvergonzada y descarada? Pues nadie entendía qué leches le había pasado para convertirse en una persona tan responsable, aburrida y rígida.

—No creas que se me olvida que tenemos una reunión pendiente —me recordó.

—Jimena, por favor. Esta comida no es de trabajo, así que relájate y disfruta —le pedí.

—Y si puedes déjalo en la entrada —intervino José.

—¿Qué dices? —preguntó Jimena con cautela.

—Allí, donde se colocan los paraguas cuando llueve. —Mi hermano señaló con el dedo un cubo alto de metal que había al lado de la puerta del restaurante.

—¿De qué estás hablando? —se extrañó Jimena. Yo sonreí antes de que respondiera, pues conocía muy bien a nuestro hermano pequeño.

—El palo que llevas metido por el culo —soltó, y a mí se me escapó una carcajada.

José siempre le soltaba ese tipo de pullas. Yo creo que estaba resentido con Jimena porque cuando eran más jóvenes tenían mucha complicidad y se entendían muy bien, pero luego ella empezó a hacerse famosa y a volverse más y más estirada. Quizá empezó antes, nadie estaba seguro de cuando pasó; lo que sí sabíamos era que el cambio fue abismal.

No lo he dicho, pero mi hermana era una *influencer*. Sí, ya sé que de eso hay un montón últimamente y que para la mayoría no se podía considerar como un empleo, sin embargo, también he dicho que mi hermana se tomaba todo demasiado en serio y su trabajo era muy importante para ella. Yo, desde hacía un par de años, era su *community manager* ¿Que qué es eso? Pues la pringada que se comía todos los marrones. Pero no iba a quejarme, porque trabajaba desde casa, podía organizarme bien mi horario y no cobraba mal.

Cuando se corrió la voz de que yo me ocupaba de sus redes sociales, me salieron un par de clientes más, aunque la cuenta más grande era la de mi hermana. Pero, claro, es que ella era una de las *influencers* de moda más importantes del país. Mis hermanos y yo alucinábamos porque las marcas le pagaban mucho dinero y, además, le regalaban ropa para que les hiciera

publicidad. No acabábamos de entender que nuestra hermana pequeña tuviera tanta influencia como para sacar una prenda de ropa y hacer que se agotara en horas. Y, aunque para algunas personas eso no podía considerarse un trabajo, debo decir que Jimena era disciplinada y muy profesional en todo lo que hacía.

Justo en ese momento Rocío me mandó un mensaje para decirme que no podría ir a comer con nosotros, le habían cambiado el horario a última hora y le tocaba trabajar.

—Rocío no viene —informé a mis hermanos.

—Darío dijo que empezáramos sin él, así que vamos a pedir, que estoy muerta de hambre —dijo Jimena mientras llamaba, con un sutil gesto de cabeza, al camarero.

—Uy, sí, luego te comes media hoja de lechuga y dices que no puedes más. —José era incapaz de permanecer callado cuando de chingar a nuestra hermana se trataba.

—Tengo que cuidarme, imbécil, mi trabajo depende de ello.

—Yo creo que eso es lo que tú te crees. Si te mostraras un poquito más... humana, seguro que te iría mejor.

—No tienes ni idea.

—A mí la verdad es que me da igual mientras pagues la cuenta de este restaurante pijo al que nos has traído. Joder, Jimena, que aquí nos vamos a morir de hambre y encima vas a pagar como si nos hubiéramos hartado —lloriqueó José.

El resto de la comida fue un continuo ir y venir de dardos envenenados, yo los veía pasar esperando que no cambiaran de dirección y se volvieran contra mí.

Al final, Darío tampoco se presentó y yo tuve que soportar sola a esos dos durante toda la comida.

Cuando llegué a mi casa estaba agotada por la tensión, parecía mentira que no me hubiese acostumbrado ya.

—¿Cómo ha ido con tus hermanos? —preguntó Luis en cuanto entré.

—Rocío y Darío no han venido, así que imagínate.

—Puff, te compadezco.

Luis se acercó y me dio un casto beso en la mejilla.

Lo miré pensando que debía ponerme las pilas si quería tener preparada la fiesta sorpresa que pretendía hacerle la próxima semana para su cumpleaños.

OceanofPDF.com

2. «Quiero hablar contigo», las palabras malditas

Victoria

Acababa de salir de la pastelería donde había ultimado los detalles de la tarta de cumpleaños de Luis. Ya me quedaban muy poquitos cabos sueltos. Sonreí para mis adentros, menuda sorpresa iba a darle.

Luis y yo llevábamos juntos casi diez años. Nos conocimos en el primer trabajo que yo tuve y alquilamos un piso cuando apenas hacía un año que salíamos. No tenía claro si me podían más las ganas de vivir con él o las de irme de mi casa y dejar a mi numerosa familia en aquel bullicioso hogar.

Él era siete años mayor que yo y estaba a punto de despedirse de la treintena para meterse de lleno en el cuatro. Solía burlarme de él por eso.

Llegué a casa corriendo porque, con todos los recados que debía hacer, se me había hecho tarde.

—Lo siento, Luis, pero llego tardísimo. Si me has esperado para cenar...
—comenté mientras me quitaba la chaqueta y la colgaba en la percha de la entrada, pero me callé de golpe en cuanto lo vi sentado en el sofá con cara de haberse comido un limón.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con preocupación.

—Victoria, siéntate aquí, quiero hablar contigo —susurró mirándose las manos.

Esas palabras nunca presagian nada bueno y yo lo sabía, por eso estuve a punto de dar media vuelta y salir corriendo de allí. Aun así, y haciendo gala de un aplomo que no sentía, me acerqué a él y me senté en el sofá.

—No me gustaría marearte ni andarme con rodeos. Quiero que lo dejemos por un tiempo. —Estaba claro que no me apetecía que diera mil

vueltas para decirme eso, pero, joder, fue tan al grano que me faltó poco para sufrir un ataque de ansiedad—. De verdad que lo lamento, pero desde hace unos meses siento que me ahogo y necesito respirar. No sé si es por ti, por mí, o se trata de la famosa crisis de los cuarenta; lo único que tengo claro es que no puedo continuar así. No quiero ponerte las cosas difíciles, es lo último que deseo. Ya sabes que te quiero mucho, pero me da la sensación de que me falta algo.

Pensé que lo que le faltaba era una buena hostia con la mano abierta, pero no pude moverme y mucho menos responderle. Lo único que fui capaz de hacer fue llorar. No un llanto estridente ni desconsolado —eso vendría después—, solo unas pocas lágrimas recorriendo mis mejillas.

—De verdad que lo lamento —se excusó mientras se levantaba y se dirigía a buscar la maleta en la que yo no había reparado hasta ese momento.

Se marchó sin decir nada más y cuando cerró la puerta me dio la sensación de que con él se iban todos mis planes de futuro. ¿Cómo podía haber cambiado tanto mi vida de un instante a otro?

Esa noche lloré muchísimo, no pude moverme ni siquiera para irme a la cama. Me hice un ovillo en el sofá y allí me desahugué durante horas.

A la mañana siguiente me metí en la ducha, más que nada por ver si me despejaba un poco y se me quitaba el incipiente dolor de cabeza con el que me había levantado. No resultó.

Me preparé un café mientras decidía a qué hermano llamar para explicarle lo que me había pasado.

Darío se mostraría resolutivo con todos los problemas prácticos, pero no estaba segura de si era eso lo que necesitaba. Rocío no sabría sobrellevar la situación, todo lo que tenía que ver con sentimientos la sobrepasaba. José me invitaría a beber y a salir para olvidar las penas y Jimena me prohibiría

continuar llorando, alegando que se me hincharían los ojos o alguna mierda parecida.

Sacudí la cabeza y llamé a Darío. Al fin y al cabo, era una tontería suponer que solo acudiría uno de ellos.

No me equivoqué. Una hora después los cuatro estaban en mi casa.

—Hay que hablar con el casero y decirle que vas a marcharte, no puedes asumir tú sola el coste del alquiler de este piso. —Por supuesto, ese era Darío.

Lloré con más intensidad al darme cuenta de que tenía razón y de que debería abandonar mi independencia y regresar a casa de mis padres. ¡Mierda! Aún no había asimilado que Luis me había dejado y, por si eso fuera poco, mi vida no paraba de cambiar.

—No te preocupes, hermanita, lo vamos a pasar genial. Rocío no me sigue el rollo, pero contigo seguro que nos divertiremos un montón por las noches. —Un sollozo ahogado salió de mi garganta ante las palabras de José. Estaba yo para pasarlo bien. Lo único que me apetecía era meterme en la cama y no salir de allí en los próximos años.

—Lo que tienes que hacer es arreglarte y que nadie se dé cuenta de que ese imbécil te está haciendo llorar de esta manera. —Jimena y su sensibilidad extrema.

—Dejadla en paz, la estáis agobiando. ¿No veis que vais demasiado deprisa?

Todos miramos a Rocío con sorpresa, era extraño que ella hiciera algún comentario al respecto. Normalmente no participaba en aquel tipo de conversaciones. Podías mantener una charla muy interesante con ella, pero cuando había más de tres personas, aunque fuéramos nosotros, se mostraba cauta a la hora de dar su opinión.

Lástima que nadie le hiciera caso, porque continuaron un rato más diciéndome lo que debía hacer y lo que no, volviéndome loca, hasta que

todos regresaron a sus casas y yo pude respirar un poco de paz.

Lo que sí les agradecí fue que me llevaran la comida de mi restaurante favorito; no me había percatado del hambre que tenía hasta que noté el inconfundible aroma del salmón con arroz que tanto me gustaba.

Cuando lo calenté y lo probé, caí en la cuenta de que no comía nada desde que Luis se había marchado de casa, el día anterior.

Lavé mi plato y me fui directa al sofá, necesitaba recobrar la calma que mis hermanos parecían haberme robado. Dicha tranquilidad solo la sentí hasta que fui consciente de que en unos días se acabaría de forma definitiva, pues en casa de mis padres pocas veces se respiraba calma. Solo de pensarlo las lágrimas volvieron a acudir a mis ojos.

OceanofPDF.com

Unas semanas después

OceanofPDF.com

3. La salida

Victoria

—Rocío, necesito entrar en el baño —rogué.

—Ve al otro, para algo tenemos dos.

—En el otro está José —aclaré.

Llevaba un par de semanas viviendo en casa de mis padres y no lograba habituarme. Menos mal que Darío y Jimena ya se habían independizado, porque, si tenía que volver a convivir con seis personas (siendo cuatro de ellos mis hermanos, claro), hubieran tenido que internarme en algún sitio.

Cuando Rocío por fin se apiadó de mí y me dejó pasar, mi madre golpeó la puerta antes de que me sentara en el váter.

—Acabo de entrar —me quejé.

—Lo siento, cariño, pero tu padre está en el otro baño. —Resoplé y salí para que ella entrara.

Al regresar a mi cuarto, me encontré a mi hermano sentado en mi cama.

—José, tengo que trabajar... —le imploré, porque lo veía venir.

—Bah, trabajas para Jimena y es nuestra hermana...

—¿Puedes imaginarte a una jefa peor que ella? —pregunté de manera retórica alzando una ceja.

—Ahí le has dado —dijo arrugando la boca, como si solo con pensarlo le desagradara la idea.

—¿A qué has venido? —pregunté yendo directa al grano, ya que debía ponerme a trabajar y mi hermano no parecía tener ninguna prisa por marcharse de mi habitación.

—Esta noche salgo con unos amigos a tomar algo...

—Estupendo. —No lo dejé terminar porque lo veía venir.

—Te lo digo por si te apetece venir con nosotros —me propuso José.

—La verdad es que no. Pasadlo bien. —Y después de soltarle aquello di media vuelta para dirigirme a mi escritorio.

—Hermanita, no puedes estar escondiéndote siempre. —Sabía que me estaba provocando; aun así, no pude evitar caer.

—¡No me escondo! —protesté girándome hacia él.

—Pues lo parece —aseguró a la vez que se ponía de pie. Después salió de mi habitación.

José estaba equivocado; no me escondía, simplemente intentaba superar una ruptura y no me apetecía salir.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por una llamada de Jimena.

—Victoria, no te lo vas a creer. —No recordaba la última vez que oía tanto entusiasmo en la voz de mi hermana—. Hoy emitían un programa en la radio al que ha asistido Leo. Había que llamar y a la primera en hacerlo le preguntaban un montón de cosas sobre su carrera musical. Si las acertabas todas, el premio era una cena a solas con él y acompañarlo durante una semana a la gira que hará por Andalucía. ¡Y adivina quién ha ganado!

Solté un gritito porque entendía la ilusión que algo así debía de hacerle a Jimena. Eso y que como administradora de sus redes sociales me constaba lo que una sola foto con uno de los cantantes más famosos del planeta significaría para su carrera.

—No sabes cuánto me alegro por ti —dije con sinceridad.

—Muchas gracias, Victoria. Ahora debo dejarte. Prepararme para la cena de mañana va a llevarme horas, pues hay un buen puñado de tratamientos que debo hacerme para estar radiante. —Tal y como decía mi hermano, ya había vuelto a meterse el palo por el culo.

—Jimena, no conozco a nadie que esté tan estupenda como tú las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—En eso consiste mi trabajo.

—A veces también está bien mostrarse más... natural. —Era un tema que habíamos discutido mil veces. Las personas se sentían más identificadas con alguien que no estuviera perfecta siempre, sin embargo, Jimena no se mostraba de acuerdo con mi teoría y se maquillaba hasta para ir a la playa.

—Ya sabes que eso no es verdad. Si fuera así, yo no tendría el éxito que tengo.

—Quizá tendrías más.

—Luego hablamos. Debo llamar a unos cuantos centros de belleza —declaró cambiando de tema y, como era habitual en ella, antes de que pudiera responderle, me colgó.

No sé cómo lo hizo, pero finalmente mi hermano me convenció y esa noche salí con él y con sus amigos. Fuimos a cenar a un restaurante que no era especialmente bonito, pero donde la comida estaba muy buena.

—Dime una cosa, José. ¿Dónde tenías escondida a esta hermana? Porque a ver, Rocío es muy guapa, pero una vez que pasas por su cama deja de mostrar interés.

—Juan, no te pases —le advirtió José poniéndose muy serio y con la mandíbula tensa.

—Lo siento, pero es la verdad. —Mi hermano gruñó, pero su amigo pareció no hacerle caso—. Y Jimena es posible que ni siquiera sea humana, pero Victoria...

Me reí ante las palabras del amigo de José, debo reconocer que ya llevábamos unas cuantas botellas de vino y lo más probable era que la lengua se nos hubiera soltado.

—Victoria estaba felizmente emparejada hasta que el imbécil de su novio sufrió la crisis de los cuarenta y decidió que lo mejor para superarla era dejarla. —Intenté sonreír, pero la mención de Luis me había pillado con la guardia baja.

—Vaya... —Fue lo único que comentó Juan, porque debió de comprobar que yo estaba a punto de echarme a llorar.

—Venga, hora de marcharse —propuso mi hermano mientras me tendía una mano para que me levantara.

Llevábamos un buen rato bebiendo y bailando en el local al que me habían llevado, y contra todo pronóstico me lo estaba pasado bien.

Acompañé a Juan a la barra para tomarnos unos chupitos y, mientras esperaba, me di la vuelta para localizar a José. Sin embargo, a quien me pareció ver fue a Luis. Observé con más atención y comprobé que efectivamente se trataba de él. Estaba bailando muy pegado a una rubia bajita. De pronto, acortaron la distancia que los separaba y Luis se lanzó a su boca y la besó como si el mundo fuera a terminarse. No lograba recordar la última vez que me había besado así.

Me quedé paralizada por la impresión. Era consciente de que Luis y yo no estábamos juntos y de que él podía hacer lo que le diera la gana, pero la imagen me dejó completamente impactada. Tragué saliva con fuerza intentando aguantar las tremendas ganas que tenía de llorar. Cuando logré mantener las lágrimas a raya me di la vuelta y me bebí los dos chupitos que había sobre la barra.

—Vaya, tenías sed —bromeó el amigo de mi hermano.

—Pon dos más —le pedí al camarero.

—Son bastante fuertes, quizá no deberías... —Puedo imaginar la forma en que lo miré para que se callara en el acto.

Y después de beberme también esos dos chupitos no recuerdo mucho más de aquella noche.

4. El favor

Victoria

«¡Joder! Que alguien me arranque la cabeza, por favor». Intenté abrir los ojos y me costó tal esfuerzo que estuve pensando durante unos segundos lo que supondría mover cualquier otra parte de mi anatomía. No obstante, antes de que fuera capaz de hacerlo la puerta de mi cuarto se abrió y por ella apareció mi hermano.

—Juan, será mejor que salgas de ahí y te vayas a mi cuarto antes de que mi madre o mi padre te vean.

—Sí, voy —respondió una voz justo detrás de mí.

Me giré de golpe y me arrepentí en el acto porque la habitación empezó a dar vueltas sin control.

Juan, el amigo de mi hermano, se levantó de mi cama (¡de mi cama!) y pude comprobar que solo iba vestido con unos *boxers*. Quise que la tierra me tragara. ¿¡Qué leches había hecho esa noche!? Tampoco tenía claro si quería saberlo. Aun así, decidí que lo mejor sería preguntarlo.

—Juan, ¿ha pasado algo entre nosotros? —susurré, porque el sonido de mi propia voz rebotaba en mi cabeza y parecía que fuera a explotarme.

—No puedo creer que no te acuerdes —me echó en cara, y, aunque no podía verme, estaba segura de que mi rostro perdió el poco color que conservaba.

—Juan, ya vale —le advirtió mi hermano.

—Era broma. No ha pasado nada entre nosotros —contestó. Yo respiré—. Pero anoche insististe tanto en que durmiera contigo y no con tu hermano, que decidimos que antes de que despertaras a tus padres me metía en tu cama. Caíste inconsciente en cuanto pusiste la cabeza en la almohada.

Solté un gruñido y mi hermano, que en ese momento se convirtió en mi ángel salvador, me acercó un ibuprofeno con un vaso de agua. Me lo tomé casi sin incorporarme.

No recuerdo ni siquiera si me despedí de ellos porque volví a quedarme dormida. Desconozco cuánto tiempo pasaría, pero estaba convencida de que bastante porque, cuando un estridente sonido me despertó, el intenso dolor de cabeza que sentía había remitido considerablemente.

Estiré el brazo y alcancé mi móvil. Tenía la seguridad de que haberlo dejado ahí también fue idea de mi hermano.

—¿Sí? —murmuré medio dormida.

—Victoria, tienes que ayudarme. —El pánico estaba presente en la voz de Jimena y yo me incorporé en el acto.

—Claro, ¿qué necesitas? —dije arrepintiéndome de haberme levantado tan rápido, pues me mareé ligeramente. ¿Cuántas copas me bebí la noche anterior? Era mejor no saberlo.

—Hoy es la cena con Leo, pero yo no podré asistir. —Casi se me cayó el teléfono de las manos. No podía imaginar qué le había ocurrido para que no pudiera asistir a esa cena, con lo importante que sabía que era para ella.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté angustiada.

—He debido de coger algún virus estomacal y me encuentro fatal. Llevo todo el día pegada al baño y como tú comprenderás, aunque lograra recuperarme un poco, no puedo presentarme ante él con estas pintas. La piel se me ha quedado sin brillo. —¡La madre que la matriculó!

—Pues yo no estoy mucho mejor, tengo una resaca... —intenté excusarme.

—Pero a ti eso te da igual, ni siquiera ves guapo a Leo. Tienes que acudir a esa cena y hablarle de mí. Para eso te pago.

Había infinidad de cosas que decir sobre lo que acababa de soltar mi querida hermana. Lo primero, que, aunque no era una fan loca de Leo, al

igual que ella tenía ojos en la cara y el tío estaba como quería. Lo segundo, que para lo único que deseaba que acudiera a remplazarla era para hablarle de ella, y lo tercero, que, a pesar de que no me pagaba mal, no lo hacía para ese tipo de cosas, la verdad.

¿Respondí algo de esto?, por supuesto que no.

—De acuerdo, iré.

—Perfecto. Arréglate, por favor, ya sabes que la imagen es primordial y la primera impresión es muy importante. E intenta ser simpática y causarle buena impresión.

No me dio tiempo a decir nada; como siempre, colgó antes de que pudiera responderle.

Sabía que no tenía por qué aguantarle aquel tipo de cosas, pero ella era así. A veces echaba de menos a la Jimena loca y rebelde de cuando éramos más jóvenes.

OceanofPDF.com

5. La cena

Leo

Iba de camino a casa de mi representante, ya que teníamos que ultimar los detalles de la maldita cena de esa noche.

—¿Eso ha sido un gruñido? —preguntó Héctor.

—Joder, no me apetece una mierda asistir a la dichosa cena.

—Vamos, cualquiera que te oiga... Nunca viene mal que le suban a uno el ego —se burló.

—Héctor, ya sabes cómo suelen ser este tipo de encuentros. Crías que te miran como si cagaras purpurina y que son incapaces de pronunciar una frase completa, y cuando lo hacen solo es para decirme lo guapo y maravilloso que les parezco.

—Sí, vaya, debe de ser un asco —continuó ironizando mi amigo.

—Llevas conmigo los años suficientes como para saber de lo que te hablo.

—Solo bromeaba. Cuando quieras largarte, me haces una señal y yo acudo en tu rescate.

—Sí, eso funcionará con la cena, pero te recuerdo que tenemos que llevárnosla durante una semana de gira. ¿A quién se le habrá ocurrido semejante idea?

—A eso se le llama técnicas de *marketing*, querido amigo.

—Menuda mierda, lo llamo yo.

—No te falta razón. Pero piensa que ahí resultará más fácil porque con todo el follón de la gira los momentos a solas con ella serán escasos.

—Sí, supongo —respondí, sin estar del todo convencido—. Y volviendo a la cena de esta noche: ¿no crees que será demasiado que mi jefe de

seguridad nos acompañe?

—Si quieres te espero en la puerta; cuando veas que te agobias, me haces una perdida y entro a buscarte. Como siempre.

—Sí, está claro que habrá que hacerlo así. Ya sabes que estas cenas, si no las cortamos de alguna manera, se eternizan.

—Quieren pasar todo el tiempo posible junto al gran Leo. —Ante el comentario de Héctor, volví a gruñir y él soltó una carcajada.

Los años que llevábamos trabajando juntos habían hecho que Héctor y yo nos convirtiéramos en amigos. Y, a pesar de que él era un estupendo profesional, la mayoría de las veces que me acompañaba era más porque me gustaba estar con él que porque verdaderamente lo necesitara.

Esa noche me puse un tejanito y una camiseta, no quería arreglarme demasiado porque necesitaba sentirme yo mismo. A pesar de todo lo que le había dicho a Héctor, me encantaba interactuar con mis fans; no obstante, la mayoría de las veces me sentía un inepto que no terminaba de comprenderlas. No entendía que se quedaran mudas ante alguien como yo, que era la persona más normal del mundo. No sabía cómo comportarme cuando me halagaban de aquella forma, incluso me costaba aceptar que la persona de las que ellas hablaban fuera yo. Me daba la sensación de que tenían un concepto de mí muy distorsionado.

Y es que, incluso con la cantidad de años que llevaba en esto de la música, continuaba sintiéndome fuera de lugar cuando alguien me miraba como si le resultara inalcanzable.

Suspiré, cogí una chaqueta de piel y me encaminé hacia el salón, donde Héctor me esperaba.

—¿Sabemos algo sobre la mujer con la que cenaré esta noche? —pregunté, sin demasiada curiosidad.

Mi representante me explicó los términos en los que iba a llevarse a cabo la cena y la semana que pasaría conmigo de gira, pero no me dijo ni

una sola palabra sobre la mujer a la que le había tocado el maravilloso premio.

—He llamado a la radio, pero no me lo han cogido. De todos modos, en el restaurante tienen los datos, así que tú tranquilo, que ellos se encargan y yo también, por supuesto —aclaró, y yo solté un taco por lo bajo—. Míralo por el lado positivo, será una sorpresa.

Le di un puñetazo a Héctor en el brazo, aunque creo que me hice más daño a mí que a él.



Lo primero que hice al llegar al restaurante fue pedir una botella de vino, y no me tomaba un vaso de algo más fuerte porque no me gustaba ese tipo de alcohol.

Me extrañó que pasados diez minutos de la hora acordada no se presentara nadie, lo normal era que me llevaran esperando un buen rato cuando yo llegaba.

De pronto levanté la cabeza y, al verla, suspiré profundamente. Menuda noche tenía por delante.

—¡No puedo creer que seas tú! —gritó una cría mientras corría hacia mí y se tiraba encima.

—Hola —saludé mirando a mi alrededor, porque, con lo que había gritado, todo el restaurante nos observaba.

Me fijé bien en la chica que tenía enfrente y me preparé para lo que se me venía encima. No estaba seguro de que fuera mayor de edad, aún tenía los últimos vestigios en su rostro típicos de la adolescencia. Siempre me costaba creer que una persona tan joven pudiera sentirse atraída por alguien como yo. A mí solamente me inspiraba ternura y la única conversación que

se me ocurría era preguntarle por sus estudios y regañarla si los había dejado de lado.

Estaba a punto de invitarla a sentarse a mi mesa cuando divisé a Héctor, que venía acompañado de una preciosa mujer. No entendía cómo lo hacía mi amigo, pero, siendo yo el cantante famoso, él ligaba mucho más.

Se paró frente a mí, puso la mano en la espalda de la mujer para que se adelantara un paso y la miró con intensidad, aunque ella pareció no percatarse.

—Leo, ella es Victoria, tu acompañante de esta noche —dijo Héctor con cierto retintín. El muy condenado sabía que la mujer que lo acompañaba era muy guapa.

Miré con desconcierto a la chica que tenía junto a mí, pues pensaba que era quien compartiría conmigo la cena de esa noche. Volví a suspirar aliviado porque Victoria parecía mucho más comedida que ella.

Antes de despedirme de aquella adolescente, le firmé un autógrafo. Acto seguido, invité a Victoria a sentarse.

—Si quieres, puedo quedarme —se ofreció Héctor.

—No, gracias, ya puedes marcharte a casa —le pedí.

Mi amigo soltó una carcajada y a mí se me escapó una sonrisa. Los dos sabíamos que no iba a necesitar que acudiera en mi rescate.

—De acuerdo. Buenas noches, Victoria.

—Buenas noches, Héctor. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —susurró mi amigo, guiñándole un ojo, para después darse la vuelta y marcharse.

Victoria se movió algo incómoda en la silla y esperé, pues me daba la sensación de que quería decir algo. No me equivoqué.

—Siento haber llegado tarde, pero...

—No te preocupes, ahora ya estás aquí —dije con seguridad.

Aunque no lo pareciera, me costaba entablar conversación con las personas que no conocía, así que opté por empezar a hablar del tema más fácil.

—Y dime, Victoria, ¿cuál fue el primer concierto mío al que fuiste?

Noté cómo meditaba lo que iba a contestar.

—Hace bastantes años, aquí en Málaga.

Su ambigua respuesta me sorprendió, dado que normalmente me daban un millón de datos más.

—¿Y cuál es tu canción favorita? —continué hablando de lo único que se me ocurría para romper el hielo.

—Me resulta imposible elegir una. —Sonreí ante su respuesta—. Aunque, si tuviera que escoger, *Quiero morir en tu veneno* me gusta bastante.

—Si esa canción no es mía... —respondí sorprendido.

—Lo sé. Pero es que no has especificado que tuviera que ser tuya.

Victoria sonrió y yo me perdí en su boca. El labio inferior era grueso y lo llevaba pintado de un color rojo intenso que me recordaba a las cerezas maduras. Me encanta esa fruta.

Carraspeé para quitarme de la cabeza la imagen de su boca. Y volví a centrarme en ella.

Debía reconocer que me tenía completamente desconcertado, no estaba acostumbrado a que las personas fueran tan indiferentes y francas conmigo.

6. Los problemas de creerse un dios

Victoria

Me había costado la vida adecentar mi aspecto para presentarme a la dichosa cena. No por nada, sino porque la resaca me dejó la mayor parte del día casi sin poder moverme. Y, con el esfuerzo que me supuso todo eso, lo que me encontré cuando llegué allí fue a un tío que solo sabía hablar de sí mismo y que pensaba que el mundo giraba en torno a él. Dios mío, qué ganas tenía de regresar a casa y volver a meterme en la cama.

Cuando me preguntó cuál era mi canción favorita, me quedé en blanco. Vale que mi hermana me había puesto la música de aquel cantante hasta que la aborrecí, pero no recordaba ningún título. Nunca me interesó.

Si íbamos a pasarnos toda la cena hablando de él y de su música, aquello resultaría un monólogo de lo más aburrido porque poco podía aportar yo.

—Sinceramente, no eres la persona que esperaba encontrarme —me soltó después de unos instantes callados, y yo abrí los ojos como platos. Menudo imbécil maleducado.

—No, supongo que no. Imagino que estás tan acostumbrado a que un puñado de crías levanten tu ego que se te ha olvidado cómo mantener una conversación con una mujer sin ser tú el centro de atención.

Me arrepentí de mis palabras en cuanto salieron de mi boca. Estaba allí para ayudar a mi hermana, no para dar rienda suelta a lo que pensaba de semejante... hombre.

Desconocía cómo iba a reaccionar él, pero desde luego la carcajada que se le escapó a continuación no era lo que yo tenía en mente.

—De verdad que lo siento. Verás, creo que ha habido un malentendido.... —me disculpé.

—No lo sientas. Cuando antes he dicho que no eras lo que me esperaba, intentaba hacerte un cumplido, aunque por lo visto no me ha salido como esperaba. Y es que pocas veces tengo la oportunidad de conversar con alguien a quien le soy tan... indiferente.

—No es eso, es que...

—Con todo, me encantará oír a qué tipo de malentendido te refieres.

—Es lo que trataba de explicarte. —«Y si dejaras de interrumpirme lograría hacerlo», pensé para mí—. La que llamó a la radio, y por tanto la ganadora del premio, fue mi hermana Jimena, pero ella no se encontraba muy bien hoy y me ha preguntado si podía venir yo en su lugar. Ha contactado con la radio y con el restaurante para que cambiaran su nombre por el mío y no ha habido ningún problema.

—Ya entiendo... Entonces empezamos desde cero. Hola, mi nombre es Leo. —La sonrisa que se le dibujó al acercarse para darme dos besos fue tan genuina que de manera involuntaria también se plantó en la mía. Si bien se me borró de golpe cuando sus labios se posaron muy cerca de mi boca, incluso puse los ojos en blanco. Ese tío debía de estar tan acostumbrado a que las mujeres le arrojaran bragas al escenario que todo aquello tenía que salirle de manera innata. Pues conmigo lo llevaba claro.

—Yo soy Victoria, pero será mejor que corra el aire entre nosotros.

—¿Tanto miedo te doy? —preguntó socarrón.

—Lo que me da miedo es que tu ego se rompa y algún pedazo golpee mi cara.

Volví a darme cuenta de que me estaba pasando, pero con aquel tío me salía solo. No me gustaba y no tenía ninguna intención de causarle buena impresión. Eso sí, debía hablarle cuanto antes de mi hermana.

Justo en ese instante llegó el camarero.

—Hola, Ricardo. Puedes traernos dos platos de lo de siempre —le pidió.

—¿Vas a comerte dos platos tú solo? —le pregunté alzando una ceja, porque temía lo que iba a responder.

—No, uno es para ti. —Justo lo que pensé.

—Ah, pero es que no es eso lo que yo quiero. Soy lo suficientemente mayorcita y mentalmente independiente como para ser capaz de elegir mis propios platos y, por lo tanto, decidir lo que me apetece comer en cada momento. A mí tráigame uno de esto —le dije al camarero mientras señalaba un plato que elegí al azar.

La verdad era que me daba igual lo que comer, a mí me gustaba todo, pero me reventaba que eligieran por mí. Aunque más rabia me daba aún la media sonrisilla que Leo parecía ser incapaz de borrar de su cara.

—¿A qué te dedicas, Victoria? —preguntó cambiando de tema, cosa que le agradecí.

—Para abreviar te diré que me encargo de las redes sociales de mi hermana y de otras personas. —No entré en detalles de que, además de todo eso, Jimena me tenía por su esclava personal.

—Vaya, qué interesante. Yo soy un desastre; a pesar de ello, hasta ahora las he llevado yo mismo.

—¿En serio? —Me extrañé porque ese tío debía de tener muchísimos seguidores y era imposible que pudiera estar pendiente de tantas cosas como requerían cuentas tan grandes.

—Sí, pero no descarto contratar a alguien, así que hálame de ti y véndeme lo que haces.

No voy a decir que no me gustara la idea de trabajar para uno de los cantantes más famosos del planeta, eso me daría cierto nombre y se me abrirían muchas puertas. Por ello, el resto de la cena se convirtió más en una reunión de negocios que en otra cosa. Agradecí ese cambio de tercio porque él se comportó como un profesional, haciendo las preguntas adecuadas y yo, desde luego, también.

Cuando terminamos, Leo cambió los dos besos por un apretón de manos y a mí me pareció estupendo.

Antes de irse me pidió mi número de teléfono por si, finalmente, se decidía a contar con mis servicios. Por supuesto, se lo di.

OceanofPDF.com

7. No es mala idea

Leo

Por mucho que insistí en acompañarla a su casa, Victoria se negó en redondo, así que me fui directo a la mía. Siempre que iba a Málaga alquilaba la misma. Me encantaba.

Tenía que descansar porque en pocos días empezaba la gira y me esperaban meses agotadores. Pero, cuando llegué a mi casa, mi intención de irme directo a la cama se vio truncada. En uno de los asientos de mi enorme sofá me esperaba Héctor.

—Vaya, vaya, no solo no has necesitado que acuda en tu rescate, sino que has alargado la cena más de lo habitual.

—Sí, reconozco que se ha hecho tarde.

—¿No tendrá nada que ver con eso que la chica fuera un bombón y no se pareciera en nada a lo que estás acostumbrado?

—No lo sabes tú bien.

—Lo de que es una preciosidad sí, tengo ojos en la cara.

—Ya, eso es obvio. Lo que quiero decir es que resulta que la fan no era ella, sino su hermana.

—Sí, lo sé. Al dejaros en el restaurante he llamado a Miguel para explicarle que ya estabas con ella y me ha comentado que había habido un cambio de última hora —explicó Héctor, y yo pensé que mi representante ya podía haberme contado algo a mí, que era el implicado. Sin embargo, no dije nada de eso y continué hablando de ella.

—Creo que a Victoria ni siquiera le gusta mi música. —Me dejé caer en un sillón que había enfrente de Héctor.

—Eso sí que es interesante.

—Puedo asegurarte que no hay nada en ella que no lo sea. Ha sido como un soplo de aire fresco. Además de que no se ha cortado un pelo en ponerme en mi sitio cuando ha sido necesario.

—Cuéntamelo —pidió Héctor reclinándose hacia atrás.

—No te imaginas cómo se ha tomado que haya pedido la cena por ella.
—Mi amigo soltó una carcajada.

—¿Y desde cuándo haces tú eso?

—Desde que he descubierto que salta a la mínima y que me encanta que me plante cara. —Sonreí recordando cómo se puso en cuanto se percató de que yo había pedido por ella.

—Pues espero que lo pasaras bien, porque, por lo que has dicho, si el premio lo ganó la hermana, supongo que será ella la que se venga con nosotros la semana de gira.

—Menuda mierda —me quejé resoplando.

—En cuanto he llegado me he puesto a indagar sobre las dos y tengo que decirte que Jimena, la hermana, es aún más guapa que ella, pero estoy seguro de que no va a gustarte tanto.

—Victoria me ha sorprendido, y no solo por su físico —confesé, pues era verdad que había disfrutado mucho de su compañía.

—Ya me he dado cuenta. Normalmente no sueles alargar tanto este tipo de cenas.

—¿Cómo es la hermana? —pregunté, por cambiar de tema.

—Solo te diré que es una de esas *influencers* de moda. —Héctor dijo las últimas palabras con cierto desprecio—. Y por lo que he podido comprobar tiene pinta de estirada.

—Lo que me faltaba. La prensa se volverá loca. Una cosa es que me acompañe una desconocida y otra que lo haga alguien como ella, que compartirá hasta el último detalle en las redes.

—Siento decirte que llevas razón, es de las que lo cuelga absolutamente todo. Aunque hay fotos que vale la pena ver. Mira esta. —Héctor colocó su móvil frente a mi cara con la imagen de una mujer rubia en bikini. Sí que era guapa, sí—. Solo le falta compartir con quién se acuesta —escupió mi amigo.

—Es muy guapa. Pero Victoria también lo es, aunque lo que más me ha gustado de ella es que me ha tratado como a una persona normal, y no te imaginas el tiempo que hacía que eso no me pasaba.

—Me hago una idea.

—Por eso sigo diciendo que quiero que sea ella quien me acompañe —insistí con tozudez—. Tenemos que hacer algo; si ha sido Victoria quien ha cenado conmigo esta noche, debe ser ella la que se venga de gira.

—No creo que puedas obligar a alguien a que te acompañe durante una semana.

—No, está claro que no, pero pienso jugar todas mis cartas para que así sea.

—Se me ha ocurrido que podrías extender la invitación y pedirles que se vengan las dos. Creo que es lo mejor, porque, si le dices a Victoria que sea ella la que te acompañe, a la hermana puede sentarle mal y lo último que necesitamos es una polémica, con alguien como ella, en las redes sociales.

—No es mala idea. —De hecho, me parecía una idea estupenda. Solo faltaba que las dos aceptaran.

8. Mi amiga Aitana

Victoria

Cuando salí de aquella cena tan peculiar no tenía ganas de marcharme a casa, así que le pedí al taxista que me dejara en la de mi hermano Darío, no para verlo a él, sino para hablar con Aitana, mi mejor amiga. Tenía que explicarle todo lo que me había pasado en los últimos días. Debí haberla llamado por teléfono, pero, por una cosa o por otra, no lo hice. Porque, aunque intenté guardar en un rincón de mi mente la imagen de Luis besando a aquella chica, tarde o temprano debería enfrentarme a aquella escena.

Mi amiga me abrió en pijama y a mí me supo mal haber ido tan tarde.

—Lo siento. ¿Te he despertado?

—No, qué va, estábamos viendo una serie.

—Ah, genial.

—Genial no, que nos has jodido el final —protestó mi hermano desde el salón.

—Pues la terminas de ver mañana, que eso es lo bueno de Netflix —repliqué entrando en la estancia.

—Ten hermanas para esto —me echó en cara levantándose del sofá—. Yo me voy a dormir y así os dejo hablar tranquilas. Buenas noches —se despidió Darío mientras se marchaba a su cuarto.

—Buenas noches, hermanito. —Como respuesta obtuve un gruñido—. Deja de mirarlo, que babeas —susurré dándole un codazo a mi amiga.

—Pero ¡qué dices! —alegó ella muy indignada y mirando en la dirección por donde se había marchado Darío, para asegurarse de que no se hubiese enterado de mi comentario.

—No hace falta que disimules conmigo —dije mientras me sentaba en el sofá.

Aitana y mi hermano Darío llevaban compartiendo piso casi un año. Les pareció una buena idea porque ninguno de los dos podía permitirse alquilar uno solo. Todos pensamos que sería cuestión de tiempo que acabaran liados, pues Aitana llevaba toda la vida loca por él. Y creíamos que con el transcurso de los meses Darío se percataría de la maravillosa persona que tenía a su lado y de lo que se estaba perdiendo. El problema era que ya había pasado casi un año y parecía que mi queridísimo hermano se resistía. Era algo que no entendíamos ninguno, porque congeniaban muy bien y no solo vivían juntos, sino que tenían multitud de cosas en común y pasaban muchas horas en aquella casa. Prueba de ello era que se esperaban para cenar y por las noches veían juntos alguna peli o serie. Para mí, lo único que les faltaba para ser una pareja era el sexo.

Mis hermanos y yo ideábamos mil y una tretas para liarlos, lo malo era que no terminábamos de atrevernos a meternos en medio. Yo estaba convencida de que tarde o temprano Darío entraría en razón. Aitana era una mujer preciosa y con muchas cualidades; en realidad, yo siempre le insistía en que se lo sacara de la cabeza porque se merecía a alguien mejor que él. Pero, por supuesto, por mucho que mi amiga lo había intentado resultó ser incapaz.

Yo no quería darle ningún tipo de esperanza por no hacerle daño, pero desde que vivían juntos había pillado a Darío mirándola de una manera que me hacía pensar que no le era tan indiferente como quería aparentar.

—Tu hermano y yo somos compañeros de piso, nada más.

—Claro, claro —farfullé elevando una mano.

—Victoria, ya lo hemos hablado otras veces. Darío jamás ha mostrado el menor interés por mí, incluso el otro día trajo a una chica aquí.

—¿Aquí, a vuestro piso? ¿Contigo delante? —No podía estar hablando en serio.

—Sí —respondió bajando la cabeza.

—Mi hermano es imbécil. —Muy imbécil.

—Solo compartimos piso y él puede salir con quien quiera; con lo guapo que es, estoy segura de que pretendientas no le faltan. —Puse los ojos en blanco, más que porque hablara de mi hermano, porque con estos dos no avanzábamos nunca. Y porque utilizó la palabra «pretendientes» en lugar de «mujeres». Por eso también.

—Lo que tienes que hacer es subir tú a alguien y ponerlo celoso, a ver si de esa manera reacciona de una pu... puñetera vez. —Me contuve a tiempo porque Aitana no era muy amiga de que soltara demasiados tacos y ya se me había escapado alguno.

—Victoria, a tu hermano le da igual mi vida personal. Te aseguro que no le interesa lo más mínimo —alegó sin ser capaz de ocultar la tristeza que aquello le producía.

—De acuerdo, si crees que le resultas indiferente, no le importará verte con otro. No pierdes nada por probar, ¿no crees?

—No lo sé. Quizá lo haga.

Con esa repuesta me bastaba. Era el momento de cambiar de tema, porque si Aitana se lo pensaba mucho continuaría sin hacer nada.

—Bueno, al lío, que tengo muchas cosas que contarte —zanjé dando una palmada en el aire.

Empecé explicándole que había salido con José y que vi a Luis besando a otra en el local al que fuimos.

—No puedo creerlo —dijo mi amiga con perplejidad.

—Pensaba que me lo tomaría de otra manera; quiero decir..., no es que lo lleve bien y esa imagen va a quedarse grabada a fuego en mi cabeza para siempre. Pero me ha parecido... No sé ni qué palabra utilizar.

—¿Inmaduro?

—Algo así. Es como si al llegar a los cuarenta quisiera recuperar el tiempo perdido.

—¿Piensas que perdió el tiempo contigo?

—No, yo no, pero estoy convencida de que él sí. Me da la sensación de que, después de pasar tantos años juntos, es como si no conociera a la persona que es o pretende ser ahora.

—Estás intentando acostumbrarte a vivir sin él, y desde luego no debe de ser fácil.

—No sé, es una sensación extraña. Pensaba que no sería capaz de hacerlo, ¿sabes?

—¿Vivir tu vida sin que él formase parte de ella?

—Eso es. Creí que me hundiría y no podría seguir adelante durante mucho tiempo. Sin embargo, no me siento exactamente así.

—No puedo imaginarme cómo te sientes, pero entiendo que después de tanto tiempo con él es normal que ahora estés confusa. Aunque tampoco creo que sea bueno que te juzgues por no sentir lo que piensas que es lo normal.

—Con todo esto no quiero decir que no duela. Pero... No sé.

—¿Ves?, intentas justificar lo que sientes. Eran tu relación y tu pareja y cada ruptura se vive de forma diferente, no eres ni mejor ni peor por vivirla a tu manera.

—No, supongo que no.

No me había dado tiempo a parar desde que lo vi la noche anterior: primero el amigo de José en mi cama, después la resaca y más tarde la cena con Leo. Pero estaba convencida de que cuando lo hiciera me rompería, por mucho que quisiera dármelas de fuerte.

—Habéis pasado mucho tiempo y muchas cosas juntos, es normal que estés desconcertada.

—Sí. Y lo peor de todo es que, al pedirme espacio y no haber cortado definitivamente, es como si hubiera dejado una puerta abierta y no sé a qué atenerme. —No me gustaba pensar en ello, pero la realidad era que esa incertidumbre me estaba matando.

—Te entiendo, a mí me pasaría lo mismo.

Las dos callamos unos segundos y al final fui yo quien decidió romper el silencio.

—¿Sabes con quién he cenado esta noche? —dije, cambiando radicalmente de tema. Aitana me conocía lo suficientemente bien como para saber que no quería continuar hablando de Luis.

—Sorpréndeme.

—Con Leo.

—¿Quién es Leo?

—El cantante.

—¡Qué dices! ¿Y eso?

Aitana, al igual que yo, no era gran fan del cantante, pero, claro, una no cenaba todos los días con gente famosa.

—Mi hermana Jimena ganó un concurso en la radio, el premio consistía en una cena con él y una semana acompañándolo en la gira que hará por Andalucía.

—¿Y cómo es que te ha dejado ir a ti? —se extrañó Aitana.

—Porque ha pillado un virus estomacal y tenía la piel hecha mierda o alguna tontería de las suyas.

—Hombre, muy bien no debía de estar para que ella se perdiera algo así. ¿Y qué te ha parecido? —preguntó mi amiga con interés.

—Es guapo, eso ya lo sabemos, pero me ha caído mal. Doy gracias a que nada más se trataba de una cena y a que ya se acabó, porque, aunque se ha interesado por mi trabajo, creo que solo ha sido por hablar de algo. De algo que no fuera de él mismo, quiero decir.

—Bueno, eso lo desconoces. Quizá sí le ha interesado lo que haces. Quién sabe, tal vez vuelvas a coincidir con él.

—Lo dudo mucho —respondí rotunda.

En ese momento no lo sabía, pero cómo iba a tener que tragarme aquellas palabras.

OceanofPDF.com

9. La invitación

Victoria

Se me había acumulado el trabajo. Entre lo alterada que resultó mi vida personal en las últimas semanas, el traslado a casa de mis padres y no habituarme a trabajar allí, no me quedaba de otra que hacerlo más horas para poder ponerme al día.

Debía llamar a mi hermana para preguntarle una cosa sobre el último evento al que había asistido y, como si me leyera la mente, el teléfono sonó en ese preciso instante.

—Justo estaba pensando en ti —dije al descolgar.

—No vas a creerte lo que nos han propuesto. —Estaba convencida de que las siguientes palabras de mi hermana no iban a gustarme.

—¿El qué? —pregunté con reserva.

—¿Te acuerdas de que me había tocado una semana acompañando a Leo en su gira?

—Sí, lo recuerdo. —Se me erizó la piel.

—Pues quiere que tú también nos acompañes. Es genial porque de esa manera podrás actualizar todas mis redes en vivo y en directo. —Jimena era un amor, siempre pensando en los demás.

—Eso va a ser imposible, tengo mucho trabajo atrasado. —Cerré los ojos porque sabía que mi querida hermana no iba a entenderlo.

—Pues te lo llevas. Tienes la suerte de que puedes trabajar desde cualquier sitio.

—Ya, pero es que... —No me dejó terminar.

—Es una oportunidad única para mi trabajo. —Y dicho esto me colgó el teléfono. ¡Me colgó! Tampoco entendí por qué me indigné tanto, si siempre

terminaba de esa manera las conversaciones. Estaba claro que ella tenía que decir la última palabra. Pero es que en aquella ocasión me estaba obligando a hacer algo que de verdad no me apetecía lo más mínimo.

Me levanté de la silla y caminé de un extremo a otro de la habitación, debía serenarme. No podía mandar a la mierda a Jimena, ya que era mi mayor fuente de ingresos. Porque, aunque trabajaba para otras personas, con ella era con quien más dinero ganaba.

—¿Qué te pasa, hermanita? —Me sobresalté ante las palabras de José.

—¿A ti no te han enseñado a llamar a la puerta? —protesté enfadada y sabiendo que, si no me tranquilizaba, José pagaría el cabreo que yo tenía con Jimena.

—Estás en casa de los papás, aquí eso no existe. Ni siquiera puedo hacerme una paja tranquilo sin temer que entre mamá y me pille.

—¡Aggg, calla! Demasiada información —protesté, haciendo aspavientos con las manos.

—Solo respondía a tu comentario. Venga, ¿qué ha hecho Jimena esta vez?

—¿Cómo sabes que ha sido ella?

—Porque pocas personas tienen esa habilidad para sacarnos de quicio.

—Quiere que me vaya una semana de gira con el cantante ese. Por lo visto nos ha invitado a las dos —le expliqué, intentando que entendiera mi exasperación. No resultó.

—Pero eso es genial, te vendrá bien para que te conozca mucha más gente y podría darte un buen empujón laboral.

—Lo sé, pero tengo un montón de trabajo acumulado.

—¿Y qué más? —preguntó alzando una ceja. Qué bien me conocía el muy capullo.

—No sé qué quieres decir... —respondí con una indirecta, solo para ganar tiempo.

—Lo sabes perfectamente. Hay algo más.

—Es que ese cantante me cae fatal.

—Bueno, eso suele pasar con los famosos. Mira a tu hermana, y ni siquiera es que lo sea. Se cree una tableta de chocolate y no llega a Lacasito. —Sonreí ante la ocurrencia de mi hermano—. Pero no dejes que eso te nuble y aprovecha la oportunidad. Leo es uno de los cantantes más famosos del momento y a ti se te da bien lidiar con personas insoportables.

—Ni que lo digas —bromeé mirándolo con intensidad y esperando que se diera por aludido.

—Yo soy encantador y los dos lo sabemos.

—Por eso tienes una cola de mujeres en la puerta de casa. Porque destilas encanto —dije con ironía.

—Puedo asegurarte que mujeres no me faltan, ni hombres tampoco.

—Fanfarrón.

—Ya...

Mi hermano salió de mi habitación y yo lo seguí con la mirada. Sabía que tenía razón. Mis dos hermanos eran muy guapos, aunque muy diferentes en todo. Tanto físicamente como en manera de ser. Mientras que Darío era castaño con los ojos color miel —como yo—, José era moreno y con los ojos casi negros. Darío era responsable y chapado a la antigua en casi todo. Buscaba una relación tradicional y duradera con la mujer adecuada, aunque, como se lo siguiera pensando con Aitana, iba a envejecer solo. Era bastante introvertido y le costaba tomar la iniciativa; para muestra un botón.

José creía en el amor libre y, tal y como decía, él se enamoraba de la persona independientemente de su sexo. Era inmaduro, extrovertido y tenía más morro que todos nosotros juntos. Aunque para sus cosas también era bastante reservado, porque no teníamos ni idea de en qué trabajaba. Por mucho que preguntáramos e insistiéramos, no soltaba prenda. Estaba claro

que el trabajo lo hacía desde casa y que el horario era flexible, ya que la mayoría del tiempo se tocaba los hu...

Tampoco habíamos conocido jamás a una pareja suya. Era obvio que tenía mucho éxito y algunas de las veces que salíamos juntos lo vi marcharse acompañado. Sin embargo, nunca había subido a nadie a casa.

En fin, que sabía que mi hermano tenía razón, así que acabé mandándole un mensaje a Jimena y diciéndole que aceptaba la semana de gira junto a ella y el cantante. ¡Yuhuuu!

OceanofPDF.com

10. Empieza la aventura

Leo

Acababa de meter en una maleta las cosas que iba a necesitar durante esa semana, o por lo menos eso quería creer, porque siempre se me olvidaba algo.

El tiempo de gira suponía una contradicción para mí. La parte buena era que disfrutaba mucho con los conciertos y estando cerca de los fans. La mala que, además del palizón que suponía y que cada año que pasaba me costaba más, no me gustaba cambiar cada pocos días de hotel.

Cerré la maleta y me di la vuelta pensando en que aún no podía creer que Victoria hubiese aceptado mi invitación, estaba casi convencido de que iba a declinarla.

—¿En qué estarás pensando, que apareces con esa estúpida sonrisa?

—Me da la sensación de que lo sabes perfectamente, hay muy pocas cosas que se te escapen.

—Solo preguntaba por quedar bien. Sé perfectamente que tu mente estaba centrada en cierta mujer de nombre Victoria. —Había veces que Héctor me daba miedo, parecía saber todo lo que se cocía a su alrededor. Supongo que por eso era mi jefe de seguridad y también por ese motivo le pagaba un sueldo tan exorbitado.

—Estaba casi seguro de que iba a negarse a venir —admití.

—No descartes que la hermana la haya obligado. No la conozco personalmente, pero parece bastante cabrona.

—No sé por qué dices eso... —Me extrañó que mi amigo creyera algo así.

—Ya sabes que calo a la gente con mucha facilidad, y por lo que he podido comprobar esa tiene pinta de ser una estirada de la hostia.

No pude evitar hacer una mueca, Héctor tenía razón en que era capaz de captar a las personas casi sin conocerlas. Y que dijera aquello me fastidió bastante, porque, a pesar de mi fama, me consideraba un tío normal. De ahí que las personas caprichosas y que iban de divas me resultaran muy difíciles de tragar.

—Eso es maravilloso —ironicé.

—No te preocupes, me da a mí que va a ser una semana, como poco, entretenida.

—Si tú lo dices... —respondí, no demasiado convencido.

Habíamos quedado en recogerlas en sus respectivas casas. Primero pasamos a por Victoria, ya que se encontraba más cerca de donde estábamos.

Al llegar, ella ya nos esperaba en la puerta con una maleta y cara de pocos amigos.

Héctor salió a colocar su equipaje en el maletero. No era su trabajo, pues normalmente de eso se encargaba el chófer, si bien no pude echárselo en cara; a mí mismo me hubiera encantado poder hacerlo, pero la gente me pararía y acabaríamos retrasándonos.

Mi amigo se acercó hasta donde ella estaba y le dio dos sonoros besos en las mejillas, después cogió su maleta y se encaminaron hacia el coche sonriendo.

Cuando Héctor abrió el maletero oí la carcajada de Victoria desde mi asiento. Y el vello se me erizó. La noche de la cena apenas logré sacarle una sonrisa, pero mi amigo parecía capaz de hacer que Victoria estuviera a gusto en su presencia y se dejara llevar por la risa.

Entraron en la parte trasera de la furgoneta aún riendo.

—Yo pensaba que los jefes de seguridad eran torres humanas, pero tú no eres muy grande —dijo ella acomodándose en el asiento.

—¿No? —preguntó Héctor con presunción.

—A ver, que pequeño tampoco eres, aunque no sé...

—Ya sé a qué te refieres, pero es que compenso los músculos extremos con otras cualidades.

Mi amigo estaba coqueteando abiertamente con Victoria, lo sabía porque lo había visto hacerlo infinidad de veces. Lo miré alzando una ceja y él elevó los hombros como si se disculpara por no poder evitarlo. Negué con la cabeza, ese hombre no tenía remedio.

—Hola, Victoria. Bienvenida. Pensaba que no nos acompañarías —comenté observándola e intentando entablar conversación con ella.

—Y no tenía intención de hacerlo, pero mi hermana puede ser muy cabro... persuasiva cuando se lo propone.

Héctor puso su mirada más arrogante para hacerme ver que él tenía razón y que Victoria había decidido venir más por obligación que porque le apeteciera.

Antes de continuar hablando, el coche volvió a detenerse y me di cuenta de que, a diferencia de Victoria, su hermana no nos esperaba en la puerta.

Quince minutos más tarde, después de dos mensajes de Victoria para comunicarle que la estábamos esperando, y ante la desesperación de Héctor, apareció Jimena. Pensé que esta vez mi amigo iba a dejar que fuera el chófer quien se encargara del equipaje, sin embargo, me equivoqué.

Héctor salió del coche gruñendo.

Entendí ese gruñido cuando me di cuenta de que Jimena llevaba un equipaje excesivo —por decirlo suavemente— para una sola semana.

—¿No piensas ayudarme? —Oí que le pedía a Héctor, y yo cerré los ojos por el tono autoritario que había utilizado para dirigirse a él.

—¿Yo? Cariño, soy el jefe de seguridad de Leo, no tu mayordomo.

Sonreí para mis adentros porque Héctor no había tenido problema en echarle una mano a Victoria y por norma general no le negaba su ayuda a

nadie. Aunque sabía que Jimena se le había atragantado incluso antes de conocerla.

Podía oírla resoplar cada vez que subía una de sus bolsas al coche.

Giré la cabeza un momento y vi a mi amigo recostado en un lado del maletero contemplando a Jimena y con una enorme sonrisa en la cara.

Aquello no iba a acabar bien, lo veía venir.

Jimena entró en la furgoneta como si fuera la reina de Saba. Eché un vistazo a Victoria y pude comprobar cómo se removía incómoda en su asiento.

—Buenos días, Leo. Encantada de conocerte por fin. Te pido disculpas por no haber podido asistir a la cena del otro día —dijo, muy educada, teniéndome una mano, la cual yo estreché.

—No te preocupes, me dejaste en muy buena compañía. —Sonreí y Victoria bufó, se giró hacia Héctor dándome la espalda y se puso a hablar con él.

Durante el resto del viaje Jimena no paró de conversar conmigo. Lo hicimos básicamente de trabajo y de ella. No pude evitar sentir envidia por las carcajadas procedentes de Héctor y de Victoria, parecían estar pasárselo muy bien.

11. La habitación de Héctor

Victoria

Hacía demasiados años que no compartía habitación con mi hermana y realmente no lo había echado en falta ni un solo instante, más bien todo lo contrario. Además, sabía que en esos momentos sería mucho peor, ya que la Jimena que tenía frente a mí no se parecía en nada a la adolescente a la que le daba igual cómo vestir.

Tenía claro que no iba a poder colgar en el armario ni una de mis prendas. Lo peor era que necesitaba espacio para trabajar y debería marcharme a cualquier otro sitio, porque Jimena llevaba tantas cosas que en lugar de estar fuera una semana parecía que estaba de mudanza.

Salí de allí con mi portátil y suspiré hondo pensando en lo larga que se me iba a hacer esa semana. No había dado ni dos pasos cuando la puerta que se hallaba enfrente de la nuestra se abrió.

—¿Ya lo has guardado todo? —dijo Héctor cruzando los brazos y apoyándose en el marco de la puerta.

—No creo que mi hermana me deje espacio para colocar ni un pañuelo. —Él rio y yo me contagié de su risa—. Voy a ver si encuentro alguna sala para trabajar.

—Si quieres, puedes hacerlo en mi habitación. Yo voy a salir y no volveré hasta pasadas unas horas.

Lo pensé solo un momento y acepté la invitación. Seguro que estaría más cómoda allí que en cualquier sala llena de gente.

Héctor me dejó pasar a mí primero y al adentrarme en su cuarto solté una exclamación.

—Esto no vale, menuda habitación, es enorme —lloriqueé mirando a mi alrededor.

—De algo tiene que servir ser jefe de seguridad, ¿no crees?

—Que sepas que voy a invadirla durante todo el día, y no lo hago de noche porque no estaría bien visto —alegué paseándome por ella.

—Por mí no hay problema.

Alguien carraspeó en la puerta y los dos nos giramos. Por lo visto no la habíamos cerrado bien.

—Es hora de marcharnos —anunció Leo con el semblante serio.

—Sí, vamos. —Héctor se encaminó hacia él, pero Leo no se movió del sitio.

—¿Victoria no sale? —preguntó confuso.

—No, ha decidido invadir mi dormitorio y no seré yo quien se lo niegue —respondió Héctor guiñándome un ojo.

Aunque pudiera dar la impresión de que había cierto coqueteo entre él y yo, la verdad era que de alguna manera me recordaba a la relación que mantenía con mi hermano José, por lo menos por mi parte. Esperaba que él no pensara de manera diferente.

Héctor y Leo se fueron y yo me acomodé en uno de los sillones de su habitación. Llevaba más de una hora trabajando cuando sonó mi móvil. Me había llegado un *wasap*.

Lo cogí sin apartar la mirada del ordenador y cuando comprobé de quién se trataba poco faltó para que se me cayera de las manos.

Luis:

¿Qué haces? Echo de menos hablar contigo.

Leí el mensaje unas cuantas veces para cerciorarme de que no me estaba equivocando. Iba a contestarle que solo echaría de menos charlar, ya que

había tardado muy poco en sustituirme por otra. Pero me controlé a tiempo y pensé que yo estaba por encima de aquello.

Yo:
Trabajando.

Decidí responder la verdad, pero de la manera más escueta y seca que pude.

Luis:

Acuérdate de ponerte las gafas, que, si pasas muchas horas frente al ordenador sin ellas, luego te duele la cabeza.

¡Joder, las gafas! Me levanté para ir a buscarlas a mi habitación, pero no fui capaz de llegar porque las lágrimas me nublaron la vista y tuve que volver a sentarme.

Esa tontería de las gafas fue como la gota que colmó el vaso para hacer que todas mis emociones salieran a flote. Había pasado los últimos años de mi vida con él y posiblemente era la persona que mejor me conocía. El simple hecho de recordarme siempre que me las pusiera era su manera de hacerme ver que se preocupaba por mí. Ya ves qué absurdez; no lloré cuando lo vi besando a otra y lo estaba haciendo entonces solo por ese simple comentario.

Por mucho que me repetí a mí misma que aquello era una tontería, fui incapaz de controlar el llanto. Y sollocé con más fuerza cuando entendí que, por muy fuerte que me creyera, yo también lo echaba de menos.

Lloré durante mucho tiempo, tanto que cuando Héctor regresó yo estaba hecha un ovillo en su cama.

—Victoria, ¿qué demonios te ha pasado? —Llegó a mí en dos zancadas y se puso de rodillas junto a la cama.

—No te preocupes, no es nada. Ya estoy bien, de verdad —balbuceé como pude.

—Deja que lo dude, parece que has estado llorando durante todo el tiempo que has permanecido aquí.

—No vas muy desencaminado. En fin... Mal de amores —expliqué mientras me incorporaba en su cama.

Desde luego no tenía tanta confianza con él como para haberle mojado la almohada con mis lágrimas.

—Uff, eso es lo peor. Y no...

No logró terminar la frase porque llamaron a la puerta. Me levanté y me sequé los ojos como pude mientras Héctor abría.

—Será mejor... —Leo se paró en seco sin acabar la frase y nos miró alternativamente a los dos—. ¿Se puede saber qué demonios ha pasado aquí?

Héctor posó su mirada en mí y supe que no iba a hablar y que dejaba que fuera yo quien diera una explicación, si es que quería, claro.

—Nada, digamos que no he tenido una buena mañana. —Fue todo lo que conté.

—Eso ya lo veo —añadió Leo, no demasiado convencido.

—Me voy. Si no te importa, esta tarde volveré, no es que haya adelantado mucho —le pedí a Héctor mientras recogía mis cosas.

—Puedes venir cuando quieras, incluso si la noche se te hace demasiado larga... No suelo dormir mucho. —Esperaba que no lo dijera con doble sentido. Debía hablar con él, pero lo haría en otro momento. Lo único que me apetecía era darme una ducha, a ver si el agua conseguía arrastrar la pena.

No recordaba dónde leí que había tres cosas que resultaban sanadoras: la ducha, el sueño y un abrazo. Esperaba que funcionara con lo primero,

porque no tenía ni pizca de ganas de dormir y no veía a mi hermana abrazándome.

OceanofPDF.com

12. ¿Qué había sido eso?

Leo

Miré a Héctor alzando una ceja y esperando una explicación. No obstante, mi amigo no abrió la boca.

—¿Qué ha pasado? —pregunté finalmente.

—No soy yo quien debe responderte a eso, pero deja de mirarme así porque sabes que no tengo nada que ver.

—Lo único que sé es que Victoria ha decidido pasar tiempo en tu habitación y que al entrar aquí ella parecía llevar horas llorando.

—Y, como tú bien sabes, yo llevo todo ese tiempo contigo. Qué pasa, amigo, ¿estás celoso?

¿Lo estaba? No. Desde luego que no. Apenas conocía a Victoria, solo habíamos compartido una cena, pero debía reconocer que me fastidiaba que prefiriera la compañía de Héctor a la mía. Sin embargo, no fue eso lo que le conté a mi amigo.

—No. Lo que pasa es que no necesitamos ningún tipo de escándalo, te recuerdo que su hermana es una *influencer* con bastante renombre y ella su *community manager*.

—Así que solo se trata de eso, de no dar de qué hablar. No te preocupes, seré lo más discreto posible.

Sabía que no era fácil engañarlo y que lo único que pretendía era pincharme para que yo saltara. No lo consiguió; en cambio, di media vuelta y salí de su habitación para dirigirme a la mía.



Esa noche tenía un concierto, al que por supuesto las dos hermanas habían sido invitadas. Formaba parte del premio que había ganado Jimena y que yo hice extensible a Victoria: asistir a ellos y a un par de cenas conmigo. No es que me apeteciera especialmente salir a cenar esa noche, pero prefería hacerlo lo antes posible porque, cuantos más días pasaran de la gira, más cansado estaría.

El concierto fue muy bien, era bonito reencontrarme con los fans y poder devolverles un poco de lo que ellos me daban cada día.

Al terminar, fui hacia mi camerino y una vez que estuve duchado y cambiado de ropa oí algo de jaleo en la puerta. Seguramente era Héctor tratando de disuadir a alguien que quería entrar.

Entonces su risa retumbó en el pasillo y me dirigí a la puerta. Al abrirla me encontré con un Héctor bastante cabreado, una muy altiva Jimena y una Victoria que parecía divertida.

—No entiendo de dónde has sacado a este elemento —dijo Jimena mirando con cara de asco a mi amigo.

—Es el mejor jefe de seguridad que he tenido nunca —lo defendí, pues a Héctor se le había hinchado la vena del cuello y eso no presagiaba nada bueno.

—Permíteme dudarlo.

Inmediatamente después de decir esas palabras, Jimena soltó un pequeño gritito porque mi amigo gruñó y le dijo en un tono más alto de lo normal:

—Jamás cuestiones mi trabajo. Nunca. ¿Entendido?

Héctor se había puesto serio de verdad y Jimena solo hizo un ligero asentimiento con la cabeza. Unos segundos después Héctor se retiró; sin embargo, Jimena tardó un poco más en moverse del sitio.

El ambiente continuó enrarecido durante bastante tiempo después.

Le pedí a Héctor que nos acompañara durante la cena para ver si de esa manera la tensión entre ellos se aflojaba un poco, pero, como ya me imaginaba, mi amigo declinó la invitación y decidió esperarnos fuera.

Jimena estaba más callada que otras veces, por lo que el peso de la conversación recayó en Victoria y en mí.

—¿Siempre es así? —me preguntó después de un largo silencio.

—¿A qué te refieres?

—A tu vida.

—Cuando estoy de gira todo se magnifica. Son los meses en los que menos duermo y más nervios paso, pero el resto del tiempo, mientras grabo el nuevo disco y este ve la luz, te aseguro que mi vida es mucho más tranquila.

—No sé si vale la pena dejar de ser anónimo. No poder dar dos pasos sin que te paren y estar en boca de todos —comentó Victoria.

—Victoria, no seas ridícula —le escupió su hermana con bastante prepotencia.

—No lo es. Entiendo lo que quiere decir, hay veces que me he planteado si todo esto me compensa, pero después me subo en un escenario y ya no me imagino mi vida de otra forma.

—Es normal, has nacido para esto. —Jimena sonrió al hablar y Victoria resopló.

—Se me olvidaba que a ti no te gusta mi música —apostillé mirando a Victoria.

—No es que no me guste..., es que... Bueno, vale, tienes razón. No me gusta. —Se me escapó una carcajada ante su espontaneidad y lo poco acostumbrado que estaba a que me dijeran esas cosas a la cara.

—¡Victoria! ¿Cómo se te ocurre decir algo así? —se escandalizó Jimena.

—A ver si ahora no voy a poder decir lo que pienso —se defendió ella.

No quería convertirme en el motivo de riña de las dos hermanas, pero las salidas de Victoria eran como un soplo de aire fresco y no me hubiera gustado que dejara de tenerlas.

—No pasa nada, me gusta la espontaneidad y sinceridad de Victoria —aclaré.

—Tampoco es que lo haga para gustarte, la verdad.

La miré a los ojos y sonreí, ella se contagió de mi sonrisa y sin ser consciente acerqué mi cara a la suya. Fue un movimiento muy sutil, pero, mientras lo hacía, yo no podía apartar los ojos de su boca. Me dio la sensación de que ella también se arrimaba a mí, aunque no podía asegurarlo porque fue una aproximación tan leve que dudaba que Jimena o alguno de los camareros se hubieran percatado de nada.

Moví mi mano hacia la suya y, cuando nuestros dedos estaban a punto de tocarse, Jimena habló.

—Me está empezando a doler la cabeza, será mejor que nos vayamos.

Los dos apartamos las miradas, las manos, y nos enderezamos en nuestras sillas. Jimena había roto el momento. Aunque la cuestión no era esa, sino qué cojones había pasado.

13. Insomnio

Victoria

Desconocía si fueron imaginaciones mías, pero el instante vivido esa noche durante la cena con Leo fue de lo más extraño. No es que me planteara empezar nada con nadie, ya tenía bastante cacao mental con Luis como para lidiar también con el inicio de una relación. Aunque lo que tal vez no descartaría sería mantener una aventura con alguien, y quizá Leo fuera la persona ideal para eso. Sin compromisos y sin expectativas. Nada más barajar esa posibilidad me reprendí a mí misma, ¿en qué demonios estaba pensando! Solo fue un minúsculo acercamiento y, pese a que para mí quizá significase un pequeño paso, la otra persona implicada era uno de los cantantes más famosos del planeta; debía de estar tan acostumbrado a coquetear y a acostarse con mujeres que imaginad lo que esa mirada o momento extraño habría significado para él.

Incluso recordé haber leído en algún sitio que cuando lo dejó con su antigua novia (una modelo espectacular, todo hay que decirlo) se le vio entrando en su casa con una mujer distinta cada noche. Sacudí la cabeza intentando sacar de ahí un pensamiento tan absurdo. No estaba preparada para salir con nadie. Pero ¿y para una o dos noches locas? Total, Luis me había dejado y él sí que parecía estar teniendo algún escarceo, por lo menos uno, con aquella rubia. Me había percatado de que, cada vez que pensaba en él y ella, la pena que sentía al principio se estaba convirtiendo en ira. Quizá fuera precisamente esa rabia lo que me hacía ser más audaz en mis planteamientos.

Por todo eso no descarté la posibilidad de tener una aventura pasajera. El único inconveniente era encontrar a alguien que quisiera mantenerla

conmigo.

Justo en ese momento llamaron a mi puerta y sonreí al imaginar que, tal vez, el hombre adecuado se encontraba al otro lado de ella.

Abrí y no pude evitar sonreír al encontrarme a Héctor apoyado en el quicio. Desde luego era un espectáculo para la vista.

—Vaya, y yo que pensaba que el hombre idóneo para tener una aventura conmigo llamaba a mi puerta... —Casi me di a mí misma una colleja. ¿Cómo se me ocurría soltar algo así? Debía recordar más a menudo que no hablaba con mi hermano y que a Héctor prácticamente no lo conocía—. Perdona, de vez en cuando sería genial ponerme un puntito en la boca.

—No te preocupes, ya me he dado cuenta de que no eres de las que filtran lo que piensan, y en este mundo de locos puedo asegurarte que tu espontaneidad resulta liberadora.

—Gracias —susurré—. Anda, pasa, no te quedes en la puerta.

En nuestra habitación no había sofá, por lo que continuamos hablando de pie. No le propuse sentarnos en las sillas porque, a pesar de ser Héctor el que había llamado a mi puerta, me daba la sensación de que tenía prisa.

—No hay por qué darlas. No obstante, debo confesarte que tus palabras me extrañan. No acabo de comprender que quieras mantener una aventura con alguien, pareces bastante afectada por tu ruptura.

—¿Y tú cómo sabes que se trata de una ruptura? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

—No hay que ser muy listo para llegar a esa deducción.

—Sí, bueno, no es fácil, por lo menos para mí. Aunque él parece estar recuperando el tiempo perdido —me justifiqué.

—A no ser que sea una relación de mierda, el tiempo junto a otra persona nunca se pierde. Siempre aprendes algo. Y no creo que tengas que acostarte con otro porque tu ex lo esté haciendo.

—Bueno, no se trata exactamente de eso. Verás, cuando llevas tantos años con una persona, digamos que hay algo que se pierde por el camino. No quiero generalizar, pero a mí me ha pasado. No sé cómo explicártelo sin que suene mal.

—No eres de las que se andan por las ramas, así que cuéntamelo como te salga.

—Necesito un buen polvo —solté sin pensarlo—. De esos que se hacen con todas las ganas y en los que el deseo está presente en cada caricia. De los que da la sensación de querer comerte a la otra persona. De los que te hacen retorcer los dedos de los pies por el placer y cuando terminas te dejan temblando y queriendo más.

—Creo que me he puesto cachondo —bromeó.

—Hace tanto que no tengo algo así que ya casi no me acuerdo de cómo es, y lo echo de menos. Aunque debo reconocer que no he sido consciente de ello hasta que mi ex me dejó —lloriqueé.

—Sí, definitivamente necesitas una noche de sexo guarro —afirmó él, y yo me sorprendí por estar hablando de algo así con alguien que era casi un desconocido. O quizá lo estaba haciendo precisamente por eso.

—Te lo he dicho nada más entrar. Quiero que entiendas que jamás me lo planteé mientras estuve con Luis, el sexo no estaba mal, pero ahora me doy cuenta de que le faltaba algo; bueno, lo que nos faltaba era deseo.

—No tienes que darme explicaciones. No soy nadie para juzgarte, jamás se me ocurriría. Además de que no estás pensando nada malo, ahora eres una mujer libre.

—Sí, lo soy. —Cierta pena se filtró en mi voz porque, a pesar de lo que le estaba contando a Héctor, había otras partes de la relación con Luis que extrañaba. Así que el siguiente comentario lo hice para quitar hierro al asunto y para que las cosas entre Héctor y yo quedaran claras, eso también

—. Y no te ofendas, pero no me atraes lo suficiente como para que sea contigo.

—Vaya, muchas gracias. —Se llevó una mano al pecho haciéndose el ofendido.

—La verdad es que no lo entiendo, porque eres guapísimo. —Eso era un hecho.

—Ahí lo has arreglado un poco —respondió dedicándome una sonrisa tan arrebatadora que casi solté un jadeo.

Sí, definitivamente necesitaba una aventura.

—¿Y tú, para qué has venido a mi habitación a estas horas? —pregunté con curiosidad.

No pudo responderme porque volvieron a llamar a la puerta. Pensé que mi hermana había regresado de su paseo, me dijo que necesitaba que le diera el aire para que se le pasara la migraña. Aunque me aseguró que se llevaba la tarjeta para abrir...

Héctor, que se encontraba más cerca de la puerta, llegó a ella en dos zancadas y al abrir todos nos quedamos un poco cortados. Al otro lado no estaba mi hermana, sino Leo.

—Perdón, no pretendía... Yo... —A Leo parecían no salirle las palabras.

—Quizá aún tengas suerte esta noche —bromeó Héctor guiñándome un ojo, y yo noté cómo me subían los colores—. Hola, Leo. Solo he venido para preguntarle a Victoria si sabía dónde iba su hermana. La he visto con una mochila y me ha parecido un tanto raro.

—¿Con una mochila? —pregunté extrañada—. Ha ido a que le diera el aire para ver si se le pasaba el dolor de cabeza, pero no me he fijado en que hubiera cogido nada.

—Es que no se la ha llevado de aquí, se la ha pedido al chico que estaba en la recepción.

—Qué raro.

—Sí, pero no te preocupes, que seguiré investigando. Ah, otra cosa, Leo: dice Victoria que necesita un buen polvo.

Por poco me caigo redonda al suelo. Una cosa era ser sincera y otra que el muy cabrón dijera algo así. A mí no me importaba contarle esas cosas a Héctor, pero con Leo era diferente. No entendía bien el motivo por el que la primera vez que quedamos me pareció un pedante egocéntrico, pues a medida que lo conocía mejor fui cambiando de opinión. Lo que sí tenía claro era que, para una o dos noches locas, él era el candidato perfecto. No porque me sintiera atraída por él, que también, sino porque lo último que buscaría una persona como Leo sería algún tipo de compromiso con alguien como yo.

—¿Perdona? —preguntó Leo, incrédulo.

—Nada —me apresuré a contestar—. Barajo dos hipótesis: una es que Héctor sea imbécil y la otra es que se haya golpeado la cabeza. —Miré en su dirección y le saqué la lengua.

Lo único que hizo él fue soltar una carcajada y dirigirse a la puerta.

—Buenas noches —se despidió mientras cerraba.

Leo y yo nos observamos unos instantes sin saber qué hacer o qué decir.

14. En mi habitación

Leo

Al llegar a mi habitación, después de la cena, me pasé un buen rato paseando por ella. No me veía capaz de dormir, a pesar del cansancio. Quería continuar hablando con Victoria, pero irrumpir a esas horas en su dormitorio me parecía fuera de lugar.

Aun así, pasados unos minutos lo pensé mejor y creí que invitarla a tomar algo, en el bar del hotel, no era demasiado invasivo. Si no le apetecía o no le parecía bien, siempre podría rehusar mi invitación.

Sin darle muchas más vueltas me dirigí a su cuarto. Sin embargo, cuando vi que quien abría la puerta era Héctor, en lugar de ella, me quedé tan cortado que no supe qué decir.

No había hablado con mi amigo y no sabía si se sentía atraído por Victoria. En realidad, yo tampoco podía decirle gran cosa, porque no tenía ni idea de qué me pasaba con ella. Lo que estaba claro era que había despertado mi interés.

Mi jefe de seguridad no tardó en marcharse, pese a que las palabras que pronunció antes de hacerlo me dejaron completamente perplejo. ¿Había dado a entender que Victoria quería echar un buen polvo? Por lo visto sí.

Al cerrar la puerta tras de sí, dejándonos a los dos solos, me sentí algo cohibido y no encontré las palabras adecuadas; menos mal que fue Victoria quien rompió el silencio.

—¿Qué haces aquí, Leo? —Con esa pregunta salí del ensimismamiento en el que me había sumido y me centré en ella.

—No podía dormir y me apetecía continuar hablando contigo. Me preguntaba si querías acompañarme a tomar algo al bar del hotel. —Intenté

sonar sincero y despreocupado a la vez.

—La verdad es que no me apetece volver a vestirme.

No entendía cómo no me había fijado antes en el pequeño detalle de que Victoria llevaba un pijama no excesivamente sexi, pero con el que sí enseñaba mucha más piel de lo habitual. Habían sido los nervios, seguro. Tragué saliva.

—No pasa nada, otra vez será —respondí mientras me dirigía a la puerta y me convencía a mí mismo de que cuando salí de mi habitación ya contaba con que ella pudiera decirme que no.

—No, no me refería a que no quiera pasar un rato contigo, solo que no me apetece vestirme para bajar al bar.

—¿Quieres venir a mi habitación? —propuse, y no acabó de gustarme cómo sonó. Me dio la sensación de que esa pregunta iba con dobles intenciones, y no era el caso. Así que intenté aclararlo—. Lo digo porque si tu hermana regresa y le apetece dormir...

Después de decirlo me reprendí mentalmente, no debería justificarme tanto. Ella estaba la mayor parte del día en el cuarto de mi amigo y no pasaba nada, ¿no?

—De acuerdo. No tenía que haberme tomado el café en la cena, ahora me costará mucho dormir.

—No te preocupes, yo tampoco tengo sueño.

Cuando puse una mano en su espalda para invitarla a pasar a mi habitación percibí el calor de su piel a través de la fina tela del pijama. La aparté como si quemara. Ella no pareció percatarse, ya que nada más entrar soltó un prolongado silbido y sabía que no sería capaz de callarse.

—¿Mi hermana y yo tenemos que compartir habitación y tú duermes aquí? —se quejó.

—Puedes venir siempre que quieras. —Esta vez sí sonó a insinuación, y no me importó—. Siéntate donde más te guste. ¿Te apetece algo de beber?

—Un café, pero no voy a arriesgarme. ¿Tienes una cerveza?

—Sí, pero si te apetece cualquier otra cosa puedo pedirla.

—No, una cerveza está bien. Aunque seguramente tú estarás acostumbrado a mujeres que beben cosas mucho más sofisticadas.

—¿Perdón?

—Nada, nada.

Lo dejé pasar porque me moría por preguntarle algo desde hacía bastante y creí que ese era el momento perfecto.

Me acerqué a darle su cerveza y, después de pegarle un buen trago a la mía y sentarme junto a ella, me decidí.

—Victoria, no hace falta que me contestes si consideras que me estoy metiendo donde no me llaman, pero me gustaría saber por qué, el otro día, llorabas de esa manera.

—Tienes razón, no es asunto tuyo. —Intentó suavizar la contestación con una sonrisa, pero había sido tajante.

—Perdona si te he molestado —me excusé.

—¿Siempre eres tan correcto?

—No, a veces no. —Esperaba que pillara a qué me refería. Supe que lo hizo cuando se sonrojó ligeramente.

Con lo que yo no contaba era con que finalmente me diera una explicación.

—Acabo de salir de una relación de bastantes años. Y con «salir» me refiero a que el que era mi pareja me pidió tiempo para largarse a recuperar el que, por lo visto, había perdido junto a mí.

—Vaya...

—Sí, los cuarenta parecen no haberle sentado muy bien.

—No quiero que te lo tomes a mal, pero pedir tiempo en una relación siempre me ha parecido la manera más cobarde que hay de dejar a alguien. Es decir, pones fin a lo que tenías con una persona, haces tu vida durante un

tiempo y, si finalmente no termina de convencerte, vuelves. No concibo una manera más egoísta e infantil de actuar. Y ya no digamos para la persona a la que dejan, que parece que tiene que detener su vida hasta que finalmente la otra parte acabe de decidir lo que quiere.

—Sí, tienes toda la razón. A mí va a volverme loca —dijo mientras se acariciaba de manera nerviosa la nuca.

—No me extraña. ¿Seguís manteniendo el contacto? —Sabía que lo mejor era no continuar indagando, pues Victoria no parecía sentirse cómoda con el tema. Sin embargo, no pude evitarlo.

—Ayer me envió un *wasap* y me rompí. De ahí el «momento drama». El llanto vino por una chorrada, aunque imagino que no fue solo por eso, sino por un cúmulo de circunstancias.

—Sí, suele pasar, a veces nos rompemos por la cosa más insignificante. ¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Casi diez años.

—¡Joder! —No pude evitar exclamar, pues era muchísimo tiempo.

—Lo sé.

Ella bajó la cabeza y yo me arrepentí de haberle preguntado tantas cosas.

—Será mejor que vuelva a mi habitación —susurró, justo antes de darle un buen trago a su cerveza. Cuando dejó el vaso sobre la mesa se levantó.

—No, no te marches así. Hablemos de otra cosa.

Puse mi mano alrededor de su muñeca y ella alzó los ojos para mirarme. Acorté la distancia que nos separaba mientras Victoria también se acercaba. Miré su boca y ella se humedeció los labios. Eso me mató. Continué reduciendo la distancia y cuando nuestros labios estaban a punto de rozarse unos golpes en la puerta nos sobresaltaron.

Iba a matar a Héctor.

OceanofPDF.com

15. Ya me iba

Victoria

Leo estaba a punto de besarme y yo iba a responder a ese beso con muchas ganas. No sabía qué me pasaba ni cuál era el motivo por el que notaba como si una fuerza tirara de mí y me resultara imposible apartarme para no besarlo. Quizá me encontraba demasiado desentrenada en lo que a hombres se refería, hacía mucho tiempo que no sentía esa anticipación ni esas cosquillas recorriendo mi cuerpo, pero estaba segura de que lo básico no lo había olvidado. Y, aunque él y yo no habíamos empezado con buen pie, tenía claro que una cosa no quitaba a la otra y que, por muy mal que me cayera cuando lo conocí, no podía negar la atracción que Leo despertaba en mí. Lo que no imaginé era que él también la sintiera por mí. Tal vez solo era la mujer que tenía a mano en esos momentos, pero iba a aprovechar la ocasión. ¿No le había dicho hacía un momento a Héctor que necesitaba un buen polvo?, pues ahí tenía mi oportunidad. Era un hecho que si había alguien bueno en la cama debía de ser Leo, simplemente porque practicaba mucho más que la media.

Cuando nuestros labios estaban a punto de tocarse, llamaron a la puerta dando al traste con mi noche de pasión desenfrenada.

Leo se movió con lentitud y abrió soltando un gruñido.

—Bueno, pues la simpática acaba de meterse en la cama. Esa mujer esconde cosas... —Héctor se calló al percatarse de mi presencia—. ¡Joder! Perdón, no sabía...

—No pasa nada, yo ya me iba —aclaré mientras me encaminaba hacia la salida—. Buenas noches —susurré al marcharme, y cerré la puerta antes de obtener una respuesta.

Al entrar en mi habitación la encontré a oscuras y mi hermana parecía dormir ya, por lo que no tuve ocasión de preguntarle dónde había estado. Como sabía que me iba a costar conciliar el sueño, me metí en el baño para intentar serenarme unos minutos.

¿De verdad se trataba de una buena idea lo que había estado a punto de pasar entre Leo y yo? ¿No era demasiado pronto para tener una aventura con alguien? ¿Estaba preparada después de mi ruptura con Luis?

Como si lo hubiera invocado, justo en ese instante sonó mi móvil y al leer el mensaje me quedé paralizada.

Luis:

Buenas noches, Vic. Te echo de menos.

Y fue como si me hubieran derramado un cubo de agua fría por encima. Que se acordara de mí para desearme las buenas noches, el diminutivo de mi nombre que solo él usaba y la última demoledora frase. ¿Por qué me hacía aquello? Fue él quien me dejó. No se daba cuenta de que esos mensajes solo me causaban dolor. Estuve a punto de pedirle que dejara de mandármelos, sin embargo, opté por ignorarlo. No quería empezar una conversación con él de la que saldría peor de lo que estaba.

Luis fue mi pareja durante los últimos diez años, antes de él solo tuve un par de relaciones de poca importancia, pues empezamos jóvenes. No había sido solo mi novio, es que pasamos por tantas cosas juntos... Tantos momentos buenos y malos.

Era la primera persona en la que pensaba cuando me sucedía algo y me estaba costando horrores no coger el teléfono y explicarle cualquier cosa que me pasaba, por insignificante que fuera.

La situación me mataba porque no tenía claro a qué enfrentarme. No entendía si su intención era volver conmigo o pasar página, y yo necesitaba

saberlo porque no podía continuar con mi vida sin comprender si esa decisión sería algo definitivo o podía albergar algún tipo de esperanza.

La única certeza con la que contaba era que estaba hecha un lío.

Salí del baño y me metí en la cama. Como ya esperaba, di un montón de vueltas sin lograr conciliar el sueño.

—Para de una vez, Victoria —me pidió Jimena desde su cama, y advertí su voz pastosa, como si estuviera bebida, algo impensable en mi hermana.

—Jimena, ¿has bebido?

—Claro que no. Duérmete —me ordenó, dando por zanjada nuestra conversación.

A veces me preguntaba dónde estaba la Jimena que me volvía loca cuando éramos jóvenes, aquella que no iba siempre de diva ni se mostraba distante ni fría. Parecía como si hubiera alzado un muro alrededor de ella por el que ni se podía entrar ni ella dejaba salir un ápice de sensibilidad.

No fue un cambio paulatino, como cabía esperar; era normal que no se comportara en esos momentos como lo hacía con veinte años, pero mis hermanos y yo coincidíamos en que algo debía haberle pasado para que cambiara de manera tan radical de la noche a la mañana.

Sin embargo, por mucho que insistimos —y lo hicimos hasta la saciedad: juntos, por separado, de dos en dos...—, no hubo manera de que nos explicara si le había sucedido algo que la hiciera volverse así. Lo único que alegó una y otra vez fue que ya era hora de que madurara.

Ninguno la creímos.



No recuerdo a qué hora me dormí, pero cuando me sonó el despertador a la mañana siguiente tuve ganas de lanzarlo contra la pared.

Jimena me dejó una nota informándome de que salía a correr. Y yo me fui directa a la ducha para ver si lograba despejarme un poco.

Cuando me tomé el segundo café, Jimena ya había regresado y al salir de nuestra habitación la dejé con toda la ropa que había llevado encima de su cama, porque no sabía qué ponerse esa noche. Yo ni siquiera había pensado en ello.

Llamé a la puerta de Héctor y al abrirme me faltó el aire, a punto estuve de que el portátil se me cayera de las manos.

—Ya sabes que no me siento atraída por ti, pero también eres consciente de la falta que me hace una buena sesión de sexo. Vamos, vístete, que una no es de piedra.

Héctor soltó una carcajada y se adentró en su cuarto con una simple toalla enrollada en la cintura.

—Eres tú quien ha irrumpido en mis aposentos. —Ahí debía darle la razón. Cada uno iba como quería en su cuarto.

—No sé si tienes pensado salir, pero he venido a apropiarme de tu habitación. Jimena ha monopolizado la mía.

—Tu hermana me tiene muy intrigado, y puedo asegurarte que eso no me pasa con frecuencia.

—Pues no sé qué puede tener para despertar eso en ti. —Jimena era, posiblemente, la persona menos intrigante que conocía.

—Yo tampoco —respondió mientras entraba en el baño.

Unos minutos más tarde, Leo se presentó en el cuarto de Héctor. Tenían que ir a algún sitio.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó al no verlo en la habitación.

—En el baño —contesté mientras colocaba todas mis cosas encima de la mesa.

Justo en ese momento Héctor salió gloriosamente mojado y con la misma toalla que llevaba antes.

—Pensaba que te estabas volviendo loca y habías empezado a hablar sola —dijo dirigiéndose a mí.

—No creas, no me queda mucho —respondí, sin ser capaz de quitarle los ojos de encima.

—¿No puedes taparte un poco? —sugirió, o más bien ordenó, Leo.

—No sabía que te incomodaba mi desnudez —bromeó Héctor a la vez que daba una vuelta sobre sí mismo, y a mí me faltó poco para desencajar la mandíbula. En cambio, a Leo no pareció hacerle ni pizca de gracia.

—Anda, vístete, que tenemos que irnos.

Héctor cogió la ropa del armario y volvió a meterse en el baño. Yo me giré para ponerme a trabajar. Hasta que las palabras de Leo hicieron imposible que me concentrara en nada.

—¿Te apetece cenar esta noche conmigo?

¿Me apetecía? Sí, claro que sí. ¿Era una buena idea? No, desde luego que no. Con el cacao mental que tenía, lo último que necesitaba era complicarlo más acostándome con él.

—Sí, me apetece. —¿Era eso lo que tendría que haber contestado? Por supuesto que no.

16. Pasar página

Victoria

Cuando Héctor y Leo se fueron, me resultó imposible centrarme. Así que, después de un rato mirando la pantalla del ordenador sin teclear ni editar nada, decidí llamar a Aitana. Me lo cogió al segundo tono.

—¿Qué tal tu gira con el famosísimo y estupendísimo cantante de moda? —ironizó mi amiga.

—Es curioso que cuando teníamos veintiún años fuera el cantante de moda y que continúe siéndolo tantos años después.

—Victoria.

—¿Qué?

—No empieces a desvariar y céntrate en el motivo por el que me has llamado.

—Creo que voy a acostarme con él.

—¿Con quién? —preguntó mi amiga, alarmada.

—¿Con quién va a ser?, con Leo.

—Pero ¡qué dices, insensata! ¿Te has vuelto loca? Leo es un personaje famoso, creo que tú no deberías... —No la dejé terminar.

—A ver, piénsalo bien: hace un montón que no disfruto de un buen polvo. Necesito un revolcón y sentirme deseada. ¿Quién mejor que un mujeriego como él para que solo sea eso, una aventura?

—Todo lo que dices me parece maravilloso, pero ¿para ti también será solo una noche? ¿Seguro que no querrás más?

—A ver, si lo hace muy muy bien...

—Ya sabes lo que quiero decir, no te hagas la tonta conmigo.

—Sí, ya lo sé, pero es que... —Esa vez fue ella la que no me dejó continuar.

—Mira, Victoria, está claro que aún no has superado lo de Luis. Todavía tienes que pasar el duelo de esa relación...

—Coño, Aitana, ni que se hubiera muerto.

—No, claro que no. Aunque estarás de acuerdo conmigo en que ha desaparecido de la noche a la mañana de tu vida, y más o menos lo que debes pasar es algo parecido a eso.

—Ya te entiendo. La diferencia es que él no está muerto y que se está acostando con toda la que pilla para recuperar el tiempo perdido. —No era mi intención que el comentario destilara tanta rabia, pero no pude evitarlo.

—Eso no lo sabes —sentenció.

—Aitana, por Dios, que, si lo vi en aquel local, comiéndole la boca así a aquella rubia, qué no estará haciendo en la intimidad.

—De verdad que te comprendo, pero has pasado los diez últimos años con él. ¿Por qué tanta prisa ahora?

—No se trata de que tenga prisa, es que quizá yo también necesite vivir aventuras. Sabes que jamás hubiera tomado la decisión de renunciar a Luis, pero él no me ha dado opción, me ha dejado y tal vez me haya percatado de que también me faltaba algo y de que necesito ponerle algún aliciente a mi vida.

—Si lo tienes tan claro, adelante. Yo lo único que quiero es que no salgas herida de esto.

—¿Más?

—Sí, Victoria, puedes salir mucho más dañada.

Medité unos segundos las palabras de mi amiga. Quizá tenía razón, tal vez me estaba precipitando y acabaría peor de lo que estaba. Cuando noté una punzada de dolor en la sien opté por cambiar de tema.

—Oye, ¿y tú qué tal con lo de subir a un tío a tu casa? ¿Lo hiciste?

—Sí que lo hice, y nunca entenderé el motivo por el que te hago caso — me acusó resoplando.

—Porque doy consejos muy sabios.

—Sí, seguro —ironizó Aitana.

—Cuéntamelo todo —le pedí.

—No hay mucho que explicar. Lo pasé fatal porque quedé con un compañero del trabajo que mostraba, desde hacía meses, cierto interés por mí y lo invité a mi casa. Imagínate lo que me costó y la cara que puso el pobre al soltarle que podía subir después de no haberle hecho caso durante un montón de tiempo.

—Pero no te acostarías con él, ¿verdad? Que te conozco y tú, con tal de no rechazar o humillar a alguien, eres capaz de...

—No, no me acosté con él. Y si no me dejas continuar no te cuento nada más. —Podía imaginarme a mi amiga con los brazos cruzados, aguantando el teléfono con el cuello y el ceño fruncidos.

—Ya me callo.

—Lo subí a casa para ver una película...

—Pero tú sabes en qué siglo vivimos, ¿no?

—Una cosa llevó a la otra y nos enrollamos en el sofá —continuó hablando, sin hacerme caso.

—Esto se pone interesante.

—Tu hermano entró, nos vio de esa guisa, saludó y se fue hacia su cuarto sin darle mayor importancia. Ya te dije que no sentía nada por mí. Y ahora, encima, me he liado con un tío que no me gusta.

—Pero ¿por qué te enrollaste con él?

—Ay, no lo sé. Llevo tanto tiempo sin salir con nadie que me dejé llevar.

—Vale, eso está bien. Ahora explícame detenidamente lo que hizo Darío cuando entró en el piso y os pilló.

—Mira, Victoria, no le voy a dar más vueltas al tema. Tu hermano no siente nada por mí y quizá ha llegado el momento de que pase página.

—Ahí no puedo meterme, eso es cosa tuya, pero estoy convencida...

—Lo sé. Sé muy bien lo que tú piensas al respecto; de todos modos, he decidido dejar de escucharte y zanjar este asunto. Ya llevo demasiados años alimentando algo que no es real y no puedo continuar así.

La entendía, de verdad que sí. Era inevitable que llegara el momento en el que se cansara de continuar aguantando todo aquello y solo tenía dos opciones: o lo mandaba a la mierda o pasaba página, y por lo visto había optado por la segunda.

Lo que me habría encantado hubiera sido presentarme en el piso que compartían ambos, sentar a mi hermanito en el sofá y pegarle el rapapolvo de su vida. ¿Es que no se daba cuenta de la increíble mujer que tenía delante y de que le faltaba muy poco para perderla?

OceanofPDF.com

17. La amiga de mi hermana

Darío

¡Menudo día! La fábrica donde llevaba trabajando desde hacía tiempo había decidido hacer turnos rotativos y a mí me estaban matando.

El peor era el de noche. Me provocaba problemas de estómago porque cuando llegaba a casa estaba muerto de hambre y después de hartarme me iba a dormir, lo cual hacía que mis digestiones fueran horribles.

Ese día volvía del turno de tarde y solo me apetecía comer algo y sentarme un rato en el sofá con Aitana. Nos quedaban los últimos capítulos de una serie que estábamos viendo desde hacía meses y esperaba que pudiéramos terminarla esa noche.

Resultó todo un acierto irme a vivir con ella. La convivencia con Aitana era perfecta y me encantaba tener compañía cuando llegaba a casa. Siempre fue una persona con la que encajé muy bien, así que cuando surgió la oportunidad no me lo pensé. Yo no podía alquilar nada solo y ella tampoco, lo demás vino rodado.

Cuando abrí la puerta me extrañó encontrarme el piso en penumbra. Normalmente Aitana me esperaba en el salón, pero con las luces encendidas.

Oí ruidos extraños y me tensé. A ver si le había pasado algo... Al darle al interruptor de la luz lo entendí todo y me sentí la persona más estúpida del planeta.

—Diooos..., lo siento..., no pretendía... —Ni siquiera me salían las palabras.

Solo era capaz de mirar a Aitana mientras se recomponía el pelo y la ropa, y me asombré de las enormes ganas que me entraron de largarme de

allí.

—Hola, soy Enrique. Tú debes de ser el compañero de piso de Aitana — se presentó, poniéndose en pie y colocándose bien la camisa.

—Sí, soy Darío. Encantado —contesté a la vez que estrechaba su mano —. Bueno, os dejo, me voy a mi cuarto.

Caminé hacia mi habitación con la intención de dejarles un poco de intimidad en el salón.

Me notaba extraño; no sabría explicar qué me pasaba, pero en lugar de irme a mi habitación me hubiera encantado sacar a ese imbécil de allí. Llegué a la conclusión de que mi reacción era debido a que había alterado mis planes y que esa noche no podría ver nada con Aitana, lo cual me molestó sobremanera. Sin embargo, había algo más. No me había gustado que el tal Enrique tocara a Aitana, pero ¿por qué, si entre ella y yo no había nada más que una amistad?

Sacudí la cabeza pensando que mi reacción habría sido la misma si hubiera visto a cualquiera de mis hermanas en una situación tan íntima.

Ese día apenas pude dormir.



Cuando a la noche siguiente salí del trabajo, dudé en llamar a Aitana y avisarla por si acaso estuviese acompañada y no tener que volver a vivir la embarazosa situación de la noche anterior. No lo hice; en cambio, entré armando mucho ruido para darles tiempo a separarse, si es que aquel imbécil volvía a estar por allí.

—Hola, Darío —me saludó Aitana, y yo suspiré aliviado al darme cuenta de que estaba sola.

—Hola. Por lo que veo hoy no tienes compañía. —No comprendí el retintín con el que sonaron mis palabras.

—No. Enrique y yo hemos quedado para cenar, pero no te preocupes, que lo haremos fuera y no volveremos a casa.

—No me importa que vengas aquí. Es tu casa. —Prefería que estuvieran en la nuestra a que fueran a casa de él, y eso tampoco lo entendía.

—Ya, ya sé que a ti no te importa nada de lo que yo haga, solo te estaba informando para que te quedes tranquilo y sepas que no volverá a repetirse el momento tan incómodo de anoche.

—No entiendo a qué viene que digas que no me importa lo que haces. Aitana, somos amigos y me preocupo por ti, ya lo sabes.

—Sí, Darío, lo sé. —Su voz sonó con cierto deje de pena y no supe qué más decirle—. Voy a cambiarme, Enrique está a punto de llegar.

Aitana desapareció por el pasillo y yo me calenté la comida para cenar solo.

Veinte minutos después, oí el repiqueo de unos tacones en el parque.

—Me voy, Enrique me espera abajo. Buenas noches, Darío.

Aitana se dio la vuelta y se marchó, y yo fui incapaz de decir una sola palabra. Incluso el tenedor se me quedó a medio camino de la boca.

Parpadeé unos instantes para ver si podía quitar la última imagen de ella de mis retinas.

Imposible.

Jamás, en todo el tiempo que hacía que la conocía, la había visto tan preciosa como ese día. Llevaba un impresionante vestido negro y unos tacones altísimos, iba maquillada y llevaba el pelo suelto. Me paré a meditar unos instantes. ¿Podría ser que ese mismo vestido fuera el que llevó en el último cumpleaños de Victoria? ¿Cómo no me había fijado antes en lo bien que le sentaba? ¿Y por qué la veía más bonita que nunca? Que, a ver, ella siempre fue una mujer muy guapa, pero parecía que desde la noche anterior algo cambió en ella. ¿O había sido yo?

Aitana llevaba años sintiendo cierta atracción por mí. Yo lo sabía desde que ella era una mocosa y corría por mi casa jugando con mi hermana Victoria, pero, si yo aparecía en escena, se paraba frente a mí y sus mejillas adquirían un color rojo intenso. Aunque tuve claro que aquello solo se trataba de un capricho de juventud y desde hacía años no había vuelto a mostrar ningún signo de que yo le atrajera de alguna manera. El problema era que yo jamás la miré de otra forma que como a la amiga de mi hermana pequeña. Entonces, ¿por qué mi cuerpo había reaccionado de aquella manera cuando la vi vestida así? ¿Y por qué no me hacía ni puñetera gracia que se hubiera puesto ese vestido para quedar con otro?

OceanofPDF.com

18. La cena

Leo

Estaba agotado. La gira siempre resultaba dura y, por si eso fuera poco, a la mañana siguiente tendríamos que madrugar bastante porque nos dirigíamos al próximo destino. Aunque no estaba lejos, lo que peor llevaba era cambiar de hotel cada pocas noches.

Cuando entré en mi habitación y contemplé mi cama, estuve a punto de tirarme en ella y dormir hasta el día siguiente. En cambio, al recordar que esa noche había quedado para cenar con Victoria, me dirigí a la ducha con el ánimo renovado.

Llegué puntual a la puerta de su cuarto y al llamar fue Jimena quien me abrió.

—Hola, Leo. Ya me ha dicho Victoria que habéis quedado para cenar, espero que no te agobie demasiado con el trabajo. —No sé por qué motivo Jimena pensaba que esa cena, con su hermana, era por algún tema laboral.

—En realidad no la he invitado para hablar de eso, simplemente me apetecía cenar con ella —aclaré.

—Ah, está bien. —Sin embargo, por su tono de voz dejó claro que no estaba todo lo bien que quería hacer ver—. ¿Sabes si Héctor saldrá esta noche? —murmuró dándose la vuelta y entrando en su cuarto.

—Héctor, ¿mi jefe de seguridad? —pregunté extrañado.

—No conozco a ningún otro Héctor.

Tenía razón, pero su pregunta me había cogido totalmente por sorpresa. Hasta donde yo sabía, Jimena no soportaba a mi amigo.

—Por lo que me ha dicho, esta noche piensa descansar.

—Perfecto. —Fue su escueta respuesta. Justo en ese momento Victoria salió del baño e hizo que me olvidara por completo de Jimena y de sus extrañas preguntas.

Estaba tan guapa que me faltó el aire.

—Estás preciosa —farfullé.

—Sí, cuando se arregla es bastante mona —alegó su hermana.

—Yo diría que es mucho más que eso—maticé.

—Bueno, también podéis dejar de hablar como si yo no estuviera presente.

—Pasadlo bien —exclamó Jimena mientras nos dirigíamos a la puerta.

—Gracias —respondimos a la vez.

Llegamos al restaurante en taxi y nos dirigimos directamente al reservado que nos asignaron. Ya no recordaba la última vez que pude elegir la mesa donde iba a comer. Siempre entraba rápido y nunca comía en salones donde hubiera más gente.

El *maître* nos acomodó en nuestros sitios y yo me recosté en mi asiento mientras miraba a Victoria con una media sonrisa.

—¿Por qué me miras así? —preguntó con curiosidad.

—Estoy esperando a que pidas, ya sé lo poco que te gusta que yo lo haga por ti. —Victoria sonrió ante mi pulla y a mí se me tensó el estómago.

Al contrario de lo que pensaba la mayoría de las personas y de la imagen que la prensa había vendido de mí durante años, yo no era el mujeriego que todos creían. Eso se lo dejaba a Héctor. Yo era más bien lo contrario. Me enamoraba con bastante rapidez y me gustaban las relaciones largas. Supongo que, como mi vida era un caos, me sentía bien teniendo a alguien con quien hablar y a quien volver.

Por ese motivo no me sorprendió lo que Victoria producía en mi cuerpo. Sabía que estaba empezando a gustarme de verdad, aunque también era consciente de que debía andarme con pies de plomo. Ella acababa de salir

de una relación muy larga y yo no quería que volvieran a hacerme daño. Mi última pareja me dejó cuando descubrí que hacía meses que estaba con otro, por si eso fuera poco en todos los sitios saltó la noticia de que fui yo quien me estaba viendo con una presentadora de los informativos. Y aún debía dar gracias por que ella no se sentó en un plató de televisión a contar todas nuestras intimidades.

Sabía que muchos otros cantantes hacían firmar a sus parejas contratos de confidencialidad, pero a mí no se me ocurría nada más frío cuando estás empezando una relación con alguien. Como yo me negaba a hacerlo, había aprendido que lo mejor era ignorar aquel tipo de rumores y dejar pasar el tiempo hasta que desviarán la atención hacia otro cotilleo. Aunque también sabía que mi falta de discreción hacía que se me atribuyeran muchos más ligues de los que en realidad tenía. ¡Pero si una vez me emparejaron con una prima porque la abracé y besé su frente! Por lo visto, no necesitaban más.

—Yo querré esto de aquí. Gracias. —Las palabras de Victoria me hicieron salir de mi ensimismamiento.

—Yo lo mismo que ella, y tráenos este vino. ¿Te gusta el vino? ¿Prefieres elegirlo tú? —pregunté.

—Sí, sí me gusta. Pero no entiendo mucho, así que ese estará bien.

Cuando el *maître* nos dejó solos, me acomodé en mi asiento acercándome todo lo que pude a ella.

—Explícame cosas de tu vida, Victoria —le pedí.

—Puedo asegurarte que no es tan interesante como la tuya. Así que casi sería mejor que me las contaras tú.

—Pero ya sabes que yo siempre habló de mí —dije guiñándole un ojo—, empiezo a estar cansado de escucharme. Además, puedes encontrar lo que quieras sobre mi vida en cualquier sitio, aunque muchas cosas sean

mentira. Si yo quiero descubrir algo de la tuya, lo tengo más difícil. Solo me queda preguntar.

—¿Qué te parece, ya que esto es una cena y no un monólogo, que hablemos un poco cada uno?

—Me parece perfecto —respondí.

A pesar de que la primera vez que nos vimos no comenzamos demasiado bien, empezaba a pensar que todo lo relacionado con ella era precisamente eso, perfecto.

OceanofPDF.com

19. Nada más importaba

Victoria

Me enderecé en la silla, me acerqué un poco más a él y me puse a hablar.

—Cuando Luis me dejó, no me quedó de otra que regresar a casa de mis padres y lo llevo regular. Hace mucho que salí de allí por patas y se me está haciendo cuesta arriba. —No sé por qué elegí, precisamente, ese tema para empezar a hablar de mí. Lo normal hubiera sido comenzar por el principio y hablarle de mi infancia, pero yo soy así y lo hice por el final.

—¿No tienes buena relación con ellos?

—Sí, la verdad es que tengo mucha suerte y nos llevamos muy bien.

—¿Entonces?

—Estaba acostumbrada a la independencia que me proporcionaba vivir en mi propia casa, y en la de mis padres siguen viviendo dos de mis hermanos.

—¿Sois cuatro?

—En realidad somos cinco: Jimena, a quien ya conoces. Rocío y José, que continúan viviendo en casa de mis padres. Darío, que comparte piso con Aitana, que es mi mejor amiga y que está coladita por él, pero eso ya te lo explicaré en otro momento. Y yo.

—Creo que al final esto sí se va a convertir en un monólogo —bromeó Leo mientras sonreía. Yo hubiese preferido que no lo hiciera, porque esa sonrisa era demoledora para mi sistema nervioso—. No debiste aburrirte en tu infancia.

—Lo peor fue la adolescencia, puedo asegurártelo. Encima de lo difícil de nuestras edades, fue justo entonces cuando pasamos de ser cuatro a ser

cinco. Eso también te lo explicaré en otro momento. Mis padres estaban desesperados.

—Te estás dejando muchas cosas por contarme...

—La siguiente vez que quedemos, te las cuento —dije guiñándole un ojo y dando por hecho que habría una próxima vez.

Le relaté algunas anécdotas de mi infancia y de la relación que tenía con mis hermanos y con mis padres. Al terminar, volvimos al tema de lo regular que llevaba mi regreso a casa.

—Te entiendo perfectamente; cuando te acostumbras a tu libertad debe de ser difícil regresar.

—A mí, desde luego, se me está haciendo muy arduo. Ya no solo por la independencia, sino también por la intimidad. De todos modos, por mucho que me queje, no puedo costearme yo sola el alquiler de un piso, por lo que es mi única opción. Y doy gracias a mis padres por conservar mi habitación.

—Sí, eso ha sido un detalle por su parte.

Noté cómo Leo carraspeaba y se removía en su asiento.

—Victoria, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Sí, después de oírla ya me pienso si te contesto o no.

—Por supuesto, no respondas si no quieres. Si Luis te propusiera volver, ¿lo harías? —¡La leche! Menuda preguntita.

Medité durante unos segundos lo que iba a responder y opté por ser lo más sincera posible, no tenía ningún sentido mentir.

—No lo sé. Está claro que diez años no se borran de un plumazo, por mucho que queramos. La realidad es que no me lo he planteado. Sé que Luis me echa de menos, pero no creo que su intención sea volver conmigo.

—No te he preguntado lo que él quiere, me gustaría saber qué quieres tú.

—Si me lo hubieses preguntado hace unas semanas, te habría contestado que sí sin dudarlo. Ahora no estoy tan segura.

Luis y yo habíamos compartido muchas cosas y, tal y como decía Aitana, necesitaba un tiempo para asimilar que ya no formaba parte de mi vida. Con todo, no me había planteado qué haría si él me pedía volver, y tampoco se trataba de algo a lo que quisiera darle demasiadas vueltas simplemente porque no había sucedido

Continuamos hablando durante mucho tiempo, tanto que al final el *maître* vino a avisarnos de que estaban cerrando. Nos levantamos disculpándonos y volvimos a nuestro hotel. A la mañana siguiente teníamos que madrugar mucho y los dos pensamos que lo mejor sería regresar y dejar una copa pendiente para otra ocasión.

Leo me acompañó hasta mi habitación y al alzar la cabeza para despedirme de él me percaté de que la situación me había puesto mucho más nerviosa de lo que estaba dispuesta a reconocer. Y es que no tenía ni idea de cómo hacerlo: ¿dos besos?, ¿un abrazo?, ¿un beso en condiciones?, ¿una palmadita en el hombro?

No tuve que pensarlo más porque fue Leo quien cogió mi nuca con suavidad y me acercó a él, tan despacio que tuve tiempo más que suficiente para apartarme si lo deseaba. Aunque no era el caso.

Al tocarse nuestros labios me dio la impresión de que nada más importaba, de que eso era justo lo que necesitaba, de que ese sería el inicio de una noche inolvidable.

—¿Vamos a mi habitación? —propuso Leo con voz ronca, separando unos milímetros sus labios de los míos.

No me hizo falta contestar, simplemente nos encaminamos hacia ella.

En cuanto Leo cerró la puerta, nuestros labios volvieron a unirse y él me pegó a la pared haciendo que notara cada parte de su cuerpo.

Nos desvestimos a trompicones intentando separar nuestras bocas lo menos posible. Parecía que los dos teníamos demasiadas ganas, y la urgencia de nuestros movimientos era una buena prueba de ello.

Cuando solo nos quedaba puesta la ropa interior, caminamos hacia la cama, pero no llegamos, porque el beso se volvió más intenso y nos paramos junto a la mesa del escritorio. Leo me agarró las nalgas con las dos manos y me alzó para que pudiera sentarme en ella, y yo enrollé mis piernas en su cintura. Sin embargo, él se zafó de mi agarre y fue bajando poco a poco por mi cuerpo, besando rincones que no estaba segura de si alguien los había besado antes, haciendo que me calentara cada vez más. Cuando yo creía que no podría soportarlo, él volvía a empezar. Finalmente, al posar su boca en la zona donde más lo anhelaba, me encontraba tan a punto que no tardé mucho en dejarme ir.

OceanofPDF.com

20. Victoria en mi cama

Leo

Había pasado muchas noches con otras mujeres (no tantas como la prensa quería hacer ver, pero sí con unas cuantas) y no acababa de entender cuál era el motivo de que aquella resultara tan diferente. Quizá fuera que Victoria no me veía como a una superestrella y que me trató simplemente como a un hombre. Y algo que para cualquier otra persona podría parecerle una tontería a mí me resultó liberador y muy excitante.

Sabía a ciencia cierta que Victoria decidió acostarse conmigo por mí y no por lo que representaba. De manera que sí, fue una noche que guardaría en mi memoria.

Di por hecho que ella no estaría en mi cama cuando me despertara. Pensaba que no querría tener que dar explicaciones a su hermana. Sin embargo, me equivoqué, y esa sorpresa me gustó. Mucho.

Me giré y contemplé a Victoria, que se encontraba plácidamente dormida justo a mi lado. Tenía el rostro relajado, el rímel corrido y no había nada en el mundo que me apeteciera más que despertarla y repetir lo que llevábamos haciendo casi toda la noche. En cambio, decidí dejarla descansar y me dirigí a la ducha.

No llevaba allí ni cinco minutos cuando la puerta se abrió. Ella apareció gloriosamente desnuda, con una media sonrisa que dejó claras sus intenciones y que hizo que mi cuerpo reaccionara al instante.



Me disponía a ir a la radio y debía reconocer que estaba agotado. Hacía años que no pasaba una noche así. Además del tiempo que llevaba sin

acostarme con una mujer, es que no lograba recordar la última vez que me había pegado un maratón de sexo como aquel.

—Te veo saciadito, ¿eh? —ironizó Héctor.

—No tengo ni idea de lo que me hablas —respondí intentando desviar el tema, a pesar de que sabía que con Héctor sería prácticamente imposible.

—No, claro que no. Por eso metiste a Victoria anoche en tu habitación y no la has dejado salir hasta esta mañana. Y por la misma razón llevas esa cara y esas ojeras. Por la noche de sueño reparador que habéis pasado juntos.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de lo que hago?

—No te las estoy pidiendo, solo constato un hecho.

—¿Y qué si me he acostado con Victoria? —No pretendía lanzarlo como un desafío, pero fue justamente así como sonó.

—Nada, nada, si a mí me parece perfecto —dijo mi amigo levantando las manos.

—Vamos, Héctor, sé que no lo vas a dejar estar, nos conocemos...

—Exacto, porque te conozco creo que la estás cagando.

—No te pillo. —Debo reconocer que sus palabras me desconcertaron, ya que mi amigo solía inmiscuirse muy poco en mis asuntos privados.

—Me parece maravilloso que metas a Victoria en tu cama y que tengáis sexo desenfrenado hasta que ella vuelva a su casa, pero recuerda que acaba de salir de una relación de diez años y que lo único que busca en estos momentos es pasárselo bien.

—Sí, hasta ahí llego —alegué.

—Yo creo que no. Leo, he visto cómo la miras. Sé que tú no eres como yo y que la mayoría de las veces te cuesta separar el sexo de otros sentimientos...

—No estoy enamorado de Victoria —me defendí.

—No digo eso, pero sé que vas a salir mal parado con todo esto.

—Tengo edad suficiente como para saber dónde me estoy metiendo.

—Lo sé. Y espero estar equivocándome.

No acababa de entender las palabras de Héctor. Solo me había acostado con Victoria una noche y, aunque estuvo genial, no despertó en mí sentimientos con los que no fuera capaz de lidiar. Además, si ella quería, tenía pensado continuar y repetir esa misma noche. No era mi intención dejar de pasar tiempo con ella, por mucho que mi amigo hubiera sido tan rotundo en lo que pensaba al respecto.

Entendía lo que quería decir y sabía que debería ir con pies de plomo, pero estaba seguro de que podría lidiar con ello. O eso esperaba.

Decidí que lo mejor era cambiar de tema.

—Y dime, doctor amor, ¿qué tal con la hermana estirada? —pregunté alzando varias veces las cejas.

—Ese es otro tema que me tiene intrigado, o más bien mosqueado. —Y del rostro de mi amigo desapareció cualquier vestigio de simpatía. Reconocía bien esa expresión que parecía convertirlo en una estatua de piedra. Por mucho que dijera que estaba cabreado, yo sabía que no era del todo así, ya que su gesto denotaba más preocupación que otra cosa. Lo que no entendí fue el motivo de dicha inquietud, aunque tampoco le pregunté. Conocía muy bien a Héctor y sabía que no hablaría de nada hasta no estar preparado.

—Realmente esa chica saca lo peor de ti.

—Está claro, pero además esconde cosas y pienso averiguarlas. Esa mosquita muerta no sabe con quién está jugando.

—No creo que sea su intención jugar contigo, puedo asegurártelo por las miradas que te echa. No le gustas y eso te desconcierta, porque tú sueles atraer a todas las féminas.

—No, no le gusto y tienes razón en que no me pasa muy a menudo, aunque tengo intención de llegar hasta el final con ella.

—Eso suena a amenaza o a algo muy sexual.

—No es ninguna amenaza, es un hecho. Con respecto a lo otro, me exaspera tanto que acaba matando mi libido.

—Eso es mentira y lo sabes. Hay pocas cosas capaces de acabar con esa libido desmedida que gastas. Y debo recordarte que, aunque mi trabajo no es fijarme en todos los detalles como haces tú, también soy capaz de percatarme de según qué situaciones y he visto cómo te la comes con los ojos. Te crispa y te saca de quicio, pero te acostarías con ella.

—No creo que haya ningún tío que no se acostara con Jimena; es preciosa, pero insufrible. ¿Te la imaginas en la cama? ¿Será igual de estirada e insoportable? ¿Se sacará el palo que lleva metido en el culo? ¿Me dejaría que le metiera yo el mío?

—Ahí lo tienes, fantaseas con ella más de lo que estás dispuesto a admitir.

—Leo, yo fantaseo con todas las mujeres y puedo asegurarte que lo he hecho más con Victoria que con su hermana.

De mi garganta salió un gruñido involuntario que Héctor no tardó en echarme en cara.

—Y luego dices que sabes separar el sexo de otros sentimientos. Estás fatal, amigo.

Preferí no contestarle porque sabía que ese sonido me había dejado en evidencia. Así que lo que hice fue adelantarme y entrar en la emisora de radio donde iban a entrevistarme.

Tenía un día muy ocupado, pero, cuando parara un poco, había mucho en lo que debería pensar.

21. La llamada

Victoria

Era la tercera noche que pasaba en la cama de Leo. Al día siguiente nuestra semana acompañándolo en la gira tocaría a su fin y yo tendría que regresar a casa de mis padres mientras él recorría un montón de ciudades.

Intentamos apurar todo el tiempo que teníamos libre para estar juntos, aunque ninguno de los dos habló de la despedida que tendría lugar en unas cuantas horas.

No acababa de entender el motivo por el cual eso me entristecía. Al final, tuve mi aventura y había sido maravillosa. ¿Por qué no lograba quedarme con eso? Sabía que, en cuanto me despidiera de Leo, él buscaría a cualquier otra mujer que calentara su cama. Sin embargo, a mí iba a costarme sacarme de la cabeza los días vividos junto a él. Y no solo por el sexo, que fue el mejor de mi vida, sino por la intimidad y todos los buenos instantes que habíamos compartido.

Mientras me levantaba de su cama y me metía en el baño, decidí que nada podría hacer, que aquello no era más que sexo y que yo sabía dónde me metía desde un principio. Tampoco era que quisiera empezar una relación con Leo, eso sería casi imposible y ni él había insinuado nada ni yo estaba preparada.

Justo cuando acabé de lavarme los dientes oí el sonido de mi móvil. Salí intentando no hacer ruido, pero el timbrazo constante de mi teléfono ya había despertado a Leo.

—Buenos días —dijo desperezándose. Yo no pude evitar perderme en ese maravilloso cuerpo—. Victoria, te llaman —me recordó sonriendo.

Di un bote y aparté mis ojos de él para centrarlos en mi móvil. Cuando vi de quién se trataba, dudé en responder.

—¿No vas a cogerlo? —se extrañó Leo.

Ante la insistencia de la llamada, decidí descolgar.

—Hola, Luis.

Leo se levantó de la cama y se encerró en el lavabo. Se lo agradecí, porque la situación ya me resultaba bastante violenta como para tener que mantener esa conversación delante de él.

—Victoria, quería hablar contigo porque finalmente me han dado el puesto por el que tanto he luchado. —Luis llevaba mucho tiempo esperando aquella noticia y se notaba que estaba eufórico.

—Me alegro mucho por ti —respondí con sinceridad.

—Podríamos celebrarlo juntos. ¿Qué te parece si cenamos esta noche los dos solos?

—Luis, esta noche estoy fuera, aunque tampoco me parece buena idea que quedemos. —En realidad me parecía una idea horrible. Si ya estaba hecha un lío sin haberlo visto, no quería ni imaginar lo que pasaría si quedaba con él.

—Victoria, continuamos siendo amigos y solo tú sabes todo el esfuerzo que me ha costado conseguirlo —alegó en un intento de convencerme.

—Lo sé, pero es que tú has decidido dejarme y ahora mismo creo que lo mejor sería que no nos viéramos.

—Si es eso lo que quieres, de acuerdo, pero no lo entiendo. No comprendo qué hay de malo en que nos sentemos a cenar como dos personas adultas.

—Está claro que no hay nada malo, lo que digo es que necesito mirar por mí y hoy por hoy no quiero verte, no va a hacerme ningún bien. —Me sentí orgullosa de mí misma por mantenerme firme en eso. De lo que no

estaba tan segura era de si lo hubiera hecho de igual manera si, en lugar de estar lejos, me encontrara en casa de mis padres.

—Victoria, yo también te echo de menos cada día —susurró.

—La diferencia es que yo no tomé la decisión de dejarte. —No pude evitar decirlo con cierta inquina.

—Empiezo a dudar que fuera la elección correcta.

Justo en ese instante, Leo salió del baño y creí que lo mejor era despedirse de Luis.

—Luis, tengo que dejarte.

—Por cierto, Victoria, ¿dónde estás?

—No creo que eso sea de tu incumbencia —solté con rabia. ¿Cómo se atrevía a pedirme explicaciones?

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó con la sorpresa reflejada en su voz.

—Eso tampoco te importa. —Titubeé un poco al contestar y Luis se percató enseguida.

—Te conozco bien y sé cuándo intentas evadir una pregunta. ¿Es por eso por lo que no quieres quedar conmigo, porque estás con otro?

Me entraron unas ganas infinitas de gritarle: «¡Tú me dejaste, puedo hacer lo que me dé la real gana!». Pero sonaba demasiado despechado, así que opté por otra respuesta.

—Adiós, Luis.

Y le colgué el teléfono sin esperar contestación. Entendí que Jimena lo hiciera tan a menudo, sentaba de maravilla.

—Victoria, tengo que irme, puedes quedarte aquí el tiempo que quieras —murmuró Leo. A mí me dio la sensación de que le debía una explicación, pero al pensarlo mejor entendí que ni él me la había pedido ni yo tenía por qué darla.

Se acercó y me dio un suave beso en los labios antes de marcharse.

Cuando la puerta se cerró tras él, yo me senté en la cama para intentar poner en orden todos los pensamientos que se amontonaban en mi cabeza.

Luis iba a volverme loca; ese «ahora no, pero sí» conseguiría desquiciarme. En Leo era mejor no pensar y no darle más vueltas. Al día siguiente yo estaría en mi casa y él de gira. No había más.

Me tiré hacia atrás en la cama y solté un grito de pura frustración. Por mucho que intentara poner mis asuntos en orden, no lograba sacar nada en claro. Así que me levanté y me metí en la ducha.

Esa misma noche, mientras estábamos tumbados y saciados en la cama de Leo, él me pidió algo que no esperaba.

—Victoria, me gustaría no perder el contacto contigo. Sé que los próximos meses serán difíciles y que no podremos vernos, pero me encantaría llamarte y que pudiéramos hablar, si a ti no te importa, claro.

—No, por supuesto que no me importa.

¿Por qué me daba la sensación de que mi vida se complicaba cada vez más?

22. Conversación telefónica

Victoria

Hacía dos días que había regresado, la vuelta a la rutina me estaba costando más de lo que creí en un principio. Desde luego no ayudaba que Luis se hubiera presentado en casa de mis padres para hablar conmigo.

Mi madre estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices, y es que, por muy bien que se llevara con él cuando estuvimos juntos, no le perdonaba que me hubiese dejado y menos aún que me hiciera daño.

Yo salí y nuestra conversación fue breve. No podía creer que se presentara allí después de lo que le dije la última vez que hablamos.

—Ya lo sé, Victoria. Soy consciente de que no estoy haciendo las cosas bien, pero es que no sé hacerlas de otra manera. Lo que tengo claro es que te echo mucho de menos.

—Luis, no puedes venir aquí y decirme eso después de haberme dejado. ¿Tan difícil es de entender?

—Dame tiempo, Victoria. Por favor, no rehagas tu vida aún —suplicó.

—¿Es que no ves que ese es el puñetero problema? ¿Cómo puedes presentarte en casa de mis padres y pedirme tal cosa? El simple hecho de que lo menciones es egoísta y cruel, solo porque te dé miedo que yo rehaga mi vida y que no sea tu plan B. Por si acaso la gran idea de recuperar el tiempo perdido no te sale bien.

—No se trata de eso...

—Sí, es totalmente así y lo sabes. Deja de marearme, Luis.

—Lo siento mucho, Victoria. Sé que es difícil de creer, pero lo último que deseo es hacerte daño —se lamentó. Y, a pesar de que un nudo me atenazaba la garganta, no flojeé.

—Pues, para no querer, lo estás haciendo realmente mal.

—De verdad que lo lamento.

No quería continuar hablando, porque toda esa situación estaba haciendo que me entristeciera y que me asaltaran unas enormes ganas de llorar. Y me negaba a que la visita de Luis me afectara de aquella manera. Así que me despedí de él prácticamente echándolo y volví a mi cuarto para continuar trabajando, si bien fui incapaz de concentrarme.

A pesar de tener cuarenta años, Luis era un inmaduro que no sabía lo que quería y que pretendía tenerme de comodín por lo que pudiera pasar.

Resoplé porque a mí lo que me gustaría sería desaparecer e irme a una playa paradisíaca y desierta. A pesar de que sabía que con eso lo único que hacía era huir y no enfrentarme a nada, me hubiera venido de muerte.

Otro tema en el que no podía parar de pensar era en que Leo no me había llamado ni sabía nada de él desde que nos despedimos en la puerta de mi casa hacía ya dos días. No se trataba de que esperara que muriera de anhelo por mí, pero lo de mantener el contacto fue idea suya; ¿por qué me pedía permiso para llamarme si no iba a hacerlo?



Por primera vez en muchos días había logrado darme una ducha más o menos larga sin que nadie me interrumpiera. Cené con mis padres y con José, ya que a Rocío le tocaba guardia, y me fui a la cama prontito, pues tenía un libro en el que no había podido dejar de pensar en todo el día de lo enganchada que me tenía. Justo cuando lo terminé y una enorme sonrisa se dibujó en mi cara —era de ese tipo de novelas que te dejan un buen sabor de boca—, sonó mi teléfono. Al mirarlo y ver de quién se trataba, me dio la sensación de que me había leído el pensamiento.

—Hola, Victoria.

—Hola, Leo. ¿Qué tal la gira?

—Agotadora, ya sabes. —Parecía más serio y distante—. He dudado mucho si llamarte o no. Quizá lo único que haga al querer continuar manteniendo el contacto contigo sea complicar las cosas.

—¿Qué te parece si no adelantamos acontecimientos y vamos sobre la marcha? Si con los días vemos que no nos sentimos cómodos o cualquier otra cosa, lo decimos y listo.

—Sí, supongo que podemos hacerlo así. ¿Qué tal te va por casa de tus padres?

—Pues igual que siempre. Mi hermano José insiste en que vuelva a salir con él y con sus amigos de fiesta, y a mí solo de pensar en tener una resaca como la de la última vez me dan ganas de llorar.

—Yo te vi estupenda la noche siguiente.

—Sí, porque me había tomado un par de ibuprofenos y porque mi hermana Jimena me da tanto miedo que soy capaz de ir a cenar con un cantante engreído y ególatra con tal de no oírla luego —bromeé.

—Es obvio que los adjetivos utilizados para describir a dicho cantante no le hacen justicia. Yo utilizaría, mejor, «increíblemente atractivo», además de «agradable y simpático».

—¿Algo más?

—Uff, se me ocurren un buen puñado.

—Egocéntrico —murmuré.

Continuamos bromeando hasta que unos instantes de silencio se instauraron entre nosotros y la conversación tomó otro rumbo con la siguiente pregunta de Leo:

—¿Qué llevas puesto?

Jamás en mi vida pensé que fuera capaz de hablar así con nadie ni de que una conversación telefónica pudiera ponerme tanto. Y nunca hubiera imaginado que el sexo telefónico llegara a ser tan increíble.

OceanofPDF.com

23. Cumpleaños

Victoria

Ese día era el cumpleaños de mi hermana Rocío. Decidió hacer una cena en el bar que solíamos frecuentar. No sabía bien quién acudiría, pero imaginaba que los mismos de siempre. Así que me enfundé unos tejanos, unas botas con poco tacón y un top informal porque quería estar cómoda. En cuanto estuve lista fui a la habitación de mi hermano. Y, como venía siendo costumbre, entré sin llamar.

—¿Estás ya? —pregunté.

—Pero ¿en esta casa nadie llama a la puerta, o qué?

—Ya sabes que no. —Mi hermano iba a decir algo más, pero se giró hacia mí y me observó antes de hablar.

—¿Piensas salir en tejanos? —preguntó sonriendo.

—Sí, quiero estar cómoda porque sé que me vas a liar. ¿Algún problema?

—Chica lista. No, a mí me parece perfecto, pero tu hermana Jimena pondrá el grito en el cielo. Me ha advertido que me arregle porque quiere subir no sé qué fotos a las redes.

—También es tu hermana...

—Lo dudo la mayoría del tiempo.

—Y, por si no lo recuerdas, soy yo la que me encargo de sus redes y fue idea mía, pero no sabía que debíamos vestirnos de gala. Además, tú también vas en tejanos.

—Sí, pero es que yo estoy guapo me ponga lo que me ponga —bromeó.

—Creído.

—Eso sin tener en cuenta que a mí me la sopla lo que me diga esa loca.

—No quiero ni pensar lo que te haría si te oyera llamarla así. Por cierto, ¿has visto a Rocío?

—No.

La escueta respuesta de José no me sorprendió. Su relación con Rocío nunca fue demasiado buena. Desde que ella llegó a nuestras vidas los dos discutían con bastante asiduidad. Entendía a Rocío porque cuando vino estaba tan hecha polvo que apenas era una sombra de ella misma y se exaltaba con facilidad. Y es que mi hermana empezó a formar parte de nuestra familia cuando tenía catorce años. Era la hija de la mejor amiga de mi madre. Ellas eran como hermanas, por eso Rocío fue su ahijada. Pero cuando mi hermana tenía apenas cinco años se fueron a vivir a Asturias y dejamos de verlas con tanta frecuencia. A pesar de la distancia, mi madre y Elena se llamaban casi cada día y mi madre se escapaba siempre que podía a verlas.

Por eso, cuando Elena y su marido murieron en aquel accidente de tráfico, mi madre no dudó ni un instante en aceptar la última voluntad de su amiga y hacerse cargo de su hija.

La verdad es que mis padres siempre han querido a Rocío como a una hija más y ninguno de nosotros hizo jamás ninguna diferencia con ella.

Para mí era impensable. Rocío era mi hermana, punto. Sin embargo, y tal vez por la edad que tenían cuando todo pasó, José y ella no acabaron de encajar. Pero tampoco se trataba de nada extraño, yo misma me llevaba mucho mejor con Rocío que con Jimena; era cuestión de compatibilidad. Siendo cinco hermanos, siempre había algunos con los que encajabas mejor que con otros.



Llegamos al bar casi los últimos y tuvimos que aguantar las miradas que nuestra querida Jimena nos dedicó por la falta de puntualidad.

No le hice el menor caso y me acerqué a la cumpleañera para darle un abrazo enorme y felicitarla.

Al cumpleaños, como era normal, asistieron unos cuantos amigos de Rocío, y Jimena no podía encontrarse más fuera de lugar. Estaba claro que aún no la conocían lo suficiente y daba la sensación de que había causado furor, ya que se encontraba rodeada de algunos de ellos. No me cabía la menor duda de que los pondría en su lugar en breve.

Mi hermano Darío y Aitana aparecieron diez minutos después de nosotros, pero Jimena ni siquiera los miró. A Darío no solía ser capaz de reprenderle nada. Eso, y que un amigo de Rocío hablaba con ella en el instante en el que llegaron. Por la cara que Jimena ponía no estaba siendo una conversación de su agrado. Casi solté una carcajada cuando el incauto le tocó el hombro y mi hermana lo mató con la mirada. Jimena era la mejor con aquel tipo de mirada. Acojonaba. Mucho.

—Aitana, estás preciosa —afirmé acercándome a ellos y con mi hermano pequeño pisándome los talones.

—Dime un solo momento en el que Aitana no haya estado guapa —rebatí José mientras se pegaba a ella y le daba dos besos muy cerca de la comisura de los labios.

Se oyó un pequeño gruñido y tardé un instante en identificar que provenía de la garganta de Darío. Los tres lo miramos con atención. Yo alzando una ceja porque imaginaba el motivo de dicho sonido.

Sabía que Aitana estaba colada por mi hermano mayor desde que tuvo la edad suficiente para fijarse en chicos. Darío siempre la vio como a la niña que acompañaba a su hermana pequeña, pero hacía tiempo que me percaté de que su manera de mirarla había cambiado. El problema era que él parecía

no ser consciente de ello, o tal vez no sabía identificarlo o ser capaz de reconocerlo.

Y, por la manera en la que José me miró, supe que esa noche iba a hacérselo pasar mal a Darío. Todos esperábamos que mi hermano diera un paso en su relación con Aitana y parecía que José iba a hacer todo lo posible por precipitar las cosas entre ellos.

—Supongo que dejarás al aburrido de mi hermano esta noche y te sentarás conmigo, ¿verdad? Total, a él lo ves todos los días.

Aitana no dijo nada y dejó que José la agarrara por la cintura y la llevara hasta la silla que había junto a la suya.

Cuando éramos más jóvenes la diferencia de edad con José, a pesar de ser poca, hacía que lo tratáramos como a un crío. Sin embargo, en esos momentos, mientras lo veía alejarse con Aitana, esa diferencia ni se notaba.

—Vamos, hermanito, que no tienes muy buena cara —ironicé dirigiéndome a Darío y agarrándolo de la mano para guiarlo hacia la mesa, pues parecía que se había quedado clavado en el suelo.

—Ha sido una semana muy dura y estoy cansado —alegó a modo de excusa.

—Claro, claro.

Esa noche no quise beber demasiado porque con la última resaca que tuve fue más que suficiente, por lo menos para unos cuantos meses.

Así que cuando llevaba casi una hora en aquel bar de copas decidí salir a tomar el aire. Jimena ya hacía un rato que se había marchado e intuía que Darío solo continuaba allí para controlar a José y a Aitana.

Llevaba unos diez minutos fuera y me había arrepentido desde el primero. Daba la impresión de que no podía estar tranquila tomándome mi bebida sin que un buen número de hombres me molestaran. Por eso agradecí enormemente que sonara mi móvil y ni siquiera me asusté porque alguien me llamara casi de madrugada.

—Hola, no sabía si ya estarías dormida, no me he dado cuenta de lo tarde que era. —Oír la voz de Leo hizo que un calorcillo muy agradable recorriera mi cuerpo.

—No te preocupes, es el cumpleaños de mi hermana y estamos tomando algo. —Los tíos que me rodeaban no se daban por vencidos y, a pesar de estar hablando por teléfono, no se largaban.

—Entonces te he llamado en mal momento, quizá preferirías estar con ellos.

—Nooo, qué va, estoy genial hablando contigo.

—¿Qué te pasa? Estás rara.

—Nada, es que he salido a tomar el aire y parece que no hay manera de estar sola.

—Ah, ya entiendo... Si he interrumpido algo...

—No. Estaba planteándome irme ya a casa.

—Pues eso sería maravilloso, porque estoy en tu puerta.

—¡¿Qué?!

OceanofPDF.com

24. Vámonos a casa

Darío

Esa noche Aitana y yo íbamos a asistir al cumpleaños de mi hermana y, como hacíamos siempre que visitábamos a mi familia, decidimos ir juntos.

Estuve un rato, sentado en el sofá del salón, esperando a que ella terminara en el baño.

Analiqué la conversación que habíamos mantenido esa misma mañana, en la que le pedí que le comprara algo a Rocío de parte de los dos —siempre lo habíamos hecho así—. Sin embargo, esa vez me dijo que, si quería regalarle algo, que me encargara yo, que ella estaba demasiado ocupada. No habría tenido mayor importancia si no hubiese sido por el tono que empleó al hablarme.

Acababa de darle un sorbo a la cerveza que estaba bebiendo y a punto estuve de escupir todo el contenido cuando Aitana se colocó frente a mí. Si el otro día, con aquel vestido negro, me parecía que estaba preciosa, esa noche se había superado.

Quise decirle muchas cosas, pero, como venía siendo habitual en mí, me callé.

—¿Nos vamos? —pidió ella.

Dejé que pasara ella primero y me perdí en el olor tan característico que Aitana desprendía, incluso cuando no llevaba perfume. Ella siempre me había oído a sol, a mar y a hogar. Aspiré con fuerza y cerré los ojos dejando que esa esencia invadiera mis fosas nasales e intentando retenerla todo lo que pude.

—¿Qué haces, Darío?

Aitana se había girado y me había pillado oliéndola. Lo peor de todo debía de ser la cara de imbécil que tendría.

—Nada. Vámonos —acerté a decir.

Cuando llegamos al bar donde Rocío iba a celebrar su cumpleaños y vi a José mirar y caminar hacia Aitana, tuve ganas de cogerla de la mano e irme con ella de allí, pero estaba claro que no podía hacer eso. Así que aguanté como pude el escrutinio y el sobeteo de mi querido hermano a Aitana. No logré quitarme de la cabeza si siempre se había comportado así con ella y dónde cojones estaba yo cuando aquello pasaba.

Resistí la cena como buenamente pude y los acompañé al local, pero, cuando José y Aitana se pasaron bebiendo y empezaron a acercarse de manera más íntima, decidí que había llegado el momento de marcharme.

Primero fui hasta donde se encontraba Rocío para despedirme.

—Hermanita, me marchó, estoy agotado.

—Si es por eso me parece bien, por lo que no quiero que lo hagas es por ellos. —Señaló con la cabeza a José y a Aitana—. Lo único que él está haciendo es intentar ponerte celoso.

—¿Celoso de qué? —solté como si me hubiese dicho algo del todo fuera de lugar. Como si no me estuviera consumiendo por dentro el verlos tontear de esa manera.

—No intentes disimular conmigo, he visto cómo la miras.

—Rocío, es Aitana. Nos conocemos de toda la vida.

—Eso ya lo sé; sin embargo, te jode ver a José con ella. No puedes negarlo.

No, no podía, pero tampoco iba a reconocerlo delante de mi hermana pequeña. Si dijera algo así, al día siguiente tendría que asistir a una reunión con todos mis hermanos en la que debería dar unas explicaciones para las que no estaba preparado.

—Buenas noches, hermanita. Acaba de disfrutar de tu día.

—Buenas noches, cabezota —me recriminó mientras me abrazaba.

Rocío siempre había despertado mi lado más tierno y protector. Seguramente por lo rota que llegó a casa, por el esfuerzo que vi que hacía cada día por recomponerse, por lo perdida que estaba y por la fuerza que siempre mostró.

Respondí a su abrazo con fuerza y la besé en el pelo. Después me dirigí a la barra, que era donde estaban Aitana y mi hermano.

Carraspeé para que José sacara su cara del cuello de ella. De pronto, tuve unas enormes ganas de encontrarme en cualquier otro sitio.

—Me voy a casa —anuncié.

—¿Ya, hermanito? Cada día que pasa eres más soso.

Estaba hasta las narices de que todos me dijeran esas cosas, aunque sabía que no era el momento de empezar una discusión.

—Espera, que me voy contigo. —Las palabras de Aitana nos sorprendieron a los dos.

—Pero si estamos en lo mejor de la noche... —protestó José.

—No lo dudo; aun así, soy incapaz de beber nada más. —Estaba seguro de ello porque Aitana tenía la voz pastosa y arrastraba las palabras.

—No me dejes solito —le pidió mi hermano poniendo su mejor cara de niño bueno, gesto que le funcionaba casi siempre y que me entraron ganas de borrar de un guantazo.

Aitana se rio y yo me giré a mirarla. El sonido de su risa erizó mi piel.

—Como si fueras a estar mucho tiempo solo. Anda, ve a ver a tu hermana Rocío y dile que te presente a alguna de sus amigas.

—No, mejor no —respondió José con sequedad—. No te preocupes, algo se me ocurrirá. Y lo dicho, si alguna noche te sientes sola, solo tienes que llamarme.

¿Pero qué cojones...? No me dio tiempo a pensar en nada más porque Aitana entrelazó sus dedos con los míos, como habíamos hecho en muchas

otras ocasiones. Lo que no entendía era el motivo por el cual esta vez sentí esa caricia de manera tan diferente.

—Vámonos a casa —pidió, y nunca tres palabras me habían sonado tan bien.

Desde luego no tenía ni la más remota idea de lo que se me venía encima.

Tuvimos que esperar diez minutos para coger un taxi y, cuando llegó, a Aitana parecía que le había subido todo el alcohol de golpe. Ya no tenía la voz pastosa, en esos momentos costaba entenderla de lo que se atrabancaba.

Cuando por fin entramos en el taxi, ella se recostó en mi hombro y suspiré porque pensaba que se quedaría dormida. ¡Ingenuo de mí!

Aitana giró la cabeza. Estaba tan bebida que sabía que no era consciente de lo que hacía, pero eso no evitó que, al notar sus labios en mi cuello, contuviera la respiración.

—Aitana, ¿qué haces? —susurré con la voz muy ronca.

Ella no contestó, pero emitió una especie de jadeo que hizo que tuviera que acomodarme el pantalón.

Intenté retirarla con suavidad, sin embargo, volvía a la carga sin que yo pudiera evitarlo. Y, cuando noté su lengua recorrer mi cuello, me quedé tan paralizado que fui incapaz de apartarla. Eso hizo que se envalentonara y cuando mordió el lóbulo de mi oreja quien jadeó fui yo.

Menos mal que el local no estaba lejos de nuestra casa, porque, si hubiese tenido que pasar un minuto más en aquel coche, no habría descartado tirarme de él, aunque fuera en marcha.

Pagué al taxista y ayudé a Aitana a entrar en el portal de casa. Al llegar al ascensor la apoyé en la barandilla y me aparté de ella unos instantes, necesitaba dejar de tocar su cuerpo.

Fue un error.

Aitana, al verse libre de mí, empezó a bajarse el tirante del vestido y yo me quedé inmovilizado por completo. Cuando dejó al descubierto un impresionante sujetador de encaje de color negro, supe que tenía que reaccionar. Esa prenda era demasiado sexi y no solo eso, sino que las transparencias hacían que se vieran, sin ninguna dificultad, sus pezones erectos. Tragué saliva y supe que jamás sería capaz de borrar aquella imagen de mi cabeza.

—Aitana, ¿serías tan amable de dejar de desnudarte? —farfullé intentando tragarme el nudo que se había formado en mi garganta.

—No. —Y su firme negativa me pilló por sorpresa—. A ti... qué... qué... más te da. Podría quedarme desnuda... de... delante de tiii... y no teee importaría...

¡La hostia! Si Aitana se desnudaba, yo tendría que salir corriendo de allí.

Me acerqué a ella y la saqué del ascensor deseando meterla en su cama y que se durmiera hasta el día siguiente, cuando recuperaría la cordura y volvería a ser la Aitana de siempre.

Al entrar en nuestro piso se fue trastabillando con todo y decidí cogerla en brazos antes de que se hiciera daño. Al estar tan cerca, ella volvió a colocar sus labios en mi cuello, estuve a punto de soltarla. Si supiera lo que esa caricia me hacía sentir...

La tumbé en la cama en cuanto llegamos a su cuarto y parecía que por fin el cansancio había podido con ella. Le quité los zapatos y me di la vuelta para marcharme, pero, al mirarla, vi su vestido enrollado en su cintura y pensé en lo incómodo que sería pasar la noche así.

Volví a colocarme junto a ella y le bajé el vestido hasta quitárselo. Cualquiera que me viera se hubiera reído de mí, porque hice todo lo posible para que mis manos no tocasen su piel.

Por supuesto, las braguitas que Aitana escogió eran iguales que el sujetador, con el mismo encaje y transparencias, y a mí me dio la sensación

de que la habitación se quedaba sin oxígeno.

Tenía que largarme de allí, sin embargo, lo que hice fue acercarme a ella y apartarle un mechón de pelo que había caído en su cara. Cuando Aitana pronunció mi nombre en una especie de gemido, salí de su habitación como si me persiguiera el mismo diablo.

OceanofPDF.com

25. La escapada

Leo

La gira no estaba resultando como otras veces. No podía dejar de pensar que me hubiese gustado estar en Málaga junto a ella y que, si no nos separaran tantos kilómetros, en esos momentos me encontraría intentando empezar algo y no habiéndonos distanciado cuando lo que teníamos apenas comenzaba.

—Qué asquito das, pareces un alma en pena —espetó Héctor. No perdía oportunidad para soltarme alguna pulla.

—Qué quieres que te diga, me encantaría estar con ella —respondí con sinceridad.

—No hace falta que lo jures. No quiero que esto suene mal, pero ya te advertí de que Victoria acababa de salir de una relación y de que no me gustaría que te hicieran daño. La última vez lo pasaste fatal y...

—Eso es un «ya te lo dije» en toda regla. ¿Y qué pasa, que ahora mi jefe de seguridad también va a protegerme de esto? —bromeé.

—No seas imbécil. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, y te lo agradezco, pero sé bien lo que estoy haciendo —sentencié con más seguridad de la que sentía.

—Si tú lo dices... —respondió Héctor, poco convencido—. ¿Y por qué no vas a verla?

—¿Porque estoy en medio de una gira? —dije con ironía.

—Ya, pero puedes escaparte al menos unas horas, ¿no? No estamos tan lejos en coche.

—¿Pretendes que haga más kilómetros de los que ya hacemos para pasar un par de horas con ella?

—Eso es exactamente lo que digo. A mí, que no soy romántico, me parece que eres un sieso, amigo.

No me apetecía nada estar en el coche más horas de las que ya llevábamos, pero no podía negar que la idea de volver a ver a Victoria, aunque fuera un par de horas, me atraía demasiado.

—Tengo tantas ganas de verla que tu idea no me parece tan descabellada —confesé.

—Eso imaginé —dijo sonriendo.

No lo pensamos demasiado y nos pusimos pronto en marcha. Héctor me acompañó para que no tuviera que conducir yo todo el trayecto. No estábamos especialmente lejos, pero era un palizón hacerlo solo.

—¿Le has dicho que ibas a verla? —preguntó mi amigo.

—No, quiero que sea una sorpresa.

—A ver si la sorpresa te la vas a llevar tú.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con mucha más ansiedad de la que pretendía.

—Nada de lo que estás pensando. Respira y tranquilízate, a ver si se te bajan las gónadas de la garganta. A lo que me refería era a que tal vez haya hecho planes y no la localices cuando llegues.

No había pensado en eso, pero tenía lógica. Aunque en esos momentos era absurdo llamarla porque casi habíamos llegado. Sin embargo, me pasé el resto del camino pensando en las palabras de mi amigo.

Contuve la respiración cuando la llamé y me dijo que estaba de cumpleaños y luego acompañada, pero para mi tranquilidad pude volver a respirar cuando me aseguró que su intención era regresar a su casa.

Decidimos acercarnos nosotros a buscarla. No obstante, poco antes de llegar, Héctor frenó el coche de golpe.

—¡¿Qué haces?! —me quejé.

—¿Esa de ahí no es Jimena? —preguntó.

—Desde aquí no puedo asegurarlo. Pero me extraña que ella vaya vestida así, igual te estás confundiendo.

—Yo nunca me confundo —aseguró.

Y, antes de que pudiera volver a hablar, Héctor se había bajado del coche.

—Te llamo. —Fue la escueta aclaración de mi amigo.

Yo también salí del vehículo y me cambié de asiento para conducir hasta donde se encontraba Victoria. Observé a mi amigo alejarse detrás de aquella mujer que en nada se parecía a la estirada de Jimena. Cuando los perdí de vista, sacudía la cabeza. Seguía sin estar convencido, pero Héctor ya era mayorcito para saber lo que hacía.

Unos minutos más tarde paré frente al local que me había indicado Victoria y le envié un mensaje para decirle que ya había llegado.

Al distinguirla entre la multitud de gente que había en la puerta de aquel garito noté algo que no tuve claro si me gustaba o no. Sabía que no debía enamorarme de Victoria, ella no buscaba una relación y tampoco estaba en su mejor momento, pero al volver a verla fui consciente de cómo se me aceleraba el corazón y de cuánto la había echado de menos.

No aparté los ojos de ella hasta que entró en el coche y al girarse hacia mí se produjo un instante incómodo, ese en el que no sabes cómo saludar a la otra persona, si bien yo no iba a permitir que eso sucediera. Había hecho un montón de kilómetros para verla y no pensaba irme de allí sin besarla.

Me acerqué y pasé con suavidad mi mano por su nuca, para atraerla hacia mí y a la vez dejarle el espacio necesario para que se echara atrás, pues no estaba seguro de si ella quería saludarme de la misma manera. Sin embargo, fue Victoria quien recorrió la distancia que nos separaba y quien pegó sus labios a los míos. Solté un gruñido al notar su lengua en mi boca y cuando se subió a horcajadas encima de mí me pareció que ir a verla había sido la mejor idea que había tenido en años. Luego recordé que fue Héctor

quien lo sugirió y pensé que le daría algún día extra de vacaciones para agradecerse.

La agarré del culo y la pegué contra mí haciendo que los dos contuviéramos la respiración. Cuando ella despegó sus labios, un instante, de los míos conseguí recobrar un ápice de cordura.

—Será mejor que nos vayamos de aquí, si no queremos que nos denuncien por escándalo público —murmuré con voz ronca.

No podía ni imaginarme todo lo que dirían los periódicos de mí si me pillaran en una situación como aquella.

Victoria me dio un beso rápido y volvió a su asiento, haciendo que sintiera que me faltaba algo.

—Sí, tienes razón, aunque yo vivo en casa de mis padres y ahí no podemos ir.

—Tenía que haber previsto esto y reservar en algún hotel, pero mi intención era pasar un rato contigo y ahora no puedo ir paseándome por todos los hoteles de la ciudad. Además, no podré estar mucho tiempo. Mañana he de levantarme temprano. En cuanto me llame Héctor tendremos que marcharnos.

—¿Héctor ha venido también?

—Sí, de esa manera no he hecho yo solo tantos kilómetros.

—¿Y dónde está?

—Ha preferido dejarnos un poco de intimidad. —No entendí el motivo por el cual no le dije que Héctor se había bajado del coche porque le pareció ver a su hermana. Quizá porque ni yo mismo estaba convencido de que se tratara de la estirada de Jimena, pues no me la imaginaba vestida igual que aquella chica. Tal vez mi amigo se estaba obsesionado con ella.

—Ah, pues si no tenemos un plan mejor te llevaré a uno de mis lugares favoritos. ¿Te apetece?

—Por supuesto. —Todo lo que fuera hacer planes con ella me parecía maravilloso.

—Entonces arranca, que te guío.

Antes de hacerlo me incliné hacia ella y le di un beso rápido, o por lo menos esa fue mi primera intención. En cuanto nuestras bocas se juntaron, fue de todo menos rápido.

OceanofPDF.com

26. La playa

Victoria

Era noche cerrada y no había mucha gente por la calle. Eso ayudó a que no reconocieran a Leo, que era mi mayor miedo cuando le propuse ir a la playa de la Malagueta.

—No te imaginas el tiempo que hace que no piso una playa de noche. Voy a ver si Héctor tiene algo en el maletero para que podamos sentarnos sin llenarnos de arena.

—Nos ha salido delicado el chico —bromeé.

—Quizá tengas razón, pero es que no me entusiasma que la arena se meta por depende de qué partes de mi cuerpo. —Acompañó esas palabras de una sonrisa tan arrebatadora que las piernas me temblaron—. Aquí hay una manta, aunque prefiero no saber la utilidad que Héctor le habrá dado.

Me quité los zapatos para entrar en la playa y, como siempre, el roce de la arena en mis pies consiguió que me invadiera la paz. ¿Qué tiene el mar que me proporciona tanta calma?

Nos acomodamos cerca de la orilla intentando buscar la máxima privacidad posible. Aunque solo había un par de parejas que no nos hicieron ni puñetero caso, incluso dudaba mucho que se hubiesen percatado de nuestra presencia.

—Me gusta este sitio —reconoció observando a su alrededor y fijando la vista en el agua—. El mar siempre me hace darme cuenta de la grandeza que nos rodea. Me resulta difícil encontrar otro lugar donde sentir tanto sosiego —explicó Leo, casi leyéndome el pensamiento.

La mayoría de las veces, cuando estaba con él olvidaba que era una persona famosa, además de por su manera de ser, por todas las cosas que

teníamos en común.

—Y dime, Victoria, ¿qué has hecho estos días?

—¿Aparte de morirme de sueño por estar hablando con cierto cantante hasta las tantas de la noche...? —lo acusé.

—¡Qué persona tan desconsiderada! Deberías plantarle cara y decirle que te deje en paz, que necesitas descansar.

—La verdad es que me gusta hablar con él —ronroneé acortando la distancia que nos separaba.

—¿Y hay algo más que te guste hacer con esa persona? —preguntó Leo con voz ronca.

—Besarlo, me encanta cómo besa. Claro que tiene mucha práctica, se comenta que es un mujeriego.

—Eres una persona inteligente, no te creas todo lo que se dice de él.

—No, si ahora va a resultar ser un santo... —ironicé.

—Ni mucho menos —susurró mientras se reclinaba sobre mí y hacía que los dos acabáramos tumbados en la manta—. Pero tampoco soy como me pintan por ahí —dijo antes de besarme.

No podría decir el tiempo que estuvimos allí. Intentamos controlar la situación, aunque cada vez los besos eran más feroces y las manos imposibles de parar. A cada minuto que pasaba nos resultaba más difícil. Los dos nos teníamos ganas y contenernos nos estaba costando más de lo que habíamos pensado.

—Será mejor que paremos o acabaremos haciéndolo en una playa pública —aclaré, y no supe de dónde saqué la fuerza de voluntad para separarme de él.

—No me parece tan mala idea —confesó soltando un suspiro.

—Puedo asegurarte que a ninguno de los dos nos haría la menor gracia aparecer en las revistas de esta guisa. Si en lugar de famoso fueras una

persona anónima sería otro cantar. No es la primera vez que lo hago aquí, pero de eso hace ya unos cuantos años.

—¡Qué feo, Victoria, que no me trates como a los demás! Nunca me ha gustado sentirme excluido.

—Lo siento, haberlo pensado antes de convertirme en una estrella.

Los dos suspiramos casi a la vez. Teníamos que coger aire e intentar serenarnos un poco.

—Así que es aquí donde sueles traer a tus ligues...

—No he tenido muchos ligues —confesé.

—Deja que lo dude.

—No te miento, empecé joven con Luis. —Noté el cambio en la postura de Leo al oír ese nombre.

—Es verdad, Luis. Casi consigo olvidarme de él. Casi.

Justo en ese instante sonó su móvil y yo lo agradecí, no me apetecía nada hablar de mi ex.

Leo apenas intercambió un par de comentarios y colgó.

—Era Héctor, tengo que pasar a recogerlo. Se nos ha hecho tarde.

Fuimos hasta el coche en silencio y antes de que yo pudiera hablar se me adelantó él.

—Me ha encantado pasar este ratito contigo, aunque se me haya hecho demasiado corto.

—A mí también. Te doy permiso para que vengas a verme siempre que quieras —bromeé. O quizá no tanto.

—Muchas gracias, pero en unos días empieza la gira internacional y estaré fuera del país unos meses. Me resultará imposible volver a escaparme encontrándome tan lejos.

—Unos meses... —Sabía que eso pasaría. Que tendría que marcharse lejos y recorrer unos cuantos países, pero oírsele decir fue como un jarro de agua fría.

—Sí. Victoria, no he querido hablar de nada porque creo que no estás en tu mejor momento y porque entiendo que empezar algo separándonos tanto tiempo sería pedirte demasiado.

¿Pedirme demasiado a mí? Tenía la certeza de que lo que intentaba era buscar una excusa para que quedara claro que entre nosotros no había nada y de esa manera poder hacer lo que quisiera con tranquilidad. Aunque tampoco se trataba de que por continuar manteniendo el contacto tuviera que darme ningún tipo de explicación, claro.

Me dio la sensación de que últimamente los hombres que pasaban por mi vida necesitaban tiempo o espacio. O las dos cosas.

—No te preocupes, haz lo que tengas que hacer. —Intenté sonar lo más despreocupada posible, aunque no lo conseguí.

—Victoria... —murmuró Leo poniéndose frente a mí—, me gustaría pedirte que pudiéramos reanudar esto desde donde lo hemos dejado esta noche cuando vuelva de la gira, pero creo que sería muy egoísta por mi parte.

—De acuerdo. —Fue todo lo que respondí justo antes de entrar en el coche.

Sabía que estaba comportándome de manera irracional e inmadura, pero me sentía herida.

No solo porque Leo pusiera fin a lo que fuera que teníamos, era algo que sabía que acabaría pasando, sino porque parecía que no era lo suficientemente buena para ninguno de los hombres con los que estaba, y ahí sí era donde entraba en juego la dramática que vivía en mí.

Lo guie hasta la puerta de casa de mis padres y esas palabras fueron las únicas que intercambiamos durante el trayecto. No obstante, al parar el coche, Leo se giró hacia mí.

—Sé lo que he dicho en la playa, y lo siento porque voy a contradecirme, pero, si no te importa, seré un poquito egoísta y me gustaría

continuar llamándote. Si empiezas algo con alguien o simplemente no te apetece que lo siga haciendo, solo tienes que decírmelo. ¿Te parece bien?

—¿Y tú? También puede ser que seas tú quien empiece algo con alguien. —Me mordí la lengua para no asegurarle que eso sería mucho más probable.

—Las giras internacionales son demoledoras. Cuando llega la noche no puedo pensar en otra cosa que no sea en dormir. Además, cambiamos de ciudad cada pocos días, es difícil conocer a una mujer en esas circunstancias.

Había visto algunos reportajes de cantantes famosos y no se ajustaban para nada a lo que Leo me estaba explicando. Me daba rabia que me tratara como si fuera imbécil.

Al finalizar cada concierto, las fans harían cola en la puerta de su camerino para saludarlo y para lo que él quisiera, y, aunque estaba convencida de que Leo no era una persona de tener sexo esporádico, no podía creerme que pasara todos los meses que durara la gira sin acostarse con nadie.

—Vale, Leo. Llámame cuando quieras. —Por mucho que pensara que lo mejor era romper del todo con él, no pude evitar claudicar y permitir que me hiciera alguna llamada de vez en cuando.

—O cuando pueda, porque, entre la diferencia horaria y lo agotado que estaré siempre...

—De acuerdo.

Nos dimos un beso de despedida que poco tenía que ver con los de hacía un rato. Algo se había enrarecido entre nosotros y los dos éramos conscientes de ello.

27. La familia

Leo

Aunque ya me había despedido de Victoria hacía dos noches, en la puerta de su casa, y de que sabía que aquello no era buena idea, no quería marcharme tan lejos sintiendo que algo se había enrarecido entre los dos. Por ello, me pasé toda la mañana haciendo malabarismos con mi agenda y dejándome un hueco libre para escaparme a verla. A pesar de que le había dicho que no podríamos volver a encontrarnos, quería hacerlo antes de irme a la gira internacional, donde sí sería imposible recorrer la distancia que nos separaba.

No sabía si avisarla con tiempo o volver a darle una sorpresa. Finalmente decidí sorprenderla. La noche anterior, cuando hablamos por teléfono, me dijo que tenía que trabajar, por lo que imaginaba que pasaría el día en su casa.

No reservé habitación en ningún hotel, solo pretendía estar unas pocas horas y me parecía demasiado frío proponerle pasarlas allí.

Lie otra vez a Héctor para que me acompañara. Estaba tan emocionado por volver a verla que no podía contener la sonrisa que se me escapaba continuamente.

—Pareces un adolescente —me chinchó mi amigo.

—Lo que tú digas, no pienso dejar que tus pullas cambien mi buen humor.

—Para tratarse solo de una aventura, en esta ocasión tampoco has reservado habitación en un hotel. ¿Ha cambiado algo y no me he enterado?

—A Héctor no se le escapaba una.

—Me ha parecido violento pasar unas horas con ella y encerrarla en un hotel.

—Ya...

—Sé que tú harías las cosas de otra manera —le eché en cara.

—Por supuesto. Yo la encerraría en ese hotel y no la dejaría salir de allí hasta que fuera la hora de marcharme.

—Lo tengo claro; en cambio, a mí me apetece verla y estar un rato con ella. Nada más —me defendí.

—Eso me temía. —Su respuesta sonó a acusación.

Cuando, unas horas después, llegamos a casa de los padres de Victoria, la llamé un par de veces, pero al comprobar que el móvil salía apagado me desinflé un poco. ¿Y si había hecho todos esos kilómetros y no podía verla?

—Quita esa cara de pez mustio y toca el timbre —me ordenó Héctor.

—¿De casa de sus padres?

—¿Qué tienes, quince años? Llamas, le dices que eres un amigo y listo. Vamos, que no es tan difícil.

Hice lo que Héctor me dijo y di gracias a que la casa de los padres de Victoria estuviera lejos del centro. Porque salir del coche, llamar a una puerta y esperar a que me abrieran en un lugar concurrido hubiera sido impensable.

Me abrió una mujer menuda con unos ojos del mismo color que los de Victoria. Supe que se trataba de su madre.

—Buenos días. Venía a ver a Victoria —murmuré un poco cohibido.

—Hola, muchacho. Pero no te quedes en la puerta, pasa. —La mujer me agarró del brazo y me metió dentro.

—Perdone, pero es que he venido con un amigo...

—Perfecto. Pues dile que entre también.

Salí a buscar a Héctor. Y este se rio a carcajadas al ver mi apuro. Me había presentado en casa de los padres de Victoria y no sabía si a ella iba a

gustarle aquello.

Cuando regresé a la puerta con Héctor, la mujer continuaba allí.

—Pasad al salón, estamos todos allí.

Un escalofrío me recorrió. ¿Qué quería decir con «todos»? Lo descubrí en cuanto entramos. Alrededor de la mesa de aquella estancia había sentadas siete personas y con su madre eran ocho; por lo visto acabábamos de interrumpir una reunión familiar.

—Leo, ¿qué haces aquí? —preguntó Victoria con asombro, y esa misma pregunta me hacía yo, una y otra vez.

—No seas maleducada, niña —la reprendió su madre.

—Perdón, mamá. Ellos son Leo y Héctor, unos amigos. —Victoria hizo las presentaciones y así conocimos al resto de sus hermanos, a su amiga Aitana y a sus padres.

—Pero, Victoria, invita a tus amigos a comer, que hay comida de sobra —insistió su madre.

—Muchas gracias, señora, pero no querríamos... —intenté disculparme.

—Habla por ti, amigo. Con el olor tan maravilloso que desprenden esos platos, no quiero ni imaginar lo buenísima que estará la comida que ha preparado, señora. —Y así era como mi amigo se metía a las mujeres en el bolsillo. Ya tenía a la madre de Victoria haciéndole ojitos.

—Ay, muchacho, llámame Carmen. —Lo dicho, la tenía en el bote.

—A mí puedes continuar llamándome señor —bromeó el padre. O tal vez no.

Héctor hizo una especie de saludo militar al padre. Se acercó a la mujer y le dio un beso en la mejilla, lo que hizo que se sonrojara (no pude evitar poner los ojos en blanco). Después cogió una de las sillas que había libres y se hizo un hueco entre Jimena y Darío.

Cuando se lo proponía tenía más morro que nadie. Yo continué allí, de pie, sin saber qué hacer. Menos mal que Victoria vino a buscarme.

—Siento mucho haberme presentado así, no sabía que teníais reunión familiar —me excusé.

—No te preocupes. Es el cumpleaños de mi padre. —Encima nos habíamos colado en un cumpleaños—. Respira, Leo, que no pasa nada. —Y la sonrisa que acompañó a esa frase me ayudó a relajarme.

Victoria puso una silla entre la de José y la de ella y yo me senté allí. Aunque al principio estuve muy cortado, poco a poco logré relajarme y sonreír ante las conversaciones y las bromas que se gastaban unos a otros. No obstante, seguía dándome la sensación de que nos habíamos colado donde no debíamos.

Cuando observé a mi amigo, que estaba sentado justo frente a mí, no pude evitar sentir cierta envidia. Se le veía tan relajado.... Todo lo contrario a Jimena, que parecía más tensa que nunca, y eso era mucho decir.

—Hermanita, no has soltado palabra en toda la comida. El palo que llevas metido por el culo te ha llegado a la boca —bromeó José, y Héctor disimuló la risa tosiendo.

—José, deja tranquila a tu hermana y tengamos la fiesta en paz.

—No te preocupes, mamá. Hace tiempo que lo dejé por imposible. Si alguna vez madura y decide comportarse como un hombre, quizá me tome en serio alguno de sus comentarios. Que un niño inmaduro y con la inteligencia emocional de una ameba me insulte no me afecta lo más mínimo —sentenció Jimena, y esa vez fue Rocío quien rio.

—Aitana, ¿qué tal te fue anoche con tu cita? —preguntó Carmen en un intento de desviar la conversación.

—¿¿Qué cita?! —quiso saber Darío girando el cuello de golpe hacia ella.

—Bien, Carmen. Era un chico muy dulce, gracias por presentármelo —respondió Aitana con una agradable sonrisa e ignorando por completo a Darío.

—Esperad un momento. Mamá, ¿le has presentado un tío a Aitana para que salga con él? —Darío parecía perplejo.

—Madre mía, hijo, ni que fuera algo extraño. No es la primera vez que lo hago. —En cuanto oyó aquello, me compadecí de él. El pobre se había quedado lívido—. Aitana es una mujer preciosa y mis amigas tienen unos cuantos hijos solteros, así que puede ir probando hasta que encuentre el que más le guste. —Aunque no lo creí posible, Darío aún perdió más color.

Jimena se levantó de golpe, haciendo que su silla se cayera hacia atrás, y yo entrecerré los ojos para mirar a mi amigo. Por la cara que este puso de no haber roto un plato en su vida, supe que esa reacción desmedida había sido culpa suya.

—¿Te pasa algo, hija? —preguntó el padre entrecerrando los ojos.

—Nada, papá, solo que necesito ir al baño.

Jimena se encaminó hacia el lavabo y Héctor la siguió con la mirada ensanchando la sonrisa. Aunque se le borró de golpe cuando el padre clavó los ojos en mi amigo como si se hubiese percatado perfectamente de lo ocurrido.

—Hermanita, a ver si al cagar te deshaces del palo —gritó José, que no vio venir la colleja de Carmen—. ¡Ay, mamá!

—Deja a tu hermana en paz.

—Mamá, debes reconocer que es una estirada.

—También podría decir muchas cosas de ti y sin embargo me las callo.

—¿Quién quiere repetir? —intervino el padre con la intención de desviar la conversación.

El resto del tiempo pasó más o menos en la misma tónica. Yo contemplaba a unos y a otros sin evitar sonreír y ellos no dejaban de chincharse.

Al haberme criado sin hermanos, ese alboroto, las pullas y la complicidad que había entre todos me tenían fascinado.

A pesar de lo incómodo que me sentí al llegar, acabé pasándolo genial. La familia de Victoria nos acogió y nos trató fenomenal. Y, aunque me hubiera encantado pasar ese tiempo a solas con ella, no me arrepentí de haber ido.

OceanofPDF.com

28. Voy a echarte de menos

Victoria

No podía creer que Leo estuviera en la puerta del salón de casa de mis padres.

Me supo mal notarlo tan cortado, al pobre se le veía completamente fuera de lugar. Me hubiera encantado explicarle que, siendo tantos, pocas veces comíamos solos. Casi en todas las celebraciones desde que éramos niños algún amigo nuestro acababa siendo invitado por mi madre, a quien, a pesar de tener un montón de hijos, le encantaba contar con invitados.

Por eso no nos extrañó a ninguno que hiciera lo mismo con Héctor y con Leo.

La comida fue muy parecida a como hubiese sido si no hubieran estado presentes ellos dos. Mi familia no era precisamente de las que se contenía cuando tenía espectadores.

Después de que mi padre soplara las velas y de comernos el pastel que había hecho mi madre y que estaba delicioso, me excusé para poder salir un rato al jardín con Leo y pasar un tiempo a solas antes de que se marchara.

Me supo mal dejar a Héctor dentro, pero a él no pareció molestarle lo más mínimo. No dejaba de incordiar a mi hermana Jimena y me daba la sensación de que estaba en su salsa.

Una vez que estuvimos en el jardín que mis padres tenían en la parte de atrás, nos sentamos en uno de los bancos en los que daba la sombra.

—Victoria, siento haberme presentado sin avisar. Quería darte una sorpresa, pero me ha salido fatal.

—A mí me ha sabido mal por vosotros. Si hubieras venido cualquier otro día, no habría tenido problema en excusarme, pero siendo el

cumpleaños de mi padre...

—Es que no he podido ser más inoportuno —se lamentó.

—Que no pasa nada, de verdad. —Le agarré la mano y se la apreté.

—Tienes una familia estupenda.

—Bueno, si tú lo dices... Está claro que no nos aburrimos.

—No, eso seguro que no. ¿Aitana siempre se apunta a las comidas familiares? —preguntó con curiosidad.

—Mi amiga lleva viniendo aquí desde que éramos unas niñas. Su padre tuvo una enfermedad degenerativa que lo postró en una cama y su madre tenía que trabajar un montón de horas fuera de casa, y al regresar debía encargarse de él. Cuando salíamos del colegio, Aitana pasaba la mayoría de las tardes en mi casa. Y, cuando fuimos adultas y su padre falleció, su madre se fue a vivir al pueblo, por lo que la mía cuenta con ella para todo lo que mi familia hace.

—Y, por lo que he podido comprobar, creo que seguirá formando parte de ella, porque tu hermano Darío está coladito por tu amiga.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—No hace falta ser demasiado observador.

Leo había empezado a acariciarme la palma de la mano, haciendo que un cosquilleo recorriera mi cuerpo.

—Victoria —pronunció mi nombre con la voz ronca—, me muero por besarte desde que he entrado en casa de tus padres.

—¿Y a qué estás esperando?

—No creo que aquí sea...

No lo dejé terminar y fui yo quien lo besé.

No quería pensar en cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera volver a hacerlo y mucho menos asumir que posiblemente esa sería la última vez.

Me negaba a continuar dándole vueltas a todo; sin embargo, no pude evitarlo. Leo iba a marcharse y no lo vería durante los siguientes meses. Si

lleváramos más tiempo juntos o si nuestra relación fuera más seria, quizá la distancia y el tiempo no resultarían un obstáculo, pero en nuestro caso los dos sabíamos que lo era.

Cuando nos separamos un poco y nuestras respiraciones se calmaron, él fue el primero en hablar.

—Voy a echarte de menos.

Nunca una frase que no contuviera la palabra «adiós» me había sonado más a despedida.

OceanofPDF.com

Un par de meses más tarde

OceanofPDF.com

29. Acabará pasando

Victoria

Esa noche salíamos a cenar a Palocortado, un restaurante que solíamos frecuentar. Iríamos todos mis hermanos y Aitana, por supuesto. También aprovecharíamos para conocer al nuevo novio de mi hermana Rocío. Había perdido la cuenta de a cuántas parejas nos había presentado, y es que no le duraban demasiado.

Estaba terminando de peinarme cuando José entró en mi cuarto.

—¿Por qué no vas a molestar a Rocío y me dejas a mí en paz? —me quejé.

—Rocío no está en casa. Va directamente con Dani. —Me giré a mirarlo porque pareció escupir el nombre del novio de nuestra hermana y eso me puso en alerta.

—¿Lo conoces? No me digas que es como el último, por favor. —El anterior novio de Rocío resultó ser un impresentable, jamás entendí qué había visto mi hermana en él.

—No, no tengo ni idea de quién es —casi gruñó.

—Entiendo que Rocío es la pequeña y que todos tenemos muy desarrollado nuestro instinto de protección hacia ella, pero esta noche intenta no ser desagradable.

—¿Estás lista o me voy solo? —refunfuñó mientras salía de mi cuarto.

Cogí el bolso y lo seguí. No pude evitar mirar el móvil antes de guardarlo dentro, Leo me había llamado un par de veces. Desde que se fue, se acabó lo de hablar todas las noches, puesto que siempre tenía poco tiempo, y la situación entre nosotros cada vez se enfriaba más. Suspiré. Pensaba que, después de que Luis me dejara tras estar diez años con él, lo

que pasara con Leo no iba a afectarme, pero me equivoqué. Era absurdo porque, aunque el tiempo que estuvimos juntos resultó intenso, no fue demasiado; sin embargo, no lograba evitar que doliera. Se trataba de algo contra lo que no podía hacer nada porque, por mucho que me empeñara en no pensar en él, no lo conseguía.

Mi hermano aparcó bastante cerca del restaurante y, como siempre, llegamos los últimos.

Rocío nos presentó a Dani, que resultó ser un tío guapísimo. En cuanto le di dos besos mis ojos se desviaron hacia Aitana y levanté una ceja, ella me correspondió bizqueando. Por supuesto, no fui capaz de callarme.

—Hay que reconocer el buen gusto que tiene mi hermana —solté, volviendo a centrar mis ojos en Dani.

—Sí, sí, sí —secundó con entusiasmo Aitana, ganándose una mirada asesina por parte de Darío.

—Muchas gracias —respondió el aludido, algo azorado. Pobrecito mío, no tenía ni idea de dónde se había metido.

—¿No podéis ser un poquito más discretas? —nos regañó Jimena.

—Con esa pregunta lo único que entiendo es que tú también lo has pensado, solo que no lo has dicho.

Mi hermana puso los ojos en blanco y yo fui a sentarme al lado de Aitana, pero José se me adelantó. Así que tuve que hacerlo en el único sitio que quedaba libre, entre Dani y Jimena.

Mientras esperaba a que llegaran los platos, me levanté para ir al baño y, justo cuando entraba, me crucé con él.

—¡Hola, Victoria! Estás guapísima.

Él también estaba muy guapo.

—Hola, Luis. ¿Qué tal?

—Bien, he venido a cenar con Andrés y con Toni. Pásate a saludarlos, me han preguntado varias veces por ti.

Hacía mucho que no los veía, así que cuando salí del baño me acerqué a la mesa donde estaban.

—Mirad a quién me he encontrado por ahí —dijo Luis.

—Hostia, Victoria, cuánto tiempo sin verte —exclamó Andrés dándome un abrazo.

Luis puso una silla a la mesa para que pudiera sentarme.

—Tengo que irme —me excusé.

—No pasa nada por cinco minutos —aclaró Luis.

Sin embargo, los cinco minutos se alargaron y tuve que levantarme para avisar a mis hermanos de que estaba en otra mesa. A ninguno pareció hacerle mucha gracia que los dejara para ir con mi ex, pero yo me sentía realmente a gusto. Había olvidado lo bien que lo pasaba con ellos.

Sabéis lo que es la ley de Murphy y en qué consiste, ¿verdad? Pues eso... Justo en ese momento mi teléfono sonó y supe que se trataba de él.

Lo saqué del bolso y me percaté de que Luis vio el nombre de quien llamaba, aunque me dio bastante igual. Podía llamarme quien quisiera. Al fin y al cabo, fue él quien me dejó, ¿no?

—¡Hola! —saludó Leo.

—¿Qué tal?

—Acabo de terminar un concierto y ha sido espectacular, me hubiera encantado que...

—Un segundo, Leo.

Me levanté de la mesa para buscar un poco de intimidad.

—Enseguida vuelvo —dije excusándome.

—No tardes mucho, que ahora viene lo mejor —comentó Andrés, pues estaba explicando una anécdota muy divertida.

—Además de que te echaremos de menos. —Ese fue Luis, y tuve claro que su única intención fue que Leo lo oyera.

Salí del restaurante y caminé por los alrededores. Estaba situado al lado de la catedral y las vistas eran bonitas.

—Hola —saludé—. ¿Qué me decías del concierto?

—Nada importante, que ha estado genial. —Su voz había perdido la euforia de hacía unos instantes—. Victoria, ya te llamaré otro día, es innegable que te he pillado en un mal momento.

—Me he encontrado a Luis en un restaurante y...

—Luis.

—Y me he sentado con...

—No hace falta que me des ninguna explicación. Los dos sabíamos que esto podría suceder.

—¡Pero si no ha pasado nada! —exclamé con indignación.

—Acabará pasando. Él está ahí y yo a un montón de kilómetros de distancia.

—También puedo estar sola, ¿sabes? —aclaré a la defensiva.

—Sí, también —respondió poco convencido—. Victoria, tengo que dejarte, Héctor me está esperando. Cuídate mucho.

—Igualmente.

Y aquello sí sonó a despedida.

30. Deja de jugar conmigo

Darío

Esa semana trabajaba de tarde y no había coincidido con Aitana ni un solo día. El último que la vi fue cuando celebramos el cumpleaños de mi padre, e incluso ese día no me prestó la menor atención. Sabía que estaba evitándome, porque ella siempre me esperaba para cenar juntos. Eso, o que empezaba a pasar de mí, cosa que no descartaba.

A la mañana siguiente de meterla en la cama, ella se disculpó por lo que fuera que hubiera hecho. Dijo que no recordaba mucho y yo me quedé mirándola con cara de imbécil porque no podía quitarme de la cabeza su imagen en ropa interior.

Lo peor de todo era que nunca me había percatado de lo pequeños que eran los pijamas con los que se paseaba por casa. ¿Siempre había utilizado los mismos o solo estaba intentando torturarme?

Así que esa mañana, cuando la vi entrar en la cocina medio dormida y con uno de esos infernales pijamas, mi cuerpo reaccionó antes que yo.

—¿Hay café hecho? —preguntó sin siquiera saludar. Llevaba tiempo viviendo con ella y sabía que lo primero que hacía Aitana era tomarse su café.

—En la cafetera. Acabo de hacerlo —aclaré.

—Mmm..., gracias —ronroneó, y, joder, cómo deseé que esas palabras las hubiera dicho en otro contexto, en otro lugar.

Cuando casi había terminado su café, habló.

—Esta noche hay cena con tus hermanos, pero no sé si podré ir.

—Tú nunca faltas a esas cenas. —Y, a pesar de no ser mi intención, la manera de decirlo sonó a acusación.

—Ya... Bueno, quizá tengas razón. Hablaré con Enrique y quedaré otro día con él.

—Parece que te gusta —mascullé.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, que has quedado ya varias veces con él. A los otros tíos con los que has salido los has dejado antes de que la cosa se volviera más seria.

—Tal vez esté en otro punto de mi vida.

—No te entiendo.

—Que puede ser que haya decidido pasar página y dejar atrás cosas y personas que no van a llevarme a ningún lado.

—Avanzar siempre está bien —dije con un nudo en la garganta.

—Pues eso...

Alargué la mano para acariciar la suya, pero, en cuanto ella notó el roce, la retiró.

—Aunque otras veces es mejor lo que tenías que algo nuevo. Más vale malo conocido que bueno por conocer —sugerí.

—Permíteme dudarlo. De todas maneras, yo no tenía nada con nadie, era y soy una persona libre, como tú.

—Sí, yo hace mucho que no tengo una relación —aclaré.

—Pero no te han faltado mujeres para calentar tu cama. Y eso es justo lo que pretendo hacer yo.

—No te sigo. —La seguía perfectamente.

—Que ha llegado el momento de que me desmelene un poco. Mira, Darío, vamos a poner las cartas sobre la mesa porque es absurdo hablar así. Los dos sabemos que llevo media vida suspirando por ti. He tenido que tragar con muchas cosas hasta darme cuenta de que tú no vas a corresponderme nunca. Para ti solo soy la amiga de tu hermana pequeña...

—Yo... —la interrumpí.

—No. Déjame terminar. He llorado mucho. Te he querido tanto que dolía y te he deseado en mi cama tantas veces que no soy capaz ni de contarlas, pero eso se acabó. No puedo hipotecar mi vida por alguien que no siente lo mismo que yo. Y, por supuesto, no te culpo, todo esto no te lo digo para hacerte sentir culpable; eso y que me tengas lástima es lo último que quiero. Solo te lo cuento para que lo sepas y porque a partir de ahora voy a dejar de ser la mojigata que era. Ha llegado mi momento y pienso aprovecharlo.

Dicho esto, dio media vuelta y se marchó, dejándome completamente perplejo y con una extraña sensación de pérdida.

Esa noche, después de oír el énfasis con el que Aitana alababa al nuevo novio de Rocío supe que debía hablar con ella. Era obvio que tenía muy claro lo que quería e iba a llevarlo a cabo. Pero, ¡joder!, yo vivía con ella e iba a tener que ver pasar a una sucesión de tíos por mi casa y por su cama. Solo de pensarlo me entraba un sudor frío...

Fue al llegar al local de copas cuando vi la oportunidad. Aproveché que se acercó un momento a la barra para ir junto a ella.

—Aitana, quiero hablar contigo.

—Soy toda oídos.

—Aquí no. —La música estaba demasiado alta y me negaba a hablar a gritos. Eso sin contar que quería algo más de intimidad.

La cogí de la mano y la llevé a uno de los pasillos de los baños. La apoyé en una pared que quedaba especialmente escondida y poco iluminada.

—Quería hablar de lo que me has explicado esta mañana. No he tenido oportunidad de replicar, ya que te has marchado antes de que lo hiciera.

—No esperaba que dijeras nada.

—Ya, pero es que tengo algo que decir. ¿Qué pasaría si yo te aclarara que empiezo a sentir cosas por ti?

Esperaba muchas cosas. Muchas. Aunque la sonora carcajada que se le escapó a Aitana no era una de ellas.

—Ay, Darío. Cómo sois los tíos. Toda una vida detrás de ti y justo ahora que te digo que quiero pasar página y estar con otros te das cuenta de que sientes algo por mí, ¿de verdad?

Dicho así sonaba mal, para qué engañarnos.

—No es eso lo que quiero decir...

—¿Sabes?, me da igual lo que tú quieras ahora. Haberlo pensado antes.

Iba a marcharse y no podía hacer nada por retenerla. ¿O tal vez sí?

No lo pensé. La acorralé contra la pared y la besé. En un principio se quedó algo parada, pero después respondió al beso y yo respiré aliviado. No fue un beso suave, fue duro, pasional y perfecto. Jamás imaginé que Aitana besara de esa manera.

Aun así, mucho antes de lo que me hubiese gustado ella se apartó poniéndole fin.

La miré a los ojos algo desconcertado y me quedé paralizado cuando vi que estaba a punto de echarse a llorar. Quise abrazarla. Muy fuerte.

—No vuelvas a hacer eso nunca más. Deja de jugar conmigo. Por favor.

—Las últimas palabras fueron un ruego. Y yo me sentí fatal.

La vi marcharse sabiendo que nunca habíamos estado más alejados que en esos momentos.

31. No lo sabes a ciencia cierta

Victoria

Me levanté con resaca, no tanta como la última vez que salí con José, pero sí la suficiente como para necesitar un ibuprofeno.

Fui a la cocina, me lo tomé y después recé para que el baño estuviera libre y poder darme una ducha.

Mis hermanos aún dormían, así que tuve suerte. Estaba secándome cuando mi teléfono empezó a sonar. Me lo había dejado en mi cuarto, así que me lie una toalla y fue hacia allí.

Era Luis.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal la resaca?

—Mejor que otras veces, no voy a engañarte.

—Me aseguré de que no mezclaras durante toda la cena. Te sienta fatal.

—¿Querías algo? —No era por sonar brusca, pero el pelo me estaba chorreando y quería secármelo.

—Sí, Andrés celebra una barbacoa en su casa y me ha pedido que te llame por si te apetece venir.

—No creo que sea buena idea... —Era una idea nefasta.

—¿Por qué? Irán todos y tienen ganas de verte.

—Si tuvieran tantas ganas me habrían llamado para quedar, y, francamente, debo acostumbrarme a estar lejos de ti.

—Sí, de eso quería hablarte. Pero no quiero hacerlo por teléfono. Vente a comer y luego damos una vuelta y charlamos.

Sabía que lo mejor era negarme, intuía lo que Luis quería decirme y no sabía si realmente era lo que yo deseaba. En cambio, acepté la propuesta. Había algo que me hacía volver a él, a pesar de haberme dejado. Era como

si aún pudiera salvar lo nuestro, como si necesitara confirmar que el haberme apartado de su vida fue un error por su parte.

—De acuerdo —dije finalmente, aunque no pude evitar que la imagen de Leo se cruzara en mis pensamientos.

—Perfecto. Te paso a buscar en un par de horas.

—Hasta entonces.

—Adiós, cariño. —Y ese apelativo cariñoso me mató un poco.

Estaba a punto de levantarme cuando el teléfono volvió a sonar. Creí que se trataba de Luis, que se había olvidado de decirme algo, pero me equivoqué.

Era Aitana.

—Con la que pillaste anoche, creí que dormirías hasta mañana —le solté en cuanto descolgó.

—Cállate, que no sé por qué me dejas beber tanto si sabes que me sienta fatal.

—¡¿Yo?! Pero si eras tú la que parecía que ibas a morir de deshidratación.

—Llegué a casa fatal y a las tantas, menos mal que tu hermano ya dormía.

—Ni que fuera tu padre.

—No es por eso... Es porque anoche me besó. —Ahí ya tenía toda todita mi atención, por lo que me quedé muda—. Victoria, ¿me has oído? —añadió, supongo que para comprobar que seguía al teléfono.

—Sí, pero no sé qué decirte. Me hace mucha ilusión que vayas a ser mi cuñada, qué quieres que te diga.

—Lo que quiero es que dejes de decir chorradas. Eso lo primero. Y lo segundo es que el único motivo por el que tu hermano me ha besado es porque le he dicho que paso de él. Es como el perro del hortelano; ni come ni deja comer.

—¿Le has dicho eso? —Teniendo en cuenta que Aitana jamás le había confesado a Darío lo que sentía por él, estaba perpleja con que le aclarase que había pasado página.

—Sí, le dije que iba a empezar a comportarme como él y a acostarme con quien me viniera en gana.

—Haces bien, pero eso no quita que yo esté convencida de que mi hermano siente algo por ti, lo que pasa es que quizá no se ha dado cuenta hasta que ha visto que te perdía.

—Pues ahora que se joda. —Aitana debía de estar bastante mosqueada para hablar así. A mí me entraron ganas de aplaudir, la verdad—. Lo que no puedo hacer es parar mi vida por él cuando se ha pasado años sin siquiera darse cuenta de que existo.

—Créeme, mi hermano es muy consciente de tu presencia en todo momento. —Últimamente lo había observado y jamás perdía de vista a mi amiga.

—Sí, ya. Oye, cambiando de tema, ¿tú qué tal con Luis? Porque no estuviste casi en la cena.

—Bien, justo acaba de llamarme, quiere hablar conmigo.

—Ajá.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté, a la defensiva.

—Nada, ya eres mayorcita para saber lo que haces. Solo voy a decirte algo: nunca te había visto tan contenta como cuando volviste de la semana que pasaste con Leo.

—Sí, pero debo ser realista. Leo está en una gira que durará meses. Él dice que es egoísta por su parte pedirme que lo espere, sin embargo, las dos sabemos lo que hacen los cantantes en esas giras.

—No lo sabes a ciencia cierta.

—Yo podría decir lo mismo de los sentimientos de mi hermano hacia ti.

—Vale, vamos a dejarlo estar y que pase lo que tenga que pasar.

Frases como esa nunca presagian nada bueno.

OceanofPDF.com

32. La conversación de WhatsApp

Leo

Abrí la puerta de mi habitación arrastrando los pies. Casi no recordaba en qué ciudad estábamos ni a dónde nos dirigíamos.

—Parece que te haya pasado un camión por encima —comentó Héctor al verme.

—Me siento exactamente así.

—Pues espabila, que tenemos que irnos.

—Ya tengo la maleta hecha. Lo que no entiendo es cómo puedes estar tan fresco. Porque yo aprovecho todas las horas que tenemos libres para dormir, pero tú...

—Yo las utilizo para hacer otras cosas mucho más interesantes. —Y la expresión que puso al decir eso era uno de los motivos por los que muchas mujeres suspiraban por él.

—Está claro. ¿Qué tal anoche? Te vi marcharte con una chica preciosa.

—Bien, como siempre. Lo bueno de las giras es que son polvos sin compromiso, ya que en dos días nos vamos a otro sitio.

—Y luego soy yo quien tiene la fama...

—Eso no lo he entendido nunca, pues pareces un puto monje.

—Tampoco te pases —me quejé.

—No haces otra cosa que suspirar por ella. Ya queda menos para terminar. Cuando regresemos, la llamas y os dais un buen meneo.

—Me da la sensación de que cuando volvamos ella ya no estará disponible.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene toda la pinta de que va a volver con su ex.

—¿Con el que la dejó porque necesitaba tiempo? —se extrañó.

—El mismo.

—Menudo gilipollas.

No iba a ser yo quien le rebatiera eso. Tenía claro que algo así podía pasar. Victoria y yo habíamos tenido una aventura cuando la ruptura con Luis aún estaba muy reciente. Yo sabía dónde me metía, pero eso no quería decir que escociera menos.

—Te espero abajo —se despidió Héctor.

Repasé la habitación, a fin de no dejarme nada, y comprobé que aún faltaban quince minutos para marcharnos. Calculé la hora que sería en España para asegurarme de que Victoria viera el mensaje que iba a escribirle y se lo mandé. Sabía que podía hacerlo incluso aunque estuviera durmiendo, pero no me gustaba esperar su respuesta durante horas.

Yo:

Hola, Victoria. Sé que nuestra última conversación no fue demasiado buena, pero no puedo evitar escribirte. Me gusta hablar contigo. En realidad, me gustas tú, pero eso ya lo sabes.

Era la primera vez que le decía abiertamente que me gustaba y contuve la respiración esperando su respuesta. Esta llegó con rapidez.

Victoria:

A mí también me gustas, pero todo esto es complicado.

La primera parte me animó, sin embargo, la segunda volvió a sumirme en el desánimo.

Yo:

Lo sé. Me hubiera encantado conocerte no estando de gira, habríamos tenido mucho más tiempo para pasarlo juntos.

Victoria:

Si no hubieras estado de gira, no nos habríamos conocido.

Yo:

Eso es verdad.

Victoria:

Quería llamarte, pero no sabía cuándo hacerlo. Ayer Luis me pidió que volviera con él.

Se me erizó el vello de la nuca. Sabía que algo así pasaría tarde o temprano y pensé que estaría preparado. No lo estaba.

Yo:

¿Y qué le has contestado?

Victoria:

Que sí.

Yo:

Entonces no tenemos nada más que hablar. Deseo de corazón que esta vez sí se dé cuenta de la maravillosa mujer que eres y sepa valorarte como mereces.

Victoria:

Me hubiese gustado hablar contigo cara a cara y no hacerlo por WhatsApp.

Yo:

El resultado es el mismo. Cuídate mucho, Victoria.

Victoria:

Igualmente, Leo.

Se acabó. Se terminó casi antes de empezar. Me senté en la cama y metí la cabeza entre mis manos. Que ese tío se percatara de lo que había dejado escapar era solo cuestión de tiempo, si bien me hubiera gustado estar allí para tener más opciones.

Me levanté y salí de la habitación con la cabeza gacha. Al llegar abajo, Héctor, como buen jefe de seguridad que era, no tuvo más que mirarme para saber que algo me pasaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Ha vuelto con él —anuncié, y sabía que mi amigo iba a entender a qué me refería.

—Vaya, el capullo no ha perdido el tiempo.

—No, no lo ha hecho. Aunque lo entiendo, yo hubiera actuado igual. Lo ilógico era que la dejara escapar.

—Bueno, ese tío no debe de ser muy espabilado, teniendo en cuenta que ya la ha dejado una vez.

—Sí, en eso llevas razón.

—Tenías muy claro que esto pasaría.

—Sí, pero eso no quiere decir que no me joda.

—Imagino.

—¿Nos vamos? —pedí cambiando de tema, no quería continuar hablando de ella.

Si la gira se me había hecho larga desde que empezó, a partir de ese momento resultó eterna.

33. Siempre ha sido así

Victoria

La conversación con Leo me dejó tocada. Me hubiese gustado sentarme con él en un bar y poder explicarle cómo me sentía y el motivo por el que terminé tomando aquella decisión, aunque probablemente eso hubiese sido mucho más difícil.

Tuve claro desde el principio que con Leo lo único que podría tener sería una aventura. Sin embargo, él resultó no ser tal y como yo pensaba y quizá, si las cosas fueran de otra manera, hubiéramos tenido alguna oportunidad.

Aunque la realidad era que esa noche había quedado para cenar con Luis en lo que sería nuestra primera cita desde que volvimos.

Me arreglé con esmero, pues, a pesar de que aún continuaba algo resentida con él, en el momento que decidí volver lo hice porque de verdad pensé que podríamos tener otra oportunidad.

Cuando estuve lista salí de mi cuarto y me topé con José en el pasillo.

—¿Adónde vas tan guapa, hermanita?

—He quedado con Luis. —Aún no les había explicado a mis hermanos la decisión que había tomado.

—¿Para qué? —preguntó extrañado.

—He decidido volver con él.

—Sabes que yo no soy de meterme en la vida privada de nadie y mucho menos de dar consejos, pero eres gilipollas.

—Sí, ya lo veo. Muchas gracias. Por cierto...

—No hay de qué.

Y sin decir nada más se metió en su cuarto y cerró la puerta tras de sí, dejándome con la palabra en la boca.

Yo salí y esperé a Luis en la calle.

En cuanto el coche paró fui directa hacia él. Lo último que quería era que entrara en mi casa. Tampoco les había comentado nada a mis padres y no me apetecía tener que dar explicaciones en esos momentos.

—Estás preciosa. —Hacía mucho tiempo que Luis no me decía algo así y me resultó extraño y algo forzado.

—Gracias. ¿Adónde vamos? —Insistió en que sería una sorpresa y no tenía ni idea de dónde me llevaba.

—Ya lo verás.

Media hora después estaba sentada en el bar donde íbamos casi todas las semanas durante el tiempo que estuvimos juntos. Un bajón importante se apoderó de mí. No era exactamente eso lo que imaginaba cuando me comentó que se trataba de una sorpresa.

—Me ha parecido bonito venir aquí. Es un sitio muy nuestro.

—Ajá. —Fue todo lo que dije a modo de respuesta.

No me extrañó cuando, al acabar de pedir, coincidimos con unos amigos nuestros que acabaron sentados a nuestra mesa. A pesar de que lo pasé bien, me daba la sensación de que Luis y yo estábamos mejor cuando había más gente a nuestro alrededor.

Dos horas más tarde, cuando salíamos de allí y caminábamos hacia el coche, él dijo algo que me desconcertó.

—Lo he pasado genial, me ha encantado cenar contigo.

—Bueno, en realidad, no es que haya sido una cena muy íntima.

—Como todas nuestras salidas. Somos una pareja muy social y nos gusta estar con gente. Siempre ha sido así.

Me paré a pensar que tenía razón. No lograba recordar la última vez que Luis y yo habíamos hecho algo solos, a no ser que fuera en nuestro piso.

El momento raro de la noche llegó cuando detuvo el coche frente a la casa de mis padres y se acercó a mí para besarme. Él y yo nos habíamos besado infinidad de veces a lo largo de todo el tiempo que estuvimos juntos, no lograba entender por qué aquel beso me resultó tan diferente.

Supuse que porque después de que me dejara di por hecho que no volveríamos a hacerlo, o quizá porque yo había estado toda la noche tensa, como si debiera demostrarle algo a Luis o a mí misma. La cuestión fue que cuando nuestros labios se juntaron no sentí absolutamente nada.

Era normal, Luis y yo no acabábamos de conocernos, no podía pedir que sus besos despertaran cosas en mí como me había pasado con Leo. Todo el mundo sabe que el inicio de una relación es diferente y que a medida que pasan los años se enfría.

Entonces, ¿por qué me sentía así? ¿Por qué de lo único que tenía ganas era de irme de allí y encerrarme en mi habitación? ¿Y por qué no lograba quitar la imagen de Leo de mi cabeza?

Un mes y medio después

OceanofPDF.com

34. La decisión

Victoria

Me había equivocado, de sabios era reconocerlo. Sin embargo, eso no hacía que la cagada fuera menor.

Después de los primeros días junto a Luis supe que algo no iba bien, pero decidí concedernos más tiempo y no ser yo la que tomara decisiones precipitadas. Debíamos volver a encajar y era difícil hacerlo tan deprisa. No obstante, cuando pasaron unas semanas me percaté de que todo volvía a ser como antes de que me dejara. Y eso, que a simple vista puede parecer bueno, no lo era.

Porque, a pesar de que todo resultaba igual, quien había cambiado era yo. No se trataba de que fuera a echarle en cara cada dos por tres que después de diez años me pidió tiempo para hacer lo que quisiera, pero algo en mí se había roto y no sabía de qué manera arreglarlo. No me apetecía pasar tantas horas junto a él como antes y mucho menos volver a irnos a vivir juntos.

En esos momentos la que necesitaba tiempo e ir poco a poco era yo. Algo que por lo visto Luis no entendía.

Lo peor de todo no era eso, sino que no lograba olvidar a Leo, y eso sí que era absurdo, porque prácticamente no nos conocíamos y un hombre como él ya estaría prendado de cualquier otra mujer.

Esa noche Luis y yo estábamos cenando en uno de nuestros restaurantes favoritos y, por primera vez desde que habíamos vuelto, lo hacíamos solos.

—No tenemos veinte años para estar montándonoslo en el coche. Necesitamos un sitio donde vivir —volvió a presionarme, y me entraron ganas de decirle que se lo hubiese pensado antes de dejar el precioso piso

que teníamos. En cambio, decidí callarme porque una vez más pensé que cuando tomé la decisión de volver con él lo hice con la intención de no echarle nada en cara.

—No he dicho que no nos vayamos a vivir juntos, solo te estoy diciendo que deberíamos tomárnoslo con calma.

—Llevamos juntos diez años, y es una buena oportunidad.

Su tío alquilaba un piso en el centro que estaba muy bien y que nos dejaba por buen precio, el problema era que había que darle una respuesta cuanto antes.

—Ni quiero ni puedo tomar una decisión así en dos días.

—Joder, Victoria, parece que acabemos de empezar a salir. Con lo poco que te piensas otras cosas y a esta le vas a dar mil vueltas.

Empezaba a notar una presión en el pecho. No encontraba las palabras adecuadas para decirle que no me quería ir a vivir con él, por lo menos no tan rápido. Bueno, podía decírselo así, pero no me apetecía que se lo tomara a mal y que termináramos enfadados.

—Habrá más oportunidades de alquilar algo, vamos a esperar unos meses.

—¿Unos meses?! Yo no voy a aguantar unos meses.

La presión en el pecho se intensificó y noté que me costaba respirar.

—Mira, le voy a decir a mi tío que me lo guarde, yo me iré a vivir y tú podrás pasar allí algunas noches, hasta que te decidas a mudarte del todo. No puedo continuar viviendo en casa de mis padres.

Y ahí estaba la razón por la que tenía tanta prisa por alquilar el piso. No era porque quisiera volver a vivir conmigo, simplemente quería salir de casa de sus padres y, aunque en cierta manera lo entendía, tenía claro que no podíamos tomar una decisión como aquella por ese motivo.

—Conmigo no cuentas para pagar la mitad del alquiler hasta que no esté viviendo en él. —En ese punto me mantuve firme. Quería ahorrar algo de

dinero. Cuando Luis me dejó, me di cuenta de que no podía irme a vivir a ningún piso de alquiler porque no tenía ni para pagar la fianza. Y no lograría hacerlo si debía pagar la mitad del alquiler.

—Pero yo no puedo hacerme cargo solo de un alquiler como ese.

—Lo que nos lleva al punto de partida; esperarnos unos meses —insistí.

—Vamos, Victoria, estás siendo muy terca. ¿Todo esto es para castigarme por haberte dejado?

—No, todo esto es porque no quiero que sigas presionándome, porque quiero ir despacio, porque el que está siendo obstinado eres tú.

De pronto noté que me ahogaba y que un fuerte dolor presionaba mi pecho. ¡Joder, iba a darme un infarto! —Como podéis comprobar, hay veces que a dramática no me gana nadie.

Luis se levantó de la mesa y se colocó a mi lado.

—Victoria, te has puesto blanca. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. Me faltaba el aire y me daba la sensación de que me ahogaba, y la fuerte presión que sentía en el pecho no hacía más que aumentar.

—Llama a mis hermanos, que me muero. —Lo dicho, una «dramas».

Una hora más tarde salía del hospital en compañía de todos mis hermanos, de mis padres y de Luis.

—Hermanita, la que has liado por un ataque de ansiedad —bromeó José.

—Qué rato más malo, por favor. —Lo había pasado francamente mal.

Mis padres se despidieron y mi hermana Jimena los acompañó a casa. Me sorprendió verla allí porque ella era una mujer muy ocupada, aunque imaginaba el susto que debí de darles a todos.

—Aitana, ¿vas para casa? —preguntó mi hermano Darío.

—No, he quedado —respondió ella, y yo la miré con suspicacia. No me había dicho nada.

—¿Acercas tú a Rocío? —dijo José dirigiéndose a Darío.

—No hace falta que nadie me acerque a ningún sitio, puedo ir caminando —protestó la aludida—. Además, yo también he quedado; en realidad, estaba con alguien cuando me habéis llamado.

—¿Con Dani? —preguntó Aitana alzando una ceja.

—No, con otro.

—Rocío no es de las que pierde el tiempo —farfulló José con algo de inquina. Vale que a nuestra hermana le gustaba saltar de cama en cama, pero él era el menos indicado para echarle nada en cara.

—No, ya sabes que no —alegó ella retándolo con la mirada.

—Si ya no estás con él podrías darme su teléfono, me pareció monísimo —pidió Aitana, y Darío resopló de forma poco discreta.

—Claro, porque además de guapo tiene otras cualidades que te encantarán —respondió Rocío con picardía.

—Bueno, yo me voy —informó Darío mientras daba media vuelta.

—Te acompaño —masculló José.

Aitana y Rocío se fueron juntas y yo me quedé al lado de Luis, que no había abierto la boca desde que llegamos al hospital.

—Luis, ¿estás bien?

—Siento haberte presionado para que viviéramos juntos. Me he asustado cuando te he visto así. ¿Cómo te encuentras?

—Llevo un globazo con lo que me han dado que estoy fenomenal. Pero será mejor que vayamos a tomar algo y hablemos —le pedí.

Había tomado una decisión y era una tontería seguir postergándola.

35. Tenemos que hablar

Darío

—¿Se puede saber qué te pasa con nuestra hermana Rocío? —Hice hincapié en las palabras «nuestra hermana».

—Nada —respondió José, tajante.

—Ya, pues no es lo que acabo de presenciar. Pensaba que eso había quedado olvidado —le recriminé.

—Por supuesto que está olvidado. Hace mucho tiempo —respondió sin mirarme a la cara.

—Espero que siga siendo así —le advertí.

—Darío, dame un respiro, ¿vale?

Decidí dejar de insistir porque José parecía bastante agobiado.

—¿Y qué me dices de ti y Aitana? Hermanito, o mueves ficha o ve despidiéndote de ella. Aitana está demasiado buena. —Sabía que lo único que pretendía mi querido hermano era devolvérmela.

—¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora? —pregunté incrédulo.

—Porque eres imbécil. —No le faltaba razón, pero no era plan de reconocerlo delante de él—. Y porque estas cosas suelen pasar; a mí no, porque yo no la hubiera dejado escapar, pero por lo visto suceden.

—¿Qué es lo que suele pasar?

—Que no te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes —sentenció con cierta tristeza en la voz.

—Pareces hablar sabiendo lo que dices.

—Yo nunca la he tenido. —Me percaté al momento de que esas palabras se le habían escapado sin querer.

—Ni la vas a tener. —Casi lo amenacé—. Rocío es nuestra hermana.

—Técnicamente no.

—Lo es —gruñí.

—Ya lo sé. Solo bromeaba. —Sabía que no era del todo cierto.

—Ceo que lo mejor sería que salieras de casa de los papás. Vivir bajo el mismo techo solo complica más las cosas.

—Ya lo he pensado. ¿Sabes?, podría irme a vivir contigo y con Aitana. Ahora que ella se ha desmelenado... —Me pasé. Quería darle una colleja, pero se me fue la mano.

—Joder, Darío, contrólate un poco —gruñó mientras se acariciaba la nuca.

—Lo siento, no he calculado bien.

Paré el coche frente a la casa de nuestros padres y me giré hacia José.

—No sé qué hacer con Aitana —reconocí.

—Solo puedes hacer una cosa.

—¿El qué? —pregunté con ansiedad.

—Arrastrarte como un gusano.

—Genial.

—Aitana lleva detrás de ti desde que apenas era una cría. Ha tenido que aguantar infinidad de situaciones que seguro que no han sido de su agrado. Ha tragado con todo, no con lo que a ti te gustaría que tragara, pero sí con otras cosas —bromeó. Se lo agradecí, porque sabía que su intención era quitarle hierro al asunto—. En serio, hermano, es una putada estar colgado de alguien y ver cómo por su cama pasa un desfile de personas y que ninguna de ellas eres tú.

—José... Ya basta —lo reprendí.

—¿¡Qué coño quieres que haga!? ¿Crees que es fácil sacarla de mi cabeza, piensas que no me siento como una mierda?, pues te equivocas. No me puedo dar más asco, pero tampoco soy capaz de dejar de sentir lo que

siento. Y si lo que quieres es recuperar el amor de Aitana lo tienes jodido, porque te has comportado como un gilipollas con ella durante los últimos veinte años.

Dicho esto, salió del coche y dio tal portazo que creí que rompería la puerta.

Yo era el único de mis hermanos que sabía lo que había pasado entre Rocío y José muchos años atrás. Entendía que era una situación difícil, pero Rocío era mi hermana y no podía comprender que José la mirara de otra forma.

Sacudí la cabeza para apartar esos pensamientos de ella. Bastante tenía ya con lidiar con Aitana y con el inoportuno momento que había elegido para acostarse con todo hombre que se le cruzara.



La noche siguiente preparé la cena para Aitana y para mí, aun sabiendo que cabía la posibilidad de que ella no viniera ni siquiera a dormir.

No podía concebir que me hubiera dejado de querer de un día para otro, así que quizá lo único que debía hacer era intentar, por todos los medios que tenía a mano, que dejara volver a sacar a flote esos sentimientos. ¿Cómo lo iba a conseguir? No tenía ni puñetera idea.

La esperé hasta que la cena se quedó fría y las velas que había puesto en la mesa se consumieron.

Al final, me quedé dormido en el sofá sin que ella apareciera.

Me desperté sobresaltado cuando noté cómo alguien me zarandeaba.

—Darío, te has quedado dormido en el sofá y no hay manera de despertarte.

—Joder, me duele todo —me quejé.

—¿Ya se ha ido tu cita?

—¿Qué cita? —Estaba medio dormido y no tenía ni idea de lo que me hablaba.

—Has puesto velas en la mesa y has cocinado.

—Sí, lo he hecho. —No tenía más ganas de hablar—. Me voy a la cama, estoy molido.

—Buenas noches, Darío. ¿Seguro que estás bien? —susurró mientras agarraba mi mano, y su voz y su gesto me parecieron una invitación. Así que preferí aproximarme a ella y que me rechazara a irme a dormir y quedarme con las ganas de saber lo que hubiera podido pasar.

Me acerqué lentamente, dándole tiempo a que se apartara si quería. Pero no lo hizo.

Agarré con suavidad su nuca y pegué mis labios a los suyos. Quería ir despacio, pero la necesidad que tenía de ella no me dejaba. Al meter mi lengua en su boca, Aitana jadeó y yo dejé de pensar. La agarré por las nalgas y ella enroscó sus piernas en mi cintura, pegándose tanto a mi cuerpo que quien jadeó esa vez fui yo. Llevaba puesto un vestido, así que me resultó fácil meter las manos dentro de sus bragas y acariciarla. Aitana gimió con fuerza y yo dudé si llevarla a mi cuarto o tumbarla en el sofá, que era lo que estaba más cerca. Una pequeña luz se iluminó en mi cabeza y caminé hacia mi habitación. Estaba seguro de que iba a necesitar mucho tiempo con ella para saciarme y el sofá no era el lugar más cómodo.

Lo primero que Aitana hizo cuando la bajé fue deslizarse poco a poco por mi cuerpo hasta ponerse de rodillas y bajarme el pantalón. Cuando vi sus intenciones la agarré del brazo para que se levantara.

—Ah, no, no sabes la de veces que he soñado con esto —susurró.

No sabría decir si los siguientes minutos fueron buenísimos o todo lo contrario. A Aitana se le daba demasiado bien aquello y yo tenía miedo de terminar antes de empezar. Cuando no pude aguantar más la alcé y la tumbé en la cama.

—Ahora me toca a mí —ronroneé.

—No seré yo quien se oponga a eso. —Sonreí porque jamás me hubiera imaginado que Aitana fuera así en la cama. Y, sí, he de reconocer que en las últimas semanas me la había imaginado muchas veces tal y como la tenía en esos momentos.

No recordaba haber tenido jamás un atracón de sexo como el de esa noche. Aitana se mostró muy perspicaz, receptiva y cariñosa. Y yo había acumulado tantas ganas que parecía que no me saciaría nunca de ella.

No sabía a qué hora nos dormimos, pero ya amanecía. Por eso me extrañó tanto que, al despertarme, Aitana no se encontrara en la cama conmigo.

Me levanté, me puse el pantalón del pijama y me dispuse a buscarla. La encontré sentada en el sofá, perfectamente vestida y con un café entre las manos.

—Tenemos que hablar.

Nunca unas palabras me habían parecido tan inadecuadas.

36. La barbacoa

Victoria

Había pasado una semana desde que tuve «la conversación» con Luis. Al final no resultó tan difícil como pensé, y es que tanto él como yo sabíamos que, por mucho empeño que le pusiéramos, lo nuestro había terminado.

En un principio no le sentó demasiado bien y me acusó de querer vengarme dejándolo tal y como había hecho él. Aunque después de más de dos horas de conversación llegamos a la misma conclusión: nos apreciábamos y nos teníamos cariño, pero los dos sabíamos que eso no era suficiente para continuar siendo pareja.

Nos despedimos de manera amigable, si bien decidimos romper todo contacto hasta que pasara un tiempo. Una cosa era terminar bien y otra ser masoca.

Después de todo aquello, ¿cómo me sentía yo? Pues mejor de lo que esperaba. El ataque de ansiedad que sufrí fue el punto de inflexión para darme cuenta de que ese no era el camino que quería seguir. Por mucho que me aferrara a algo que me pareció bien en el pasado, no quería decir que continuara siendo bueno para mi presente.

Y tampoco resultó tan doloroso como la primera vez. Como decía Aitana, ya había pasado el duelo y lloré todo lo que tenía que llorar. Y lo más importante: durante el tiempo que pasamos separados pude hacerme a la idea de lo que era vivir sin él.

En esos momentos sabía que, por mucho que costara o doliera, Luis ya no formaría parte de mi futuro y tuve claro que había tomado la decisión correcta.

Era curioso, pero haber vuelto con él me había enseñado a decirle adiós.



Ese domingo mis padres habían decidido hacer una barbacoa con todos nosotros aprovechando que empezaba el buen tiempo.

Nada más levantarme me puse ropa cómoda, me tomé un café y salí a comprar con mi madre. Cuando lo tuvimos todo listo me dirigí al jardín para ayudar a mi padre con las brasas.

—Parece que somos los únicos a los que les gusta hacer el fuego —dijo él mientras me pasaba una mano por el hombro.

—A los demás les gusta comer, pero lo que es echar una mano... —Mi padre soltó una carcajada.

—En eso llevas razón. ¿Cómo estás, pequeña? Menudo susto nos diste el otro día.

—Estoy bien, papá. Soy más fuerte de lo que pensaba —expliqué intentando quitarle hierro al asunto y queriendo que dejara de preocuparse por mí.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero no debiste aguantar tanto. Sabes que no soy un hombre al que le guste meterse en los asuntos de sus hijos, y pensáis que por ese motivo no me entero de lo que os pasa, pero no podéis estar más equivocados. Darío anda loco por Aitana y se da cuenta justo en el momento en el que la pobre chica decide alejarse de él. Jimena está tan perdida que no sabe ni quién es. José y Rocío, en fin, ese es otro tema. —¿Otro tema? ¿De qué hablaba mi padre?—. Y tú intentas reparar algo que es lo mejor que te ha pasado en los últimos años. A veces es importante intentar arreglar las cosas, sin embargo, en otras ocasiones eso resulta imposible. ¿Y sabes por qué? Porque, cuando en una relación se acaba el amor, no hay nada que se pueda hacer. Nada. Se puede luchar por muchas cosas, pero jamás se puede obligar a nadie a querer a otra persona, al igual que no se puede dejar de amar a alguien. —La última frase la dijo

mientras José entraba en el jardín y alzó la voz para que este lo oyera, no entendí el motivo. Tendría que preguntar a mi hermano si salía con alguien.

—¿De qué habláis? —pregunto José con cautela colocándose junto a nosotros.

—De amor —respondió mi padre.

—Papá me está dejando claro lo bien que conoce a sus hijos. —Intenté bromear, pero estaba sorprendida, porque era verdad que él jamás se metía en nada y parecía no enterarse de mucho.

No pudimos continuar hablando porque llegaron Darío y Aitana, seguidos por Jimena y Rocío.

Una hora después todos reíamos sentados a la mesa mientras mi madre contaba una anécdota sobre alguno de nosotros.

Darío y Aitana se habían sentado lo más separados posible. En un momento en el que miré a mi amiga le pregunté alzando una ceja, y ella me hizo un gesto con la mano que me daba entender que me lo explicaría más tarde.

Jimena, que estaba sentada junto a mí, se giró y me tocó el hombro para llamar mi atención.

—Este sábado tengo que asistir a una fiesta bastante importante. Iba a acompañarme un modelo, pero no va a poder venir, así que vendrás tú.

No era una pregunta y yo tuve que morderme la lengua para no mandarla a la mierda. Pero por lo visto aún no había terminado conmigo.

—Haz el favor de comprarte algo adecuado, a esa celebración asistirán muchas personas importantes.

—Y no te olvides de comprarte el mismo palo que lleva Jimena y metértelo bien adentro del culo. Seguro que es imprescindible para el tipo de eventos que frecuenta —bromeó José, que había oído la conversación, pero sin apartar los ojos de mi madre para asegurarse de que no se enteraba, de lo contrario iba a caerle la bronca por no dejar tranquila a Jimena.

—Si se comprara el mismo, no podríamos llevarlo las dos. Habla con propiedad, por favor. Y a ver si aprendes una bromita nueva, que la del palo ya cansa.

—Eres insoportable —alegó mi hermano, y seguidamente soltó un resoplido.

—Eso dicen...

—Chicos, ya vale. Mirad lo que he hecho —dijo mi madre intentando poner paz y dejando sobre la mesa uno de los pasteles que mejor le salían. De esa manera se aseguraba de que durante los próximos minutos ninguno de nosotros hablara.

Giré un momento la cabeza para mirar a mi hermana. En momentos como aquel no tenía claro si deseaba matarla o abrazarla. Había algo en Jimena que me provocaba ternura, tal vez cuando dejaba entrever ese atisbo de vulnerabilidad, aunque la mayoría de las veces no podía evitar querer estrangularla.

37. Cambios

Victoria

Me había comprado un vestido que me costó un dineral. Esperaba que, por lo menos, fuera del agrado de mi queridísima hermana. Me consolaba pensar que podía utilizarlo en otros eventos parecidos, porque me negaba a haberme gastado tanto dinero solo para un día.

Ya estaba casi lista cuando la puerta de mi cuarto se abrió. Por ella asomó la cabeza José, quien soltó un prolongado silbido al verme.

—Hermanita, estás espectacular —me halagó mientras entraba.

—Gracias. Quizá cuando vuelva tengas que amputarme los pies; odio los zapatos de tacón, es uno de los métodos de tortura de este siglo que la sociedad ha impuesto a las mujeres.

—¡Pues ponte bambas!

—¿Te imaginas lo que diría Jimena si me presento en la fiesta con unas deportivas? —dije acabándome de colocar bien el vestido.

—Yo solo por ver su cara me las pondría.

—No seas tan duro con ella —le pedí.

—Es Jimena, está acostumbrada.

—Sí, pero todos tenemos un límite.

—He de reconocer que me encantará estar presente cuando ella rebase el suyo.

Justo en ese instante Rocío pasó hacia su habitación y se paró en la puerta de la mía. Llevaba la misma ropa con la que se marchó el día anterior.

—¿Y tú de dónde vienes? —pregunté.

—He estado por ahí. —Fue su ambigua respuesta.

—Ya lo veo, pero llevas por ahí casi un día entero.

—Sí, eso creo —contestó con una pícara sonrisa en la cara.

—Rocío tiende a desaparecer durante bastante tiempo, empiezo a pensar que evita estar en esta casa —zanjó mi hermano, y yo lo observé por la acidez que desprendían sus palabras.

—Si hay alguien aquí que evita algo, ese sin duda eres tú, hermanito. — La última palabra sonó más a insulto que a apelativo cariñoso. Y el bote que pegó José al oírla me hizo ponerme en guardia.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté mientras miraba a uno y a otra.

—Nada. Me voy a dormir, que estoy destrozada —concluyó Rocío, socarrona, a la vez que se marchaba a su cuarto.

Un suave gruñido salió de la garganta de mi hermano y yo entrecerré los ojos.

—José, ¿qué ocurre?

—Ya te ha dicho Rocío que nada. Pásatelo genial e incordia todo lo que puedas a la estirada de nuestra hermana.

Dicho esto, salió de mi cuarto y yo me quedé con la sensación de que me estaba perdiendo algo importante.



Jimena estaba más insoportable de lo que venía siendo habitual en ella y eso era mucho decir, por lo que las ganas de marcharme de allí cada vez eran mayores.

—Tienes que hacerme una foto con ella, sería maravilloso colgarla en mis redes —me pidió sin borrar la sonrisa falsa que llevaba plantada en la cara desde que llegamos.

Había perdido la cuenta de la cantidad de fotos que le hice. Estaba enfocando para pulsar el botón cuando una mano en mi hombro me

sobresaltó.

—Si pones un filtro más en esa foto, tu hermana parecerá una quinceañera.

—¡Héctor! No sabía que estarías aquí.

—Hola, preciosa. —Me moví por un impulso y me lancé a sus brazos para darle un enorme abrazo—. Esto sí es un buen recibimiento.

—¿Cómo estás?

—Pues muy bien, aquí controlando que... —No pudo terminar la frase porque a su lado se colocó Leo y yo contuve la respiración.

Había intentado no hacerme ilusiones con él, pues sabía muy bien lo diferentes que eran nuestras vidas y lo complicado que sería todo, pero que me hubiese construido un maravilloso escudo no quería decir que, bajo este, el corazón no se me acelerara al verlo como si acabara de hacer paracaidismo.

—Hola, Victoria. —Su voz rasgada llegó a cada poro de mi piel, haciendo que se erizara solo con su sonido.

—Hola, Leo —susurré.

—Os dejo, voy a incordiar un ratito a Jimena —apuntó Héctor.

Y su marcha hizo que me sintiera más expuesta. Sabía que no había actuado bien con Leo, que debería haber hecho las cosas de otra manera con él, pero los kilómetros que nos separaban lo hicieron difícil.

—¿Qué tal te ha ido la gira? —pregunté, por hablar de algo.

—Bien, vine hace unos días y me ha dado tiempo de descansar un poco. ¿Y tú qué tal estás?

—Estoy bien. ¿Vas a quedarte en Málaga o te marchas ya? —Era una pregunta muy poco adecuada, pero fui incapaz de no hacerla.

—He terminado la gira y podría decirse que tengo algo parecido a unas vacaciones, así que mi pensamiento es pasar algunas semanas por aquí. De hecho, he alquilado la casa de siempre.

—Si te apetece, podemos quedar un día y tomarnos un café. Me da la sensación de que tenemos una conversación pendiente. —Mi voz fue perdiendo fuerza a medida que hablaba. Por mucho que me apeteciera quedar con Leo, él estaba en todo su derecho de mandarme a paseo después de cómo yo había puesto fin a lo que fuera que teníamos.

—Me encantará tomar ese café contigo, pero no me debes nada. Quedó todo muy claro. Sabía que lo tuyo con Luis estaba muy reciente y que yéndome durante tanto tiempo no me lo pondría fácil. Sé retirarme cuando corresponde.

—La cuestión es que Luis y yo... —Me callé de golpe porque una impresionante mujer agarró del brazo a Leo y le susurró algo al oído.

—Victoria, tengo que irme. Te llamo para ese café. Termina de pasar una buena noche.

Lo único que fui capaz de hacer fue asentir con la cabeza. Igual pensaba que un hombre como Leo iba a permanecer mucho tiempo solo.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y pensé que ese era el precio que debía pagar por haber hecho la elección incorrecta. Porque, sí, la decisión de volver con Luis había sido un error, aunque ya no podía hacer nada por remediarlo.

Iba a dirigirme hacia Jimena, pero la vi tan enfrascada discutiendo con Héctor que preferí dejarlos solos.

Me aparté de la multitud y me senté en uno de los bancos más aislados que había en el jardín. En los últimos meses mi vida había dado unos cambios vertiginosos. Luis me dejó después de diez años juntos, tuve una aventura con un famoso cantante, aventura que posiblemente hubiera podido llegar a algo más si no hubiera decidido volver con mi ex y después dejarlo de nuevo.

Para mí, que era una persona a la que no le gustaban los cambios, no estaba nada mal.

OceanofPDF.com

38. A mí se me ha ocurrido esto

Darío

La relación con Aitana iba a volverme loco. Después de que aquella mañana habláramos y me dejara claro que lo que había pasado esa noche entre los dos no cambiaba para nada nuestra relación, nos habíamos vuelto a acostar muchas más veces. Daba la sensación de que no podíamos mantener las manos apartadas el uno del otro. Sin embargo, por mucho que yo le dijera que quería empezar una relación con ella, Aitana esquivaba el tema y yo comenzaba a mosquearme, ya que no sabía si era porque no me creía o porque no quería tener nada más serio conmigo, y ninguna de las dos cosas me entusiasmaban lo más mínimo.

Así que pensé que de perdidos al río y organicé una reunión de urgencia con mis hermanos, a ver si entre todos podíamos llegar a una solución.

Estaba tan nervioso que fui el primero en llegar; menos mal que a los pocos minutos apareció Victoria.

—Algo grave has hecho para convocarnos a todos aquí —me reprochó poniéndose frente a mí con los brazos en jarras.

—En realidad, solo necesito vuestra ayuda —murmuré, y mi voz sonó tan abatida que mi hermana se sentó rápidamente a mi lado.

El resto de mis hermanos llegaron bastante puntuales, lo cual me hizo entender que mi llamada les había preocupado. Lo entendía, porque no era precisamente de los que recurrían a ellos para resolver nada. De hecho, era la primera vez que lo hacía. Al ser el mayor, estaba acostumbrado a ayudar al resto, pero no a que ellos lo hicieran por mí.

Esperé a que todos tuvieran su bebida delante. Cuando el camarero se retiró, me dispuse a explicarles el motivo por el que los había reunido.

—Vale, allá voy. Os he hecho venir porque me he enamorado de Aitana y ella parece no estar por la labor de corresponderme.

La carcajada general que soltaron todos mis hermanos, TODOS, me dejó completamente descolocado.

—Hermanito, eres imbécil. Aitana lleva toda la vida loca por ti. Está claro que algo debes estar haciendo mal. ¿Necesitas algún consejo? —bromeó José, y a mí no me hizo ni pizca de gracia.

—Por una vez en la vida, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con José. ¿Hay algo que no estás haciendo bien? —comentó Jimena.

—Yo creo que el problema principal es que ella no te cree —concluyó Victoria, y yo la miré con interés, pues era su mejor amiga.

—Estoy de acuerdo con Victoria —corroboró Rocío.

—Debes hacer algo para que a Aitana le quede claro que hablas en serio. Tienes que entender que no le has hecho caso nunca y que, justo cuando decide pasar de ti, tú muestras interés por ella.

—Y vosotros tenéis que entender que no es algo que yo haya elegido. Imagino que hace mucho que la quiero, solo que no he sido consciente de ello. Y es que en lo único que pienso desde que vivimos juntos es en pasar tiempo con ella, sin embargo, no me di cuenta de nada de eso hasta que noté que se alejaba.

—Qué típico de los tíos, no daros cuenta de lo que tenéis hasta que lo perdéis —dijo Jimena.

—Creo que eso es típico de la especie humana en general —rebatí José.

—Vale, no nos desviemos del tema y pensemos qué podría hacer Darío para que Aitana lo creyera —intentó poner orden Rocío.

—Yo le regalaría flores —propuso José.

—Tú eres imbécil si crees que con un ramo de flores va a creerlo —alegó Jimena.

—¿Se te ocurre algo mejor, listilla?

—¿Y un viaje los dos solos?, quizá si pasáis tiempo alejados del mundo...

—¿Un viaje es tu mejor idea? Menuda mierda —atacó José.

—Pues es bastante más buena que un puñetero ramo de flores.

Sabía que José y Jimena iban a enzarzarse en una discusión, así que decidí hablar.

—A mí se me ha ocurrido algo —intervine.

—Vamos a ver de qué se trata —dijo Victoria poco convencida y poniendo los ojos en blanco.

—De esto —respondí mientras sacaba y abría una cajita de terciopelo negro donde había una sencilla alianza.

—¡La hostia puta! —Y todos nos giramos, porque esa expresión había salido de la boca de la estirada y correcta Jimena.

—Me parece a mí, hermanito, que con eso no le cabrá la menor duda —sentenció Victoria con los ojos ligeramente húmedos.

—Eso espero, porque esta es mi última baza —murmuré mirando lo mucho que me temblaba la mano que sostenía la cajita.

—Sí, joder, pero qué baza. Vas a por todas —bromeó José palmeando mi espalda.

—Sí, esa es mi intención. —Y por primera vez en muchos días sonreí.

39. Hacer las cosas bien

Leo

Desde que se lo propuse, cuando la vi en aquella fiesta, supe que llamar a Victoria no era la idea más acertada. No me llevaría a ningún sitio y lo único que conseguiría sería volver a salir herido, pero mi parte más masoquista no me dejó opción y al final sucumbí a ella.

Lo cogió al segundo tono.

—Hola, Victoria. ¿Qué tal?

—Pues me pillas saliendo de un bar. ¿Sabes qué? —preguntó, y por la manera de decirlo supe que estaba sonriendo.

—Sorpréndeme —respondí, contagiándome de su alegría.

—Que mi hermano Darío nos ha reunido de urgencia y por lo visto él y mi amiga Aitana van a casarse. Bueno, si ella acepta, claro.

—Pues será mejor esperar a ver qué tiene qué decir Aitana.

—Estoy segura de que en cuanto vea el anillo no podrá ni responder de la llorera que le entrará. Lleva toda la vida enamorada de él.

—Entonces tenéis mucho que celebrar.

—Sí, así es.

—Oye, me preguntaba si te apetecería venir a comer a mi casa. Queda descartado tomar un café en cualquier sitio, ya sabes, por aquello de que soy una superestrella y esas cosas —mi vello se erizó cuando oí la carcajada de Victoria— y voy un poco justo para reservar en un restaurante.

—De acuerdo, dame tu dirección y voy para allá.

Estaba nervioso. Menuda idiotez. Victoria no era más que una amiga que venía a comer a mi casa. Una amiga por la que mi corazón se aceleraba

cada vez que la veía, pero que tenía pareja y que me había dejado claro que entre ella y yo no habría nada más.

Cuando tenía tiempo libre disfrutaba cocinando, aunque no le había preguntado a Victoria si el pescado le gustaba. Esperaba que sí, o tendría que hacerle unos macarrones con tomate.

Héctor bajó de la habitación que ocupaba cuando vivíamos allí, listo para marcharse.

—Puedo esperar a saludarla o tengo que largarme ya —soltó con toda la mordacidad que fue capaz de usar.

—Puedes hacer lo que quieras.

—No sé, como te ha faltado tiempo para echarme...

—¡No te he echado! Solo te he dicho que quería que nos dejaras solos.

—¿Y dónde ves tú la diferencia? —preguntó cruzándose de brazos.

No pude responder porque el timbre sonó y me dirigí a abrir. Unos segundos después aparecía Victoria y yo tuve que recordarme que debía respirar y que ella era una mujer con pareja.

—Hola, Héctor. ¿Qué tal estás? —saludó acercándose a mi amigo y dándole dos besos.

—Estupendamente. Os dejo, que he quedado —respondió él con una media sonrisa en la boca.

—Que vaya bien.

Héctor se despidió de Victoria con un abrazo y cuando cerró la puerta mis nervios aumentaron.

—Espero que te guste el pescado, porque no tengo plan B, a no ser que prefieras unos macarrones con tomate.

—Me encanta el pescado.

—He puesto la mesa en el jardín, hace un día fantástico. Ven, que te enseñe dónde es.

Salimos y me encantó ver la cara de asombro de Victoria. La casa era maravillosa, pero el jardín era mi lugar favorito. De hecho, estaba en negociaciones con el dueño para adquirir esa propiedad. Me gustaba mucho pasar tiempo allí cuando las giras me lo permitían. Esa casa y esa ciudad me aportaban la paz que necesitaba.

—Esto es precioso.

—Sí. —Se me quedó en la punta de la lengua decirle que con ella allí aún lo era más, pero logré callarme a tiempo—. Siéntate, que traigo el vino y la comida.

—Te ayudo —se ofreció.

—Eres mi invitada, insisto. Yo me encargo.

Cuando estuvimos los dos sentados y la comida estuvo servida, hablamos de cosas triviales. Victoria tenía la virtud de que todo resultara fácil. Aunque había un tema flotando por allí que no me permitía sentirme del todo cómodo.

Por eso en un comentario que ella hizo mis alarmas se activaron.

—¿Sigues viviendo en casa de tus padres? Creí que te habrías mudado con él... —pregunté extrañado.

—¿Con Luis?

—Sí. —Me seguía costando pronunciar su nombre.

—Luis y yo ya no estamos juntos. Fue un error volver con él. Nuestra relación estaba terminada, por mucho que nos empeñáramos en que no fuera así.

¿Sabéis lo que se siente cuando lleváis mucho tiempo caminando por una montaña empinada cargando con una mochila llena de piedras y de pronto podéis dejarla en el suelo, sentaros y respirar? Pues así me sentí yo ante las palabras de ella.

—Intenté explicártelo en la fiesta, pero no pude. Tampoco sabía si te interesaría —continuó hablando ella.

—Pues debiste decírmelo —exigí, pese a que una enorme sonrisa se había pintado en mi cara.

—Lo siento, parece que contigo nunca hago las cosas bien —se excusó ella.

—No tienes que disculparte por nada. —Con el subidón que tenía, no pude evitar coger su mano, que reposaba sobre la mesa, y continué hablando sin pensar mucho lo que decía—. Victoria, desconozco si es el mejor momento y ni siquiera sé si es lo adecuado, pero me he cansado de dar vueltas a algo que deseo y me da la sensación de que si pospongo más esto acabaré volviendo a perderte. Lo que trato de decirte es que me gustaría que saliéramos juntos.

—¿Salir cómo? —preguntó desconcertada.

—Yo solo conozco una manera de salir juntos. —Amplíé mi sonrisa.

—Sí, pero ¿quieres decir sin salir con nadie más?

—¿Estás tratando de decirme algo? —inquirí borrando casi por completo la sonrisa y algo mosqueado.

—No, yo no, pero ¿qué me dices de la mujer del otro día en los premios?

Entonces lo entendí y suspiré aliviado.

—Ella es una las cantantes que me acompañan en la gira y su marido uno de los músicos —aclaré—. Mira, Victoria, soy un tanto chapado a la antigua y más en este mundo de locos en el que me muevo, por eso cuando salgo con una mujer no me gusta hacerlo con otras y espero lo mismo de ella.

Noté la duda en su mirada y me arrepentí de haber intentado correr tanto. Estaba claro que no era lo que Victoria necesitaba en esos momentos. Y había antepuesto lo que yo quería a lo que era mejor para ella.

—Hagamos una cosa mejor —añadí con rapidez—. Durante las semanas que estaré por aquí, podemos quedar para comer o para lo que nos apetezca

hacer, sin estar con otras personas. Y ya iremos viendo lo que pasa.

Una preciosa sonrisa se dibujó en su rostro y supe que esa vez sí había hecho las cosas bien.

OceanofPDF.com

40. Lo que tú quieres

Victoria

No recordaba haber disfrutado nunca tanto como lo hice durante esas semanas. Leo siempre tenía un plan estupendo y, pese a que no podíamos dejarnos ver demasiado en público, se las ingenió para organizar excursiones y cenas al aire libre en lugares en los que no había casi nadie.

Una noche volvimos a la playa donde quedamos aquella vez. Y otra mañana nos pusimos el despertador para levantarnos temprano, contemplar el amanecer y después darnos un maravilloso baño, aunque el agua estuviera helada.

Cuando conseguimos secarnos bien y dejar de tiritar, nos dirigimos a un bar y pedimos un estupendo desayuno para llevar. Nos lo comimos en el jardín de Leo mientras conversábamos tranquilamente.

—Dime, Victoria, ¿cómo empezaste a trabajar de *community manager*? Hablamos mucho de en qué consistía, pero nunca me explicaste qué te llevó a elegir ese trabajo.

—En realidad no sé si «elegir» sería la palabra correcta. Trabajaba en una empresa de *marketing*, estaba contenta con el empleo y muy a gusto con mis compañeros, pero el negocio fue a menos, hicieron reducción de personal y media plantilla nos fuimos fuera. Estuve un año en paro enviando currículos a todas partes hasta que mi hermana me propuso trabajar para ella. Al principio no lo vi muy claro, ya sabes cómo es Jimena; sin embargo, al no encontrar nada más, acepté. Poco a poco fui ganando clientes nuevos y, aunque no tengo una cartera enorme, me permite vivir de ello. ¿Y tú cuándo decidiste ser músico?

—Uff, desde que tengo uso de razón. Mis padres trabajaban muchas horas y yo me críe con mis abuelos, los padres de mi madre. Mi abuelo era un apasionado de la música, le gustaba de todo tipo y tocaba varios instrumentos. Lo mamé desde tan pequeño que lo extraño hubiese sido que me decantara por cualquier otra cosa.

—Debe de estar muy orgulloso de ti.

—Murió hace ya bastantes años —susurró con tristeza.

—Vaya, lo siento.

—Sí, lo pasé fatal porque él siempre fue como un padre para mí, aunque me consuela saber que le dio tiempo a verme actuar en un concierto lleno de gente. Dice mi abuela que se pasó tres días llorando. —Carraspeó, imaginé que para aclararse la garganta, no podía asegurarlo, pero hablar de su abuelo parecía haberlo emocionado—. Y explícame tú qué tal es criarse con tantos hermanos, como hijo único que soy te tengo cierta envidia.

—Es una locura. Jamás posees nada tuyo, todo es heredado, ni un cuarto propio; nada de intimidad. Y hubo un momento, cuando todos estábamos entrando o saliendo de la adolescencia, que fue un verdadero caos. Aunque no lo cambiaría por nada del mundo.

—Tus padres no debían aburrirse —bromeé.

—Te aseguro que no.

—¿Qué planes de futuro tienes? —soltó a bocajarro y cambiando por completo de tema.

—Menuda pregunta. —Me pilló tan de sopetón que eso fue lo único que pude contestar.

—No tienes que contestarla si no quieres.

—Tampoco es que lo haya pensado demasiado. Mi vida estaba perfectamente estructurada y nada ha salido como tenía previsto, así que ahora me dejo llevar un poco. ¿Y tú?

—Me gustaría bajar el ritmo de trabajo, eso está claro. Siempre digo que lo haré el siguiente año, pero ese momento no acaba de llegar.

—La verdad es que las giras son agotadoras, y eso que yo solo te acompañé durante una semana.

—Lo son. Además, a mí me gustaría tener algún sitio al que regresar y a alguien que me esperara en él —dijo sin apartar la mirada de mí.

—La verdad es que no se te conocen demasiadas parejas, es extraño. No me malinterpretes, se te han atribuido un montón de ligues, si bien empiezo a dudar que todo eso sea cierto.

—Lo sé. Cuando empecé a cantar me desfasé un poco —explicó mientras se rascaba la nuca, y supe que ese poco, en realidad, fue un mucho—. Una tarde mi abuelo me sentó en el salón de su casa y me dio tal rapapolvo que se me quitaron las ganas de continuar haciendo «el cabra». Me había costado mucho esfuerzo llegar hasta ahí y no quería echarlo a perder por mi mala cabeza. Después de aquello he tenido parejas con las que he estado bastante tiempo, sin embargo, todas eran actrices o modelos y se hacía difícil compaginar nuestros trabajos con una relación. Recuerdo que a una de ellas solo la vi dos veces en un año.

—Sí, debe de ser un asco salir con ese tipo de mujeres —ironicé.

—Yo no he dicho eso —respondió con una sonrisa canalla, y a mí me entraron ganas de darle una patada en la espinilla.

Habíamos madrugado tanto para ver amanecer que cuando terminamos de desayunar nos metimos otra vez en la cama, con la intención de descansar. No dormimos absolutamente nada.



Para aprovechar el mayor tiempo posible juntos, yo trasladé mis cosas a su casa y así podía trabajar allí. Lo malo fue que los días pasaron demasiado

rápido.

Apenas quedaban cuarenta y ocho horas para que Leo tuviera que regresar a Madrid e intentábamos apurar al máximo cada instante.

No quería preguntarle cuándo nos veríamos de nuevo porque eso hacía más real que pronto se marcharía y había intentado vivir aquellos días sin pensar en el futuro, pero siendo su marcha tan inminente no pude evitarlo.

—Leo, me preguntaba cuándo volveremos a vernos —susurré, y ni siquiera me di cuenta de que me había encogido ligeramente.

—Tengo que ir a Madrid durante una semana, luego podré volver aquí unos días. —Eso me tranquilizó, pues había pensado que estaría fuera mucho más tiempo—. Victoria, no quiero que corramos y tampoco que tú te sientas presionada en ningún momento. Lo que deseo es que me hagas saber lo que tú quieres hacer. Si te apetece, puedes acompañarme a Madrid, o esperarme aquí, lo que prefieras. Lo único que yo te pido es que me digas qué es lo que prefieres, si voy demasiado rápido o si te gustaría que fuera más...

No lo dejé terminar porque acallé sus palabras con un beso. Leo se mostró tan paciente y pendiente de mí y de lo que yo quería que me enterneció. Quizá tenía razón, tal vez nos estábamos precipitando y deberíamos tomárnoslo con más calma, pero francamente no me apetecía lo más mínimo.

Así que intensifiqué el beso y le contesté como buenamente pude.

—Quiero acompañarte a Madrid —confesé.

—No sabes lo que me gusta oír eso —respondió mientras me alzaba en brazos y me llevaba hasta su habitación.

El sexo con Leo siempre fue bueno, pero debía reconocer que con la práctica nos superábamos.

41. Jefe de seguridad

Victoria

Estaba sentada en el sofá de Leo esperando a que terminara de guardar sus cosas para irnos a Madrid cuando oí cerrarse la puerta de la calle.

Solo había una persona que tuviera copia, así que sonreí al ver entrar a Héctor, pero la sonrisa se me quedó congelada al comprobar la preocupación que transmitía su cara.

—¿Qué te ha pasado, Héctor? —pregunté, y vi que Leo, al oírme, salió del cuarto y caminó hasta pararse junto a mí.

—¿Héctor? —indagó Leo con preocupación.

—A mí no me pasa nada, pero necesito que me hagáis un favor los dos.

—Tú dirás.

—Me gustaría quedarme esta semana aquí y te agradecería que me dejaras traer a alguien a tu casa.

—No es propio de ti pedirme algo así, por lo que imagino que tendrás tus razones. Por mí no hay problema, le diré a Rubén que me acompañe y se haga cargo de nuestra seguridad durante la semana que estemos fuera.

—Ya he hablado con él —zanjó Héctor.

—Veo que has pensado en todo. Pero ¿por qué has dicho que tenías que pedirnos un favor a los dos? ¿Qué tiene que ver Victoria con que mi jefe de seguridad quiera tomarse una semana de vacaciones? —intentó bromear Leo.

—Te aseguro que no son vacaciones. Lo que iba a decirle a Victoria es que no quiero que nada de lo que os cuente ahora salga de aquí. Porque a quien voy a traer a esta casa es a tu hermana Jimena.

—¿¡A mi hermana!? Pero ¿por qué? —Un miedo irracional me atravesó la espalda. La expresión de Héctor no presagiaba nada bueno.

—Necesito tenerla vigilada. —Fue todo lo que dijo, y a mí me dio la sensación de que se estaba callando lo más importante.

—Vale. Pero hay algo más. Cuéntamelo, por favor, Héctor, se trata de mi hermana —supliqué.

—Lleva semanas recibiendo amenazas. —Me levanté de golpe del sillón.

—Hay que ir a la policía —farfullé con nerviosismo.

—Tu hermana no quiere ni oír hablar del tema. Dice que seguramente será algún seguidor cabreado y puede que tenga razón, pero me quedo más tranquilo si la mantengo vigilada durante un tiempo.

Su explicación no me convenció lo más mínimo, sin embargo, conocía lo terca que podía llegar a ser Jimena y sabía que no daría su brazo a torcer.

—Por mí no hay problema, ya lo sabes, y si necesitas algún hombre más, o lo que sea, solo tienes que decírmelo —propuso Leo.

—Creo que podré con ella —quiso bromear Héctor, a pesar de que se le veía preocupado. Eso solo hacía que mi miedo aumentara, porque Héctor no es de los tíos que se asustan con facilidad—. Solo espero seguir vivo cuando regreséis.

—Imagino que ella no quiere que sepa nada y que, aunque me lo has contado, no puedo llamarla —dije dirigiéndome a Héctor.

—Me ha rogado que no diga nada a nadie de su familia, no quiere preocuparos.

—Maldita cabezota. ¿Y cómo la has convencido para traerla aquí? —pregunté, sin dar crédito a que mi hermana hubiera accedido a algo así.

—En realidad, ella aún no lo sabe. —La sonrisa que acompañó a esa frase fue abrasadora.

—Te deseo suerte, amigo —dijo Leo.

—Te aseguro que voy a necesitarla.

—¿Estará bien? —pregunté preocupada.

—Victoria, llevo siendo jefe de seguridad infinidad de años, no dejaré que le pase nada malo. Te lo prometo.

Las palabras de Héctor lograron tranquilizarme.

OceanofPDF.com

42. El comodín de la llamada

Darío

Estaba tan nervioso que la puñetera cajita con el anillo dentro me pesaba en los pantalones como si fuera de hierro forjado.

Cuando oí la puerta cerrarse, un sudor frío me recorrió la espalda. O me relajaba o me iba a dar algo.

—Aitana, ¿puedes sentarte? Me gustaría hablar contigo. —Nada más pronunciar aquellas palabras supe que fueron las más desafortunadas que podía haber elegido.

Ella se puso en tensión en cuanto las oyó.

—Sé que tú y yo no tenemos nada, pero, si quieres decirme que esto se ha terminado, prefería estar de pie. Ya sabía que se iba a acabar tarde o temprano... Supongo que solo se trataba de sexo... —Aitana empezó a farfullar y yo no pude evitar interrumpirla.

—¿¡Qué!? ¿Eso es lo que ha significado para ti? ¿Solo sexo? —Aquello no estaba yendo como yo imaginaba.

—Mira, Darío, voy a ser sincera contigo. Estoy tan confundida que no sé lo que quiero.

No deseaba que sus palabras me hicieran flaquear, pero ¿qué pasaría si Aitana me decía que no quería casarse conmigo? Mis hermanos parecían estar muy seguros de que diría que sí, en cambio yo cada vez tenía más dudas.

Soy una persona a la que le cuesta mucho tomar decisiones, le doy demasiadas vueltas a todo y analizo los pros y los contras cuarenta veces, no obstante, cuando finalmente las tomo ya no hay vuelta atrás. Solo esperaba explicarme lo suficientemente bien como para que ella lo entendiera.

—Aitana, siento mucho haberte hecho pasar por todo esto...

—¿Qué quieres decir? —preguntó a la defensiva.

—Déjame acabar o no seré capaz de hacerlo. Lo que quiero decir es que siento mucho que te hayas pasado tanto tiempo queriéndome sin ser correspondida. He sido un imbécil y no me he dado cuenta de la maravillosa mujer que tenía frente a mí. En mi defensa diré que desde el momento en que nos pusimos a compartir piso mis sentimientos por ti cambiaron, aunque ni yo mismo fuera consciente de ello. Salía lo más rápido posible del trabajo para poder cenar contigo. Jamás acepté irme a tomar algo con mis compañeros porque lo que más deseaba era llegar a casa, que cenáramos juntos y que nos acurrucáramos en el sofá a ver cualquier cosa. Creo que fue ahí cuando empecé a quererte, aunque aún no lo sabía. —Quise acercarme a ella y limpiarle las dos lágrimas que caían por sus mejillas, sin embargo, no lo hice porque me dio miedo que me apartara—. Después todo se precipitó y empecé a mirarte de otra manera. Tú crees que fue debido a tu distanciamiento, pero yo sé que fue porque empecé a darme cuenta de lo que sentía y, al dejarlo salir, te deseé como no lo había hecho nunca con ninguna otra mujer. Y cuando nos acostamos la primera vez tuve claro que no había marcha atrás. Quiero que sepas que no es por el sexo, que también —intenté bromear—; es que ese es el momento en el que dejo caer todas mis barreras y supe que te quería conmigo el resto de mi vida. Por eso quiero hacerte una pregunta. —Saqué la cajita del bolsillo de mi pantalón, clavé una rodilla en el suelo y recé a cualquier dios para que ella dijera que sí—. Aitana, ¿quieres casarte conmigo?

Ella me miró, parpadeó un par de veces haciendo que las lágrimas cayeran con más velocidad por sus mejillas y cuando por fin habló no dijo exactamente lo que yo tenía en mente.

—Lo siento, pero tengo que hacer una llamada.

Aitana salió disparada al baño y yo me quedé allí, de rodillas, sintiéndome el hombre más idiota del mundo. ¿Una llamada? ¿En serio?

OceanofPDF.com

43. ¿Saber qué, señor famosillo?

Victoria

Me asusté cuando mi móvil sonó, no por nada, sino porque era bastante tarde y, después de enterarme de lo de Jimena, las llamadas a deshoras me ponían el vello de punta.

Me tranquilicé al comprobar que se trataba de Aitana.

—Tu hermano me ha pedido que me case con él —soltó a bocajarro, y había tanta ansiedad en su voz que sonreí sin ser consciente.

—Ya era hora, cuñadita. ¿Tenéis fecha?

—No le he contestado, ¿vale? Me he venido corriendo al baño porque iba a sufrir un desmayo.

—¿Me estás diciendo que has dejado a mi hermano en el salón, sin respuesta a una pregunta como esa, para venir a llamarme por teléfono?

—Exacto, pero es que tú no lo entiendes. ¿Y si con el tiempo se da cuenta de que no era real, de que no me quiere? ¿Y si solo está así por el sexo? ¿Y si...?

—Aitana, para ya. Si con el tiempo se da cuenta de eso, cosa que dudo, existe el divorcio. No creo que solo se trate de sexo, me parece que no eres tan buena en la cama como crees. Y deja de preguntarte tantos «¿y si...?». ¿A ti qué te dice el corazón?

—¿Tú eres tonta? Llevo toda la puñetera vida enamorada de él y después del discurso que ha soltado solo me apetece volver al salón, arrancarle esa caja de las manos, decirle que claro que me quiero casar con él y llevármelo a mi cuarto para...

—¡Suficiente!, que estás hablando de mi hermano. Francamente, amiga, no sé a qué demonios estás esperando.

—Gracias, cuñada.

Y dicho esto me colgó el teléfono. A mí se me ensanchó la enorme sonrisa que tenía desde que descolgué.

—¿Buenas noticias? —preguntó Leo acercándose a mí y dándome un beso justo debajo de la oreja.

—Aitana y mi hermano van a casarse —anuncié ampliando aún más la sonrisa.

—Vaya, eso es estupendo —respondió bajando sus labios hacia mi clavícula.

—Sí que lo es, pero si continuas besándome así acabaremos llegando tarde.

—Siempre he pensado que la puntualidad está sobrevalorada —dijo mientras pegaba su boca a la mía.

El beso que empezó siendo bastante comedido fue cambiando por completo de tercio hasta convertirse en algo rudo y primitivo. Nos arrancamos la ropa como si hiciera días que no nos acostábamos y sin separar nuestras bocas caminamos hasta el sofá. Ni siquiera llegamos a la cama.

Leo me desabrochó el sujetador sin delicadeza y gimió cuando mis pechos se vieron libres. Le dedicó un buen rato a cada uno para después descender por mi cuerpo dejando un reguero de besos y calor hasta que llegó donde más lo necesitaba.

Casi lo mato cuando me dejó a punto para darme la vuelta y bajarme al suelo. Yo apoyé las rodillas en la alfombra y él pegó su torso a mi espalda, besándome la espalda mientras acariciaba mis pechos con las manos.

Cuando me penetró por detrás jadeé. El ritmo de sus acometidas era frenético y al notar su mano acariciando mi sexo supe que no íbamos a aguantar mucho.

No lo hicimos, y tal y como imaginaba terminamos llegando tarde.



La semana se nos pasó volando y pude compaginar perfectamente mi trabajo con acompañar a Leo a alguno de sus compromisos. Siempre me mantuve en segundo plano, pero me gustaba estar con él y ver en qué consistía esa parte de su trabajo y lo mucho que la disfrutaba.

Esa noche cenamos en un restaurante que Leo conocía de otras veces que había estado allí.

—Lo he pasado de maravilla esta semana. Ha sido increíble tenerte aquí —confesó, agarrando mi mano.

—A mí también me ha gustado.

—Quería decirte una cosa y no quiero que esto te asuste ni te cause malestar. Es algo a lo que llevo dándole vueltas bastante tiempo y justo ayer me dieron la repuesta. Voy a comprar la casa que tengo alquilada en Málaga. Me apetece tener un sitio donde pasar las temporadas que no trabajo y mi piso de Madrid es tan impersonal... Nunca lo he sentido mi hogar. Parece más un hotel que frecuento mucho que mi casa. Necesito tener un sitio que considere mío, no sé si me explico...

—Sí, te entiendo. —Prefería esperar a oír todo lo que tuviera que decir y no precipitarme en contestar.

—Con esto no quiero que pienses nada raro y mucho menos presionarte. Solo que, si te apetece que nos sigamos viendo, será más sencillo, y si en algún momento quieres que dejemos de hacerlo yo tendré una casa en un sitio que siempre he deseado.

—Yo lo que sé es que estoy muy a gusto junto a ti y que quiero pasar todos los momentos que pueda contigo. No sabemos lo que sucederá de aquí a un tiempo, pero hoy por hoy es lo que deseo —alegué finalmente.

—Ya que hemos decidido sincerarnos, lo que yo sé es que me he enamorado de ti, y, aunque no deseo presionarte, no puedo dejar de sentir lo

que siento.

Tragué el nudo de emociones que se había formado en mi garganta. Era consciente de que iba con pies de plomo con Leo, no ayudaba lo que me había pasado con Luis, pero básicamente era porque tenía pavor de ser yo la primera en exponerme y convertirme en alguien vulnerable una vez más. Era triste, pero no me veía capaz de decirle lo que sentía por no volver a salir dañada.

Por eso, cuando oí sus palabras, un calorcillo muy agradable se extendió por mi cuerpo y esbocé una enorme sonrisa.

—¿Sabes qué, señor famosillo?

—¿Dime? —preguntó con cautela.

—Yo también te quiero.

Qué liberador resultaba poder sincerarme plenamente con él y dejar salir aquellas palabras.

OceanofPDF.com

44. Felicidad

Aitana

Cuando regresé al salón, Darío continuaba en la misma posición en la que lo había dejado cuando salí corriendo al baño para llamar a Victoria.

Mientras me acercaba a él y lo observaba, de rodillas, en la casa que habíamos compartido durante el último año, no pude evitar que las lágrimas cayeran, ya sin control, por mis mejillas.

Había amado a ese hombre desde que podía recordar lo que era querer. Rememoré todos los momentos vividos en su casa, con su familia. Como el día de su cumpleaños, cuando su padre me preguntó si no iba a felicitarlo y tuve que acercarme a él, muerta de vergüenza, y darle dos besos que hicieron que se me enrojeciera hasta la raíz del pelo. O en aquella otra ocasión en la que Victoria y yo nos quedamos dormidas, una tarde, en el sofá de su casa y su padre insistió en que estaríamos mucho más cómodas en una cama, así Darío llevó a Victoria a la cama de esta y a mí me llevó a la suya. Sí, me refiero a la de Darío. Cuando me cogió en brazos me desperté, aunque me hice la dormida y quise detener el tiempo y poder quedarme allí, acurrucada a él para siempre. Al depositarme en su cama ya no pude volver a conciliar el sueño, pues su olor, que estaba impregnado en su almohada, se metió tan dentro de mí que solo fui capaz de agarrarme a ella y abrazarla como si de él se tratara.

Pero también recordé a todas las mujeres que pasaron por su vida, la cantidad de lágrimas que derramé y las que tuve que tragarme.

Por eso cuando llegué junto a él y vi la confusión y la duda en sus ojos me entraron ganas de reír. Nunca sería consciente de lo mucho que lo amaba. Podía saber que lo quería, eso sí; ya me había encargado yo, durante

años y años, de dejárselo claro. Con todo, jamás entendería la intensidad de ese amor, porque lo había querido con la inocencia que se quiere cuando te estás despidiendo de la infancia, con la intensidad de la adolescencia y con la madurez de la edad adulta.

No, no tenía ni idea.

Lo único que necesitaba era asegurarme de que él me correspondía.

Pensé en aquella etapa en la que lo pasé fatal por su culpa, y no pude evitar hacérselo pagar de alguna manera.

—¿Así que quieres casarte conmigo? —pregunté con seriedad.

—Sí, eso es exactamente lo que te he pedido y por lo que sigo esperando respuesta.

—¿Sabes?, eres demasiado impaciente, no pasa nada porque sigas esperando un poquito más —susurré mientras me arrodillaba frente a él y unía mis labios a los suyos.

Sabía que estaba desconcertado y que lo que él necesitaba en esos momentos era una repuesta, pero me encantaba ser yo quien lo dejara descolocado a él.

Lo arrastré hasta mi cuarto y, cuando empecé a desvestirlo con desesperación, él me agarró de las muñecas y me fue quitando la ropa como si desenvolviera un regalo.

Por primera vez desde que Darío y yo nos acostábamos juntos, no fue un polvo desenfrenado y desesperado. Fue tranquilo y pausado.

Supe que era la primera vez que hacíamos el amor.

Cuando terminamos y nos tumbamos abrazados en mi cama, las palabras que pronunció Darío me hicieron sentir un escalofrío y una inmensa felicidad se apoderó de mí.

—Te quiero, Aitana. —Esas eran las palabras que llevaba esperando media vida.

—Yo te quise casi desde la primera vez que te vi —confesé, aunque él ya lo sabía.

—De verdad que siento no haberte correspondido antes, pero prometo compensártelo durante el resto de mi vida. Bueno, eso si en algún momento decides contestar a mi pregunta.

—Sí, quiero. Por supuesto que quiero.

No lograba comprender cómo podía albergar alguna duda, aunque por el grito que dio al oír mi respuesta estaba claro que así era.

Después de eso me besó con ganas y cuando fue bajando por mi cuerpo y besando cada parte de piel que encontraba por el camino sonreí porque sabía bien lo que vendría.

La felicidad que sentía era tan grande que, en el momento en que llegué al orgasmo y grité su nombre, rompí a llorar de pura dicha.

Nunca podría saber la manera en la que él me quería, pero sí en la que yo lo hacía. Porque, cuando pasas tantos años anhelando algo y por fin lo consigues, lo aprecias mucho más.

Tres semanas más tarde

OceanofPDF.com

45. La vida no deja de sorprendernos

Victoria

Leo y yo prácticamente vivíamos juntos. Me quedaban muy pocas cosas en casa de mis padres. Fue algo paulatino. Empecé dejando el cepillo de dientes y una muda y cuando quise darme cuenta tenía ocupado medio armario.

Elegimos entre los dos algunos de los muebles de la casa porque Leo los quería cambiar y hacerla más suya. También nos metimos en unas pequeñas obras en el baño. Todo iba bien, muy bien, pero yo había aprendido desde hacía tiempo que las cosas no se podían controlar.

Esa mañana me levanté de la cama antes que Leo y me vestí para salir a la calle, esperando no despertarlo. No quería precipitarme y antes de tomar ninguna decisión necesitaba estar segura.

Dos horas después supe que no tenía sentido continuar ignorándolo. Las dos rayitas de la prueba de embarazo no dejaban un resquicio de duda.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Había perdido la noción del tiempo y no sabía cuánto llevaba allí dentro.

—Victoria, ¿estás bien? —preguntó Leo con preocupación.

—No. Sí. —Se me escapó un sollozo sin darme cuenta.

—Victoria, me estoy acojonando. Abre la puerta, por favor.

—Pues más que te vas a acojonar —susurré mientras me levantaba y corría el pestillo.

—¿Qué pasa? —farfulló.

—Toma —dije para, acto seguido, ponerle la prueba de embarazo entre las manos.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que hemos sido unos inconscientes, que parece que en lugar de la edad que tenemos seamos dos adolescentes. Que todavía no estamos viviendo del todo juntos y vamos a ser padres.

—¿Estás embarazada? —preguntó aturdido.

—¡Sí! —respondí redoblando los sollozos.

—Pero eso es maravilloso. —Desde luego, esa no era ni la respuesta ni la reacción que esperaba.

—¿Qué?!

—Vamos, Victoria, ¿no eres tú la que repites una y otra vez que la vida no puede planearse?

—Sí, joder, pero al decirlo no pensaba precisamente en ser madre —balbuceé, porque no podía dejar de llorar.

—Yo tampoco, pero ha venido así y vamos a ser unos padres estupendos. Ya lo verás.

Toda la tensión que había acumulado en las últimas horas hizo acto de presencia en ese momento y me eché a llorar como si me fuera la vida en ello.

Leo me llevó al sofá y me abrazó masajeando mi espalda con una de sus manos. Tardé un buen rato en tranquilizarme.

—Voy a tenerlo. —Verbalicé por primera vez algo que tuve claro desde que vi que la prueba de embarazo había dado positivo.

—No lo he dudado ni un momento. Y menos por la manera en la que te aferras a eso. —Miré mis manos y comprobé que era cierto y que agarraba con fuerza ese pequeño trozo de plástico que era el test de embarazo.

—¿De verdad crees que seremos buenos padres? —susurré con más temor del que pretendía.

—Los mejores —respondió contundente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de todo esto? ¿Por qué no te ha sorprendido o alterado? Joder, yo estoy en *shock*.

—Porque sabía que tarde o temprano acabaría pasando, solo que se ha adelantado un poco. Porque hay pocas cosas en la vida tan maravillosas y milagrosas como un hijo nuestro creciendo dentro de ti. Porque prometo ser la mejor pareja y el mejor padre, por lo menos me esforzaré cada día para lograrlo. Porque lo que tú y yo tenemos no es fácil de encontrar y prometo cuidarlo para que siga siendo así. Y, lo más importante, porque estoy perdidamente enamorado de ti.

Si hacía unos minutos había logrado controlar el llanto, en esos instantes regresó con más intensidad.

A pesar de que tenía claro que ese bebé volvería a alterar mi vida por completo, supe que estaba en el lugar adecuado y con la persona correcta. Que todas las vueltas que había dado mi vida en los últimos meses me habían llevado a ese momento. Junto a él.

—Te quiero —dije levantando la cabeza y mirándolo a los ojos.

—Lo sé, aunque no más que yo a ti.

—Déjame discutir eso.

—Ni hablar. —Y al tapar mi boca con sus labios no pude rebatirle nada más.

Me había rebelado con uñas y dientes a lo que sentía por Leo, pero está claro que la vida no deja de sorprendernos. Es imposible hacer planes y mucho menos resistirse a algo tan maravilloso como es el amor.

Próximamente...

Héctor

Uno de los días que estuvimos de gira con las dos hermanas vi a Jimena marcharse de su habitación y la seguí. Ella iba tan inmersa en sus cosas que no se percató de nada.

Aquella estirada no me caía bien, pero estaba casi seguro de que esa mujer era mucho más de lo que aparentaba ser. Solo me faltaba saber quién era exactamente.

Siempre me pareció que las personas tan perfectas, con una vida tan ordenada y estudiada al milímetro, escondían cosas. Y ella no iba a ser una excepción.

Cuando salió del ascensor yo volví a meterme en la escalera de incendios, dejando la puerta ligeramente abierta para poder observar sus movimientos.

Jimena se acercó al chico de recepción y le dijo algo al oído, cosa que acompañó de una enorme y seductora sonrisa. El pobre chaval no tenía nada que hacer ante aquel despliegue de seducción. Ni siquiera yo estaba seguro de haber podido resistirme.

El tío le pasó una mochila que estaba guardada allí y ella se marchó guiñándole un ojo. Al pobre por poco no le dio una apoplejía. Lo observé unos instantes y fue incapaz de cerrar la boca.

El comportamiento de Jimena me sorprendió, pues parecía que se había desprendido de su habitual rigidez.

Se colgó la mochila al hombro y se dirigió al bar. Cuando le sirvieron la copa que había pedido, aproveché para subir a la habitación y hablar con Victoria por si sabía algo de todo aquello.

Unos minutos después, cuando volví a bajar, Jimena apuraba su bebida. Pagó al camarero y salió del hotel con paso rápido. Yo la seguí. Ya era noche cerrada, lo que me facilitó hacerlo sin ser descubierto.

Nos habíamos alejado unas cuantas manzanas cuando Jimena entró en un bar. Un lugar por el que ni yo mismo me hubiera decantado. Era un tugurio de mala muerte que estaba lleno de borrachos. No la seguí dentro porque el sitio era pequeño y mi presencia no pasaría inadvertida.

Quince minutos después salió de allí una fémina a la que no reconocí. No llevaba la mochila, pero supuse que era ella porque pocas mujeres entraban en un bar como aquel.

Todos los tíos que estaban dentro la siguieron fuera, y cuando digo todos me refiero a que lo hizo hasta el camarero. Podía oír desde donde me encontraba la cantidad de obscenidades que le decían. Me entraron unas enormes ganas de ir hasta donde estaban y liarme a hostias, pero me contuve; si hacía eso, lo único que conseguiría sería descubrirme.

Ella parecía no ser consciente de nada de lo que pasaba a su alrededor, era como si todo lo que esos hombres le gritaban fuera con otra persona.

Jimena había cambiado su traje de chaqueta rosa, su bolso agarrado en el codo, su moño estirado y unos zapatos de tacón medio por unos tejanos extremadamente ceñidos y rotos, un ridículo top de cuero que apenas cubría nada, unos zapatos de aguja de más de diez centímetros y se soltó el pelo haciendo que este cayera hasta media espalda. Sustituyó el sutil maquillaje que había lucido hasta el momento por uno mucho más agresivo: labios rojos y ojos negros. Solo mirarla incitaba al pecado.

Pestañee un par de veces porque en aquel bar entró una hermanita de la caridad y salió una *dominatrix*.

Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y ese movimiento hizo que fijara mi vista allí. Debía reconocer que tenía un culo espectacular. Después de colgar, caminó durante un buen rato. Yo estaba completamente

obnubilado por el balanceo de sus caderas y por cómo era capaz de caminar con esa sensualidad subida en semejantes tacones.

Llegó a una calle desierta y miró en todas las direcciones. Yo me escondí detrás de un edificio que me permitía vigilarla sin ser visto. Me percaté de que un tío la estaba esperando junto a una moto de gran cilindrada. Si no me equivocaba, se trataba de una Kawasaki Ninja H2.

Jimena le tendió un sobre y el tipo le dio un casco. Después de ponérselo se subió sola en la moto y desapareció de mi vista a una velocidad de vértigo.

Decidí largarme al hotel y esperar su regreso allí, ya que, por la manera en la que se había ido, me resultaría imposible tanto alcanzarla como localizarla.

Sí, estaba claro que no me había equivocado con ella. Jimena escondía muchas cosas y, después de aquella noche, yo estaba dispuesto a descubrir cada una de ellas.

Nota de la autora

Aunque ellos no serán los protagonistas, conoceréis un poco más de las vidas de Victoria y Leo, y de Darío y Aitana, en el próximo libro.

En un principio la siguiente novela iba a ser la historia de Jimena y Héctor, pero Rocío y José tenían mucho que contar, así que, tal y como hice en otra ocasión, será una novela contada a cuatro voces.

Y con esta serie de dos libros pondré punto final a esta familia tan especial para mí.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: @tamaramarin04

Twitter: @tamaramarin04

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

A mi madre, porque el último libro mío que leíste fue ¡Despéinate! y me da la sensación de que a mis novelas les falta mi lectora más importante.

A mis hijas, no os resistáis nunca al amor. En este mundo de locos, es lo más bonito que tenemos.

A mi pareja, por acompañarme en esta maravillosa aventura que es la vida.

A mi hermano, porque yo no tengo cuatro hermanos; sin embargo, contigo me basta.

A mi padre, porque, a pesar de que me falta mi lectora más importante, él, a quien no le entusiasma la lectura, empezó a leerme justo después de ¡Despéinate! De esa manera mis historias son un poquito menos huérfanas.

A Yanira, por aguantar mis inseguridades y mis dramas. Porque pocas personas entienden como tú cómo me siento cuando escribo.

A Taira, por acompañarme, animarme y apoyarme en cada cosa que hago. GRACIAS POR TODO.

A Nerea, porque ya era hora de que te dedicara un libro. Gracias por recorrer este camino junto a mí.

A Vane, Taira, Evelyn y Eli, mis lectoras cero. Gracias por todas vuestras aportaciones y sugerencias.

A Rocío, no solo por dejar esta novela perfecta, sino por todo lo que me enseñas durante el proceso.

A Laura, mi chica malagueña que se marchó hace un puñado de años para no volver y a la que continúo echando de menos. Gracias por responder a todas mis preguntas.

A mis chicas de los clubs de lectura. Gracias por esas maravillosas tardes hablando de libros.

A Eli y Laura, por ese estupendo grupo de WhatsApp, por lo que nos reímos y porque nos salva la vida, eso también.

A mis lectoras, gracias a las que me habéis seguido hasta aquí, a las que me empezasteis a leer más tarde o las que me descubriste con esta novela.

Deseo que mis historias os hagan pasar un buen rato.

OceanofPDF.com

Música

Ya sabéis que mi relación con la música cuando estoy inmersa en la creación de un libro es complicada. No puedo concentrarme si la oigo mientras escribo. Sin embargo, si una canción me recuerda a alguno de mis protagonistas, la escucho en bucle en cualquier momento.

En esta ocasión las canciones que me han acompañado han sido:

Para la historia de Victoria y Leo, *Sinmigo*, de Mr. Kilombo, y *Canción bonita*, de Carlos Vives y Ricky Martin.

Para Aitana y Darío, *Si tú la quieres*, de David Bisbal y Aitana.

Y para Victoria y Luis, *Cero*, de Dani Martín.

OceanofPDF.com

Otras obras de Tamara Marín

OceanofPDF.com

Lucía es una profesora de treinta años. Siempre ha sido extrovertida y ha tenido un fuerte carácter, por eso se dice a ella misma que, si ha sido capaz de superar encontrarse a su marido, en su propia cama, con otra, ese tal Lucas no podrá con ella.

¿Pero cómo se van a hacer pasar por pareja si no se tragan?

¿Quién ganará la apuesta?

¿Qué sucede con Sergio?

Y, lo que es más importante, ¿será Lucía capaz de dejarse llevar y hacer que ocurra?



OceanofPDF.com

Olivia es una doctora que no ha tenido una vida fácil. Lo ha pasado muy mal en el amor y tiene el corazón blindado.

Ella no es ninguna princesa y no necesita que nadie la salve. Puede con todo.

Hugo es un policía paciente y cabezota, con un sentido de la protección demasiado arraigado.

¿Será Hugo capaz de llegar al corazón de Olivia?

¿Encontrará Olivia la capacidad de amar?

¿Conseguirán Hugo y Olivia dejar atrás sus miedos?



OceanofPDF.com

María tiene una familia que la quiere, una pareja y un buen trabajo. Es la chica perfecta, con la vida perfecta, pero algo en ella se rebela ante tanta perfección. Tendrá que aprender que para querer a alguien primero tiene que quererse a ella misma.

Álex es una persona paciente, que tiene muy claro lo que quiere y no duda en luchar por conseguirlo.

¿Podrá María deshacerse de esa sensación de vacío?

¿Por qué los dos tienen la impresión de que les falta algo?

¿Serán capaces de enamorarse, o tal vez nunca han dejado de estarlo?



OceanofPDF.com

Alba ha tenido una infancia muy dura que le ha hecho no creer en el amor y no querer comprometerse con nadie, bajo ningún concepto. Ella no es de nadie. Tiene suficiente con su floristería, sus amigas y algún ligue de vez en cuando.

Mario es un hombre con un carácter fuerte y seguro de sí mismo. Solo hay una persona que consigue sacar lo peor de él. Una pelirroja llamada Alba.

¿Serán capaces de dejar a un lado la aversión que sienten el uno por el otro?

¿Podrá Alba superar su alergia al compromiso?

¿Qué pasará entre ellos para que no tengan más remedio que seguir viéndose?



OceanofPDF.com

Eli es una educadora infantil de veintitrés años, joven e impulsiva. Le encantan los tatuajes, los piercings y la velocidad, no necesariamente en ese orden.

Ella vive «despeinada» y le importa bien poco lo que la gente opine.

Max es un bombero de treinta y cuatro años; serio, organizado, meticoloso y le gustan las mujeres parecidas a él.

¿Conseguirá Max apartar a un lado sus prejuicios?

¿Podrá Eli estar con un hombre tan opuesto a ella?

¿Serán capaces de dejar atrás sus diferencias?



OceanofPDF.com

Lo que más le gusta en el mundo a Julia son los dulces, por ese motivo se dedica a hacerlos.

Es una mujer independiente y con carácter, hasta que algo hace que eso cambie.

Tocará fondo con su última pareja, por lo que no querrá depender nunca más de nadie, y mucho menos enamorarse.

Marcos es un hombre seguro de sí mismo y algo gruñón. Después de vivir una dura experiencia, se prometió no volver a entregar su corazón a nadie. Tiene suficiente con su restaurante y sus relaciones esporádicas.

¿Logrará averiguar Marcos quién es esa chica que guarda tantos secretos?

¿Podrá Julia salir del bache en el que se encuentra?

¿Conseguirá Marcos reconciliarse con su pasado?

¿Serán capaces de sanar sus corazones rotos?



OceanofPDF.com

La vida de Nix es como la de cualquier otra persona hasta que, después de un accidente de coche, todo cambia.

Diego es el jefe de una de las casas de El Círculo, una organización que la adentrará en un mundo totalmente nuevo para ella. Allí convivirá con Áurea, Tyr y Eros, entre otros.

Junto a ellos penetrará en el oscuro mundo de los lùth y verá por primera vez a Ares, quien cambiará su vida para siempre.

Pero lo más importante es que gracias a sus compañeros y a El Círculo conseguirá conocerse a ella misma, sabrá cuáles son sus límites y hasta dónde pueden llegar sus «capacidades».

¿Quiénes son los lùth?

¿Podrá Nix derrotarlos?

¿Serán capaces Nix y Ares de compartir su amor sin salir heridos? ¿O preferirá Nix el amor de Eros?



OceanofPDF.com

Anjana proviene de una familia adinerada y tiene un coeficiente intelectual muy superior a la media. Sin embargo, hay algo que siempre le ha preocupado: su necesidad de energía.

Tyr es miembro de El Círculo y está deseando conocerla, aunque la primera impresión no es demasiado buena.

Ella llegará a la casa sin estar conforme, pero no podrá resistirse a lo que Diego le ofrece.

¿Qué se trae Anjana entre manos?

¿Encontrará Tyr en ella a la pareja que tanto anhela?

¿Serán capaces de acabar con la amenaza que los acecha?

El esperado desenlace de la saga Los lùth ya está aquí. ¿Te lo vas a perder?



OceanofPDF.com

Taira tiene veintiocho años, es taxista y le encanta su trabajo. Lleva media vida con Pablo, pero ya no aguanta más.

Después de tantos años sin tener una cita, la palabra Tinder le suena a chino. Aunque contará con la ayuda de su nuevo compañero de piso.

A Nico le encanta viajar y se ha pasado los últimos doce años de ciudad en ciudad. Pero, ante una inesperada llamada, deberá regresar al que era su pueblo y hacerse cargo del taller de su padre. Y es justo allí donde se reencontrará con quien lo hacía suspirar de adolescente.

¿Será Taira capaz de recuperar el tiempo perdido?

¿Podrá Nico asentarse en su antiguo barrio y dejar de huir?

¿Lograrán superar todos los obstáculos?



OceanofPDF.com

Alma ha tenido mellizos y está sobrepasada, así que cree que lo mejor es separarse de Víctor, su marido y padre de sus hijos. Pero se percata rápidamente de que esa no es la mejor solución y se arrepiente casi en el mismo instante de tomarla.

Víctor acata la decisión de Alma sin inmutarse. Y concluye que lo mejor es rehacer su vida junto a otra persona. No cuenta con que los sentimientos que aún alberga por Alma lo asaltarán a cada instante.

Carlota trabaja para Manu y lo último que quiere y necesita es empezar una relación con un hombre como su jefe.

Manu dirige un local de copas y es un mujeriego empedernido. No entiende qué tiene Carlota para que se sienta tan atraído por ella.



OceanofPDF.com

Emma tiene veintisiete años, es optimista, alegre y siempre intenta ver la parte buena de las cosas. Pero está pasando por el peor momento de su vida, por lo que decide huir de todo e irse a casa de su abuela, en un lugar perdido.

Gabriel dejó un trabajo que le entusiasmaba para hacerse cargo del negocio familiar, una pequeña casa rural, en un remoto pueblo de escasos habitantes.

¿Será capaz Emma de vivir allí o preferirá la ciudad?

¿Logrará Gabriel acercarse a ella sin salir herido?

¿Qué harán para cambiar sus vidas?



OceanofPDF.com

Nani y Toni se reencuentran después de unos cuantos años separados.

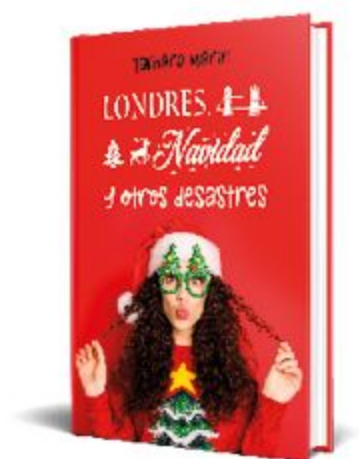
¿Será suficiente el amor que se profesan para que lo suyo funcione?

¿Lograrán perdonarse y empezar de cero?

¿Podrá la magia de la Navidad volver a unirlos?

Este no es un típico cuento de Navidad. A su protagonista no le entusiasma en exceso esta época del año y por eso decide marcharse a Londres. ¡Grave error! Cómo acaba vestida de elfo y entregándole una carta a Santa Claus son cosas que ni ella misma entiende.

¿Quieres averiguarlo? Pues no te quedará más remedio que leer este relato.



OceanofPDF.com

Brooke vive en un pequeño estudio situado en un bonito barrio de Nueva York. Tiene un buen empleo y una vida bastante tranquila.

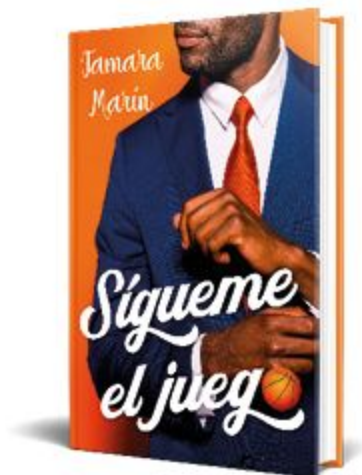
Sin embargo, esa calma se ve interrumpida cuando la despiden. Brooke deberá encontrar un trabajo con urgencia, aunque lo último que imagina es que acabará haciéndolo de cocinera, para un famoso jugador de la NBA.

Dan necesita con premura alguien que se haga cargo de su cocina si quiere continuar manteniéndose en forma. El único problema es que pide un montón de requisitos para ese puesto, como que la persona elegida sepa cocinar tortilla de patata y que él no sienta por ella ningún tipo de atracción sexual.

¿Conseguirá Brooke hacer frente a sus inseguridades?

¿Podrá Dan confiar en Brooke?

¿Serán capaces de superar las diferencias que los separan?



OceanofPDF.com

Jake es el mejor representante de Nueva York. Es frío, despiadado y jamás se deja dominar por ningún sentimiento. Por algo lo llaman el Depredador.

Sin embargo, es feliz con todo lo que ha conseguido. Le ha costado mucho, y más teniendo en cuenta sus orígenes.

Liz es una periodista ingenua y dulce que se mudó de un pequeño pueblo de Wisconsin a la Gran Manzana, haciendo realidad su sueño.

Por eso no puede consentir que Jake lo haga todo pedazos. Pero poco a poco se dará cuenta de que él tiene mucho más poder en esa ciudad de lo que ella creía.

¿Qué puede unir a dos personas tan diferentes?

Si crees que esta es la típica novela en la que el tipo duro salva a la inocente chica, es que no me conoces.



OceanofPDF.com

Kate era una estupenda actriz, pero algo truncó su carrera de manera inesperada. Después de estar muchos años apartada de los focos, le ofrecen un papel que no puede rechazar. Sin embargo, una de las cláusulas hace que no le resulte tan fácil decir que sí.

Luke es un actor de películas de acción que se ve arrastrado a grabar un filme romántico. A pesar de que la idea no le entusiasma, decide aceptarla.

¿Podrá Kate regresar a ese mundo sin salir dañada?

¿Conseguirá Luke terminar el rodaje sin sentir nada por Kate?

¿Serán capaces de aceptar las cláusulas?

Lo que no sabe ninguno de los dos es que el rodaje de esa película cambiará sus vidas para siempre. Porque ¿y si lo suyo es un amor de película?



OceanofPDF.com